

A woman is shown from the waist down, sitting on a white, fluffy rug. She is wearing black lace lingerie, including a bra and a matching bottom piece. The background is dark, making the white rug and the woman's skin stand out.

LA DULCE

*nina*

DE PAPÁ

*USA TODAY* BESTSELLING AUTHOR

STASIA BLACK

# LA DULCE NIÑA DE PAPÁ

---

UNA OSCURA HISTORIA DE AMOR DE UNA FAMILIA POSTIZA

STASIA BLACK

Copyright © 2017 Stasia Black

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, distribución y/o transmisión total o parcial de la presente publicación por cualquier medio, electrónico o mecánico, inclusive fotocopia y grabación, sin la autorización por escrito del editor, salvo en caso de breves citas incorporadas en reseñas y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido a personas, lugares o eventos reales es puramente coincidencia.

Traducido por Mariangel Torres.

## ÍNDICE

[Boletín Digital](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Otras Obras de Stasia Black](#)

[Acerca del Autor](#)

¿Quieres leer una novela EXCLUSIVA y GRATIS que SOLO está disponible para los suscriptores de mi boletín, al igual que noticias sobre los próximos estrenos, ventas, sorteos exclusivos y más?

[Hazte con "Indecente: una propuesta tabú".](#)

Cuando el novio de Mia la lleva a comer a su restaurante favorito en su sexto aniversario, ella espera una propuesta especial. Lo que no se esperaba es que el viejo rival de su novio, Vaughn McBride, apareciese y le ofreciese algo totalmente diferente: saldar todas las deudas de su novio.

¿El precio?

***Una noche con ella.***

## CAPÍTULO 1

Mamá se casa hoy. Otra vez. Este será el esposo número tres, y la cena de práctica de anoche fue la segunda vez que conocí a su futuro esposo, Paul, y a su hijo.

Y tengo que decirlo: no lo entiendo. El hombre es hermoso. Hablo de una belleza digna de un dios.; es rubio, de mandíbula cuadrada, nariz recta y guapo como un vikingo. Tiene el cabello corto y hay canas en los extremos de su sien, pero es el tipo de cuarentón del que las mujeres se quejan diciendo que no es justo que los hombres se vean más guapos a medida que envejecen.

Su hijo es una versión idéntica de él, pero apenas lo miré. Francamente, debe ser un imbécil que se tira a todo lo que se mueve con lo atractivo que es a los veinticuatro, ¿no? Además, es doctor. Bueno, un doctor en formación, en todo caso. En su padre, la belleza había tenido tiempo de añejarse y asentarse fabulosamente, como un exquisito vino. Era mucho más atractivo.

Y el hombre se va a casar con mi madre.

Eh, ¿qué?

Mi madre también está en sus cuarentas. Pero mientras el señor Winters lleva sus años como un dios de los antes mencionados, mi mamá los lleva como... esto, ¿cómo decirlo? Dejémoslo en que mi madre es una envejecida reina de belleza cuyos tres intentos de cirugía plástica no hicieron más que retorcer y tirar de su piel correosa y bronceada para convertirla en un simulacro de una muñeca Barbie un poco derretida que consume metanfetaminas.

Vale, no consume metanfetaminas; su droga preferida es la cocaína. Nunca ha podido tener un trabajo de verdad debido a eso.

¿Se entiende lo que digo? Es una auténtica triunfadora.

El señor Winters es el jefe del departamento de oncología de un prestigioso hospital de Boston. Entonces, de nuevo, ¿qué demonios hace con mi mamita querida?

—¿Qué le hiciste a ese vestido? —me pregunta mamá entrando en el vestidor de la iglesia.

Lo sé, una iglesia. Y está vestida de *blanco*. Las ironías de este día nunca van a terminar.

La miro de arriba abajo. Ha conseguido entrar en un encantador vestido de Vera Wang. Mencionó anoche que era un vestido *real* de Vera Wang unas diez mil veces, ignorando completamente el hecho de que logró comprarse un vestido real de Vera Wang por la riqueza del señor Winters o quizás la influencia del abuelo. No tenía nada que ver con algo que ella hubiese hecho. Ser una de las familias más antiguas de Boston sigue teniendo algunos privilegios, aunque casi estuviéramos en bancarrota.

Bueno, ya no, ahora que mamá se estaba casando con el señor Winters. Es guapo y, además, rico.

De nuevo, ¿qué es lo que está haciendo con mamá?

—Solo hice que lo modificaran un poco para que me quede mejor.

Miro a mamá en el espejo, ella entrecierra los ojos.

—Te quedó como se suponía que tenía que quedarte.

Frunzo el ceño.

—Pero me quedaba holgado y flojo en la panza.

Sin mencionar el cuello alto que casi me ahorcaba.

Mamá me mira como queriendo decir «¿y qué?».

—Lo mandé a hacer a mi medida para que me quedara bien.

Ella suelta un bufido de frustración.

—La idea del vestido de dama de honor es que sea feo para que no opaques a la novia. Cielos, ¿es que no sabes nada? Ya está —declara, alzando las manos—. No puedes ser mi dama de honor si eso te queda así. Ya es lo suficientemente malo que tenga una hija de diecinueve años. —Sacude la cabeza—. Sigo diciendo que deberías haber sido la maldita niña de las flores. En fin, Marla tendrá que ocupar tu lugar y tú puedes ponerte al final de la fila.

Bajo la vista y miro el vestido.

—No es exactamente... —Hago una pausa, sin saber que decir por un momento—. ... favorecedor.

Eligió el tono naranja menos atractivo que haya visto y que seguramente chocaría con el tono de piel de cualquier persona, sin importar su etnicidad. Traté de maquillarme lo más natural posible y llevaba mi cabello castaño recogido, pero no se podía ignorar lo horrible que era el vestido que me cubría el cuerpo.

Mamá hace un chasquido con la lengua.

—Este es mi día especial, Sarah Elizabeth, que ni se te ocurra empezar.

Suspiro y retrocedo.

—Claro, mamá. Lo que quieras.

Es el camino de la menor resistencia. En mi vasta experiencia, sé que es la forma más fácil de abordar los conflictos con mamá.

—Ahora ve a buscar a todas las chicas y dile a Marla que es mi nueva dama de honor. Cambia tus flores por las de ella y asegúrate de que todas estén en sus lugares.

Me dirijo hacia la salida.

En veinte minutos, las otras doce —sí, doce— damas de honor y yo, junto con los correspondientes padrinos, nos encontramos acorralados en el vestíbulo de la iglesia. ¿O en este punto se les llama damas matronas, considerando que son todas amigas de mamá y que la mayoría se ha divorciado al menos una vez y otras varias veces, como mamá?

Solo un par de mujeres tuvieron la misma idea que yo y modificaron sus vestidos. Bueno, todas nos vemos ridículas, pero las demás se ven absolutamente espantosas con la brillante tela color de sorbete naranja que les cubría los cuerpos.

—¿Estás lista? —me pregunta Dominick, mi futuro hermanastro.

Él extiende el brazo y me dedica una sonrisa brillante. Su cabello dorado resplandece en la luz que entra por el vitral en lo alto. Tiene el cabello más largo que el de su padre, y le baja por los lados de la frente con un desgreñado estilo de surfista californiano.

Cielos, este hombre es demasiado astuto. Le sonrío, pero ¿han oído de aquel dicho que dice que alguien sonrío, pero la sonrisa no le llega a la mirada? Sí, mi sonrisa es como una de esas: patentada, decorativa y perfectamente superficial. Es la que siempre uso en estos tipos de eventos a los que me arrastran de vez en cuando; más que nada por el nombre y el «dinero viejo» del abuelo, o por la desesperación de mamá porque la incluyan en los círculos importantes. Tener una hija a la que podía acompañar visiblemente y presentar a la sociedad de Boston ayudaba a

cubrir un poco del hedor de ser una desesperada mujer florero a la que habían usado tres veces.

Pero aquí estaba mamá, viviendo sus días de gloria otra vez. Era una esposa de nuevo, a pesar de que su esposo ahora fuese más unflorero que ella. En especial porque el señor Winters de verdad tiene un trabajo aparte de ser tan endemoniadamente guapo.

Empieza a sonar música de órgano.

—Perdón, ya no soy la dama de honor. —Ignoro el brazo tendido de Dominick y señalo a Marla, una mujer escandalosa con cabello teñido de un estridente color rojo a la que sospecho que mamá tiene como «mejor amiga» porque hace que ella se vea mucho más linda y delgada en comparación—. Esa es la mujer a la que vas a llevar del brazo. A pasarla bien.

Mi sonrisa se vuelve una pizca más genuina ante la expresión de espanto que se dibuja en el rostro de Dominick al tiempo que los padrinos se ponen en formación, y yo me dirijo hacia un hombre mayor que está al final de la fila.

La procesión comienza un par de minutos más tarde, tan pronto como mamá hace acto de presencia. Camino hacia el altar, sorprendida de lo abarrotada que está la iglesia de ambos lados. Es fácil pensar que mamá alejó a todas las personas que ha conocido, pero cuando llego a la primera fila y veo al abuelo sonriéndome a mí, y no a mi madre, recuerdo por quién están todos aquí.

Puede que el abuelo ya no tenga la fortuna que una vez tuvo, pero sigue siendo un hombre acaudalado. El hecho de que haya desheredado a su hija es un secreto bien guardado, aunque tal parece que el futuro esposo de mamá está al tanto.

¿Cómo es que sé ese pequeñísimo detalle?

Vale, puede, solo puede que anoche lo haya llevado aparte después de que se sentara junto a mi madre mientras ella bebía una copa de champán tras otra en medio de la cena; su expresión no era otra cosa que benevolente mientras la miraba con afecto.

Él se excusó para ir al baño y yo lo seguí unos minutos después.

—¿Sabes que no tiene dinero? —le pregunté justo después de que saliera del baño.

El pasillo era estrecho y oscuro; estaba lejos de las cocinas y era poco transitado.

—¿Disculpa? —preguntó sorprendido, arqueando las cejas.

Sin embargo, se mantuvo firme y no me ignoró. De inmediato me sentí como una niña a pesar de mis tacones de siete centímetros.

—Eh, mi madre. Ella no tiene... digo... —Tragué en seco y bajé la vista al suelo antes de reunir la valentía para volver a mirar al rubio vikingo mitad hombre y mitad dios más alto que yo. Era el hombre más hermoso que había visto—. No hay dinero, si es por eso que te estás casando con ella. El abuelo ya no es tan rico y dejó de darnos dinero, de todas formas. Así que si esa es la razón por la que lo haces... —En ese punto estaba temblando de pies a cabeza. Oh, Dios, solo necesitaba decir esto y luego podría esconderme en un armario por el resto de la noche —. ...no deberías. Porque no hay, ¿sabes? No hay dinero.

Y con ese último tartamudeo me di la vuelta con mis pequeños y puntiagudos tacones y me fui de ahí. Y ahora heme aquí, al frente de la iglesia. No podía postergarlo más. Al fin subo la vista y ahí está él.

El dios vikingo en toda su espectacular gloria. El esmoquin apenas le contenía el ancho pecho.

Imagino que sus ojos no están fijados en mí, sino en mi madre: su ruborizada esposa que está visiblemente de pie al fondo de la iglesia, a punto de entrar y caminar hacia el altar en dirección a él.

Pero no, sus ojos me tienen a mí en la mira. Es solo por un par de segundos; un momento en

el que nuestras miradas se cruzan y se quedan así.

Camino por el pasillo central de la iglesia con las flores en mano. Y un hombre está de pie aguardándome. Tiene un brillo en los ojos que es solo para mí. O así se siente.

Y entonces el padrino que me sujeta el brazo me conduce a un lado y la conexión se pierde.

Me cuesta todo el esfuerzo, pero no miro por encima del hombro. Sería demasiado desesperado. Y estaría mal.

Dios, ¿qué estoy haciendo? ¡Esta es la boda de mi madre! ¿Y estoy esperando que el novio me haga ojitos? ¿Un hombre que me dobla la edad y con el que mi madre se va a casar?

Cierro los ojos con fuerza y sacudo un poco la cabeza un instante después de ocupar mi posición al final de la fila de las damas de honor. Cielos, ¿finalmente está pasando? Siempre me ha aterrado que estuviese condenada a estar mal de la cabeza tras mi infancia con una madre inestable, borracha y ocasionalmente cocainómana —cuando podía permitirselo—. Sin mencionar un padre ausente que se largó cuando tenía cinco por mi susodicha madre chalada.

Yo era la que trataba de equilibrar el presupuesto a los diez años. Bueno, cuando teníamos dinero, antes de que mamá se lo gastara todo en fiestas de coca para ella y sus amigos del Caribe.

El abuelo dejó de darnos dinero cuando tenía catorce, pero se aseguró de que yo estuviese presentada para que escuchara la discusión, pues no era idiota. Y no nos desheredó por completo. Siguió pagando por medio de una aplicación de víveres para enviarnos comida; cosas que mamá no pudiera devolver para comprar cocaína. Podía salir de compras con él si necesitaba ropa, y pagó la rehabilitación de mamá un par de veces, que funcionaba por un mes o dos.

Pero nunca llegaba a dejarme ir a vivir con él. Creo que siempre estuvo consciente de cómo se vería aquello. ¿Me dolía? Claro, pero como sea. No estaba mal de la cabeza por ello. Sobrevivo bastante bien. Voy a una universidad muy buena.

Vale, tengo que vivir en casa y estoy endeudada hasta el cuello por mis préstamos estudiantiles, pero no voy a hundirme por toda la mierda de mi infancia.

Soy mejor que eso.

Le echo otro vistazo al nuevo esposo de mamá. Dios, ¿por qué tiene que ser así de guapo?

Aquel cuello grueso que conducía a su ancha mandíbula. Estoy segura de que debió haberse afeitado esta mañana, pero tiene un muy leve rastro de barba incipiente ahí. Su barba debe ser de un tono más oscuro que su cabello para que tenga una sombra como aquella. Ahora que lo pensaba, cada vez que lo he visto siempre ha tenido esa sombra en el rostro. Un pequeño escalofrío me recorre el cuerpo al pensar en ello. Grita masculinidad y... virilidad.

Mis mejillas se encienden por ese pensamiento y por todas las imágenes que lo acompañan. Su ancho pecho y la capa de vellos que sin duda alguna lo cubren. No puedo evitar imaginarlo sobre una mujer, descendiendo su cuerpo hacia ella, embist...

Aparto los ojos del señor Winters solo para engancharlos al hombre que estaba de pie a su lado: Dominick. Quizás mis ojos están fijos en él porque me está mirando directamente. Él me observa con descaro hasta que aparto la vista.

La sonrisa de buen rollo que tenía en el vestíbulo de la iglesia ha desaparecido. Había una cualidad o... intensidad, diferente, si es que esa era la palabra correcta, en la forma en que curvaba sus labios mientras me miraba observándolo. Baja la mirada lentamente.

Espera, ¿está...?

Sí que lo está. Se está comiendo mi escote con los ojos. Bueno, no hay mucho con este vestido. Ni con cualquier vestido, para ser sincera; soy plana como una tabla desde siempre, apenas en los últimos años desarrollé al fin unos pequeños pechos de copa B. Pero estaba al tanto de que el vestido sería para la boda de mi madre, así que no me molesté en ponerme el sujetador

*push-up* que suelo usar para realzar mis pequeños recursos.

Pero Dominick se queda viendo el profundo escote como si este pudiera revelar todos los misterios del Universo pese a que estaba a punto de ser mi hermanastro, por Dios.

«Como si no te hubieras quedado viendo a tu padrastro como si fuera un apetitoso muslo de jamón».

Dominick levanta más los labios. Dios mío, ¿qué está pasando? Hace un mes se me daba bien lo de ser una chica normal y no dejarme absorber por el vórtice de locura de mi madre. Aparto la mirada de Dominick y de su padre y me quedo viendo el suelo. Bien. Eso está mejor.

Examino el fascinante mundo de fibras de alfombra durante el resto de la ceremonia de bodas, y no, repito, no escucho los empalagosos y vergonzosos votos maritales que mi madre escribió que el señor Winters es su alma gemela de verdad *verdad*, y que no puede vivir sin él.

Es todo lo contrario de Henry, su último esposo, que solo era su alma gemela de verdad, con un solo «de verdad», es decir, no era su alma gemela de veritas, de veritas. De hecho, apuesto que si reprodujera el vídeo de esa ceremonia, que debe estar en algún lado de la estantería, estos votos que mamá supuestamente escribió para hoy sonarán sorprendentemente similares a los que usó para aquella boda. Y probablemente los copió enteros de alguna ceremonia de bodas que vio después de buscar votos maritales en Google.

A mi madre se le daba tan bien aparentar sinceridad.

Ah, no necesitaba esta negatividad en mi mente ni en mi vida. Mi madre es falsa, eso lo sé. Que yo me cociera en su hipocresía y vulgaridad no lograba más que hacerme sentir vulgar y llena de malas vibras, pero no había forma de que pudiera saltarme la boda. Todos los involucrados requerían mi participación yodré vivir en Boston sin pagar alquiler.

«Deja la mala vibra, Sarah».

Solo tengo que susurrarme eso por cincuenta y tres minutos más y ya está, la ceremonia se habrá acabado. Fíjate. El poder del pensamiento positivo.

El vaso medio lleno. Esa será mi mentalidad de ahora en adelante. Y si todo lo demás falla, ¿tal vez el próximo semestre pueda permitirme una habitación compartida?

TRES HORAS DESPUÉS, me duelen los dientes de tanto obligarme a sonreír, la cabeza me da vueltas, los pies me están matando por estos tacones, y repetir mi mantra interno del vaso medio lleno está perdiendo su efecto.

¿Y lo peor de todo? Alguien le puso alcohol al ponche.

En una boda. ¿Qué tan juvenil es eso?

Había hablado específicamente con el servicio de *catering* para que sirvieran ponche sin alcohol para las, no sé, *ocho* personas de las tres mil que había en esta boda que estaban interesadas en beber algo que no estuviese a reventar de vodka o del segundo mejor amigo de mi madre, Jack Daniels.

—Acepta las cosas que no puedes controlar —susurro sujetándome a la pared.

Porque los dichos inspiradores siempre ayudan cuando ves doble y cuando sientes que el estómago está a punto de salirse por la garganta, ¿verdad?

—Eh, hermanita —dice una voz, y entonces el señor Winters está súbitamente frente a mí.

Frunzo el ceño. Se ve distinto.

Entrecierro los ojos.

—Tu cara no está bien, está demasiado tersa. —Alzo la mano y le toco la cabeza—. Y tienes

el cabello largo.

Él se ríe.

—Soy Dominick, no Paul.

—¿Paul?

—Guau. —Se aleja de mí—. Alguien ha estado probando el ponche. Qué tal, vodka.

—¡No! —Le agarro el brazo, alarmada, y sacudo la cabeza con vehemencia—. Yo no bebo. Nunca. Es malo. Es muy malo. Nunca. Jamás de los jamases.

—Vale, ya lo capté. Eh, ¡ten cuidado! —Me sostiene por la cintura cuando me caigo hacia adelante. Estaba sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que perdí el equilibrio.

—Ah. Perdona. —Pongo mis manos en su pecho mientras me endezco y pongo de pie nuevamente.

—No pasa nada. —Mueve las manos de mi cintura a mis hombros ya que estoy más firme—. Estoy aquí para llevarte al baile de padre e hija. ¿Crees que puedas con eso o quieres irte a la cama? Puedo llevarte a la casa ahora, si quieres.

Me le quedo mirando. El salón de baile está a oscuras, solo lo iluminan unos faroles y lucecitas en el techo. Todo se ve tan lindo y da vueltas.

—Eres muy guapo —confieso levantando la mano para tocar su lisa mejilla. No había ninguna sombra de barba—. Y dulce. Lo siento por haber pensado que eras un idiota.

Su carcajada es tan fuerte que me sobresalta, pero también es un lindo sonido.

—Bueno saberlo. Ven, vamos a llevarte con papá.

Asiento y me apoyo en él mientras lleva una mano a mi espalda y me conduce al otro lado de la pista de baile.

Su padre está parado junto a la barra hablando con el barman cuando nos acercamos. Me congelo con tan solo verlo.

—Espera. —Patino por el suelo mientras resisto el movimiento hacia delante de Dominick. Al fin, él también se detiene. Alzola vista para verle el rostro, tan similar al de su padre, pero al mismo tiempo no.

—Él me intim... inmiti... —Me separo de él, frustrada. Mi lengua no funciona bien—. Imintid... —Abro la boca y estiro la lengua para tratar de que funcione.

—¿Te intimida? —aporta Dominick.

—¡Sí! Eso. —Lo señalo y asiento—. Exacto.

—No te preocupes. —Dominick comienza a llevarnos hacia su padre de nuevo—. No muerde. —Entonces se inclina y susurra—: A menos que se lo pidas.

Vuelvo la cabeza.

—¿Qué?

Pero ya estamos con el señor Winters.

—Sarah, me alegra verte al fin.

El señor Winters me agarra de la mano cuando Dominick me pasa a él. Miro hacia atrás, pero Dominick desaparece de inmediato entre la multitud. Se me seca la boca por su salida tan fugaz.

Estoy sola con el señor Winters. Paul. Su primer nombre resuena como una campanada en mi cabeza.

Aunque, claro, estamos lejos de estar solos. Hay tres mil amigos cercanos y colegas del señor Winter, mi madre y mi abuelo a nuestro alrededor. ¿Entonces por qué siento que el señor Winters me mira como si fuera la única mujer de la sala?

Eh, ¿tal vez algo de fantasías de jovencita, una imaginación hiperactiva y problemas paternas? Me quejo en mi interior, aunque finjo una sonrisa y aparto la mano.

—¿En dónde está mamá? —Miro a mi alrededor.

—No estoy seguro. —Pero el señor Winters no aparta los ojos para buscar a mamá en la multitud. Su mirada está fija en mí—. Estoy convencido de que estará en algún lado. Estaba emocionada por este evento y parecía motivada por lograr que fuese el pendiente más importante en el calendario social de esta temporada. —Entonces se inclina, frunciendo el ceño con comprensión—. Aunque puede que se haya agobiado y esté borracha en algún lado de alguna de las salas contiguas.

Sus palabras me sorprenden. No siento que lo esté diciendo con malicia; sencillamente está compartiendo un hecho que sabe que entiendo bien.

—Entonces... ¿por qué? —Abandono todo intento de sutileza social. Dejo de sonreír y retomo la pregunta de anoche—. ¿Por qué hiciste todo esto? ¿Por qué te casaste con ella?

La intimidación que sentí anoche e incluso momentos antes se desvaneció. Coraje líquido, así es como le llaman al alcohol, ¿o no? Odio la falta de control que tengo sobre mis facultades, odio haber bebido alcohol cuando juré por mi vida que nunca tocaría una gota por lo que le ha hecho a mamá. Pero mira, hay que aceptar cada camino por el que te lleve la vida, ¿no?

De verdad quiero una respuesta a esta pregunta.

El señor Winters alarga la mano y agarra la mía. Una chispa me recorre desde las yemas de los dedos hasta el resto mi cuerpo. Es la primera vez que nos tocamos. Alzo la mirada rápidamente para verle los ojos. Son tan verdes, brillantes; insondables.

Entonces le asiente a alguien detrás de mí.

—Es importante para tu abuelo que nos llevemos bien.

Miro hacia atrás y veo al abuelo contemplándonos, el cual me asiente a mí y luego al señor Winters.

—Hora del baile entre padre e hija —dice el señor Winters.

Parpadeo, confundida, aun cuando siento cosquilleos en la mano por el continuo contacto de su mano sobre la mía mientras me lleva junto a las parejas de baile en medio de la pista.

¿Era esa una respuesta a mi pregunta?

¿Se casó con mi madre por el abuelo? ¿Porque a pesar de que mamá estuviese quebrada y fuese una desgracia, el abuelo aún tenía poder, influencia y prestigio? Inclusive tenía influencia sobre varios grupos de presión importantes en Washington, por lo que entendía.

La política me traía sin cuidado. Me importaba tanto como al ciudadano preocupado promedio. Veo las noticias y las novedades en Facebook y, por lo general, me siento tan disgustada con todo el proceso como los demás. No conozco y no quiero conocer los detalles concretos de lo que el abuelo hace.

Vuelvo a mirar al abuelo antes de que nos consumieran las otras parejas de la pista de baile.

—No te preocupes —dice el señor Winters—. Solo baila conmigo.

Parece buena idea; en especial porque cuando pone una mano en la cintura, sube mi mano derecha y comenzamos a balancearnos de un lado a otro. El mundo comienza a dar vueltas de nuevo. Me aferro a su solapa para aliviar mi estómago revuelto antes de que él sacuda la cabeza con una risa afable.

—Sarah, ¿alguna vez has bailado con un hombre?

Estoy a punto de responder «claro que sí», pero entonces me doy cuenta de que no; la única ocasión en la que bailé con alguien de esta forma fue en mi baile de graduación del instituto, y Jason definitivamente era un chico, no un hombre. Fue mi primer y único novio de verdad; y en serio, solo uno fue suficiente para quitarme las ganas durante el resto del instituto. También le habían echado alcohol al ponche del baile de graduación, pero por lo menos estuve alerta y solo

bebí de un agua embotellada que había traído conmigo. Jason prosiguió a ponerse como una cuba y yo pasé toda la noche rechazando sus ebrias insinuaciones y manos curiosas.

Vaya diversión.

—No. —Niego con la cabeza.

—Bien.

El señor Winters me sonrío y por un segundo parece más un lobo que un dios vikingo.

Parpadeo. ¿Qué significaba eso? Este hombre era el nuevo esposo de mi madre. Estábamos en un baile de padre e hija. ¿Qué estaba pasando? Estoy tan confundida, y el mundo da tantas vueltas.

El señor Winters sujeta mi otra mano y la pone sobre su ancho hombro. Yo me tropiezo, lo que causa que me apoye en su pecho. Huele tan pero tan bien. El aroma de su colonia mezclada con su propio olor es fresco y vigorizante y, cielos, su pecho irradia calidez.

Siento la cabeza pesada, así que la recuesto. La telade su esmoquin se siente tersa contra mi mejilla. Se ríe, y yo siento la profunda vibración en su pecho y los latidos de su corazón. Son tan fuertes y constantes. Me gustan.

Y es cálido. ¿Mencioné eso? Es muy cálido.

Bostezo. La música se siente como si estuviese dentro del agua; es como un ruido de fondo para su corazón palpitante. Una percusión. *Tucutún, tucutún, tucutún...*

Un bamboleo hacia adelante y hacia atrás.

—Creo que es hora de que Cenicienta se vaya a dormir. —Oigo el susurro retumbante como si estuviera en un sueño. Es un sueño muy bueno.

Hasta que el estómago se me revuelve por la acidez. Me sujeto la panza.

—No me siento bien.

—Ajá —dice el señor Winters con una mano en mi cintura—. Eso definitivamente quiere decir que el baile ha acabado.

Pestaño y miro a mi alrededor, saliendo de mi estado brumoso. Cielos, me siento miserable y estoy en una sala de verdaderos desconocidos. Ninguna de estas personas son mis amigos. Y la triste realidad es que no tengo ninguno. Tengo un montón de conocidos, pero ningún amigo real. Estoy sola en el mundo.

Me aparto del señor Winters a tropezones, dirigiéndome hacia lo que espero que sea el extremo de la pista de baile. Un Uber. Sí. Eso es lo que necesito. Llamar a un Uber.

Solo necesito mi móvil.

Llevo la mano a mi bolsillo, excepto que este vestido no tiene ninguno. Mierda, estúpido vestido. Detesto los vestidos, nunca los uso.

¿Cómo llamo a un Uber sin mi móvil?

¿Por qué las luces no dejan de dar vueltas? Me tambaleo, y sigo sujetándome la panza mientras doy otro tembloroso paso hacia adelante entre la multitud.

—Cuidado, Cenicienta. —Unos fuertes brazos se envuelven a mi alrededor desde atrás.

Calidez. Una calidez tan maravillosa a mis espaldas. Su voz profunda y retumbante está ahí y de inmediato el estrés, la ansiedad y la confusión que sentí hace un instante se desvanecen.

—¿A dónde crees que vas? ¿Por qué no dejas que Dominick y yo te llevemos a casa?

—Pero... —Miro hacia atrás. Dominick está de pie detrás de su padre.

Ambos tienen expresiones similares de preocupación en sus guapos y esculpidos rostros. Miro a uno y luego al otro, sin habla por un momento; pero entonces recuerdo mis objeciones.

—La fiesta. —Frunzo el ceño—. Es para ti. Solo necesito mi móvil, y un Uber. —Pestaño y alzo la mirada para ver los verdes ojos del señor Winters—. Estaré bien. Siempre lo estoy.

Al oír aquello junta las cejas, y yo siento ganas de encogerme inmediatamente. Luce enojado por lo que dije. ¿Lo he decepcionado de alguna forma?

«Claro que sí, Sarah. Te has emborrachado vergonzosamente en la boda del hombre y no hay duda de que estás montando un numerito en este momento».

Miro a mi alrededor para ver quién nos está observando.

—Lo siento —susurro mirando el suelo, completamente horrorizada.

Ah, cielos, de verdad soy la hija de mi madre.

—Para. —Una gran mano pasa por debajo de mi barbilla y levanta mi rostro con delicadeza. Incluso en mi estado de confusión, el punto de conexión en el que el señor Winters me toca hace que me ilumine por dentro—. Ya basta de disparates. Ahora vamos a llevarte a casa sana y salva.

Dominick asiente junto a su padre. Su cara muestra resolución.

—Tengo su bolso y su abrigo. Ya podemos irnos.

El señor Winters asiente y me agarra el brazo.

—Solo aférrate a mí y mantén la cabeza tan alta como puedas. Ninguna de estas personas importa, pero tú siempre debes mantenerla en alto. Eres una reina. Recuérdalo, dulzura.

Trago con fuerza, pero hago lo que dice, aunque me esté sujetando a su brazo como si fuese un salvavidas. Dominick camina al lado opuesto de mí. Con los dos hombres cubriéndome por cada lado cuando salimos del salón de baile, protegiéndome de cualquier mirada acusatoria o reprobatoria, logro mantener la cabeza en alto. Trato de caminar lo más normal que puedo y solo me tropiezo una vez. El señor Winters me mantiene firme de una forma tal que, en el siguiente paso que damos, continuamos avanzando con soltura y finjo que el traspies fue casi imperceptible para cualquier persona que estuviera viéndonos.

Y antes de que me dé cuenta, estamos afuera. El fresco aire de la brisa nocturna es bien recibido por mis mejillas sobrecalentadas. Lo inspiro, pero solo logro respirar un par de veces antes de que mi estómago revuelto me haga quejarme y sujetarme la panza.

—Creo que voy a... —Es todo lo que logro decir antes de doblarme y vomitar en los arbustos que cubren la acera del hotel.

Tanto Dominick como su padre entran en acción de inmediato. Uno me sostiene y el otro me sujeta el cabello y lo aparta de mi rostro.

Otra arcada me asalta y mi cuerpo expulsa aún más de ese veneno. Caigo de rodillas. O lo habría hecho, si el señor Winters no hubiera sostenido todo mi peso y me hubiera guiado con delicadeza a la acera de concreto. Me doy cuenta, llena de miseria, de que es Dominick quien me sujeta el cabello antes de volver a vomitar un poco más.

Pasan unos buenos cinco minutos antes de que parezca haber acabado.

Dominick saca un pañuelo de algún lado. Odio arruinarlo, pero al mismo tiempo estoy impaciente por asearme. Me limpio la boca y ellos me ayudan a ponerme en pie. El señor Winters me acerca a su cuerpo. No tengo energía para señalar que debo tener el maquillaje hecho un desastre por las lágrimas, y solo me desplomo en su pecho. Cuando me pasa los dedos por el cabello, que hace tiempo que se ha salido del moño flojo, siento como si estuviera en el cielo.

Uno de los dos debe haber pedido el vehículo, porque solo tenemos que caminar un par de pasos hacia una limosina que nos está esperando en la calzada.

Estoy tan exhausta que apenas cuestiono solamente el hecho de que el señor Winters se haya sentado en el largo asiento junto con Dominick y conmigo.

¡Oh no, su boda...!

Pero cierra la puerta y es obvio que pretende acompañar a su hijo a llevarme a casa. De nuevo, ambos hombres están a mis costados.

Un sándwich de Sarah. Ese pensamiento ridículo me hace soltar una risita. El señor Winters me muestra su resplandeciente sonrisa.

—Después de todo eso, ¿qué es lo que te hace gracia, dulce niña mía?

Me tapé la boca con una mano, avergonzada.

—Nada —susurro, y luego busco a tientas mi cinturón de seguridad.

¿Las limosinas tienen cinturones de seguridad? Siento los dedos torpes mientras busco por el asiento a ciegas. Estoy en el medio, así que, ¿dónde...?

—Ten, linda —dice Dominick, extendiendo la mano al otro lado de mi regazo y sacando el cinturón. Se ha quitado la chaqueta del esmoquin y su aroma me llega.

Cielos.

Huele muy bien. Usa una colonia diferente que la de su padre, pero vamos... delicioso. Me sorprende que algo me pueda oler tan bien con lo mareada que estaba hace un par de minutos, pero joder, ese chico huele a que se le puede comer. Lo miro mientras él se echa hacia atrás y me ajusta el cinturón.

Entonces me recuesto en el mullido asiento de cuero y cierro los ojos. Dios, mis pensamientos están dispersos. Necesito que el terrible efecto del alcohol se me pase y salga de mi cuerpo. Entonces podré ser yo misma y tener el control otra vez.

Sí, descansaré un poco y ya.

La limosina arranca. El vidrio oscuro entre el conductor y el asiento trasero está arriba, así que no puedo verlo. Es como si atrás tuviéramos un pequeño y silencioso cuarto para nosotros. Tranquilo, apartado y a salvo del mundo. Dominick y su padre se sienten tan cálidos a mis lados.

Me siento tan cálida... y segura... y...

—DESPIERTA, dormilona. —El retumbante susurro suena tan bajo que es fácil imaginar que es parte de mi sueño.

Un guapo caballero vikingo ha venido a salvarme de la vil, vil Reina Madre, quien me ha encerrado en una torre muy alta. El caballero tiene el cabello más rubio de todos y los ojos más verdes: ojos sabios llenos de una brillante intensidad. Cuando me mira, siento que me atraviesa directo hasta el centro. Puede ver todos mis deseos, incluso los deseos oscuros que quiero esconder de todo el mundo.

Me doy la vuelta y me acurruco en mi cálido colchón.

—Creo que está feliz donde está, papá.

La voz me resulta familiar. Estoy en uno de esos sueños en los que estoy consciente de que sueño, pero no quiero despertar todavía. Miro hacia arriba y ahí, junto al primer caballero vikingo, hay un segundo caballero igual de guapo que el primero, pero joven. Mientras el primero desprende un aura de sabiduría y me da la sensación de que pelearía contra todo el mundo para mantenerme a salvo, el segundo está lleno de fuego y lujuria. Me mira con deseo abierto y su larga espada resplandece en la luz.

Juntos avanzan rápidamente y me liberan de las cadenas con las que la Reina Madre me ató a la cama. Y entonces, a su vez, sostienen mi rostro y bajan sus labios hacia los míos, uno después del otro...

Abro los ojos rápidamente y me llevo una mano a la panza.

—¿Te sientes mal otra vez? —Levanto la vista y miro los ojos preocupados del señor Winters, que es cuando me doy cuenta de que mi cabeza está en su regazo.

Así es. De alguna manera, durante el viaje, me las arreglé para tumbarme en el asiento, poner la cabeza en el regazo del señor Winters y los muslos encima de las piernas de Dominick. El señor Winters tiene la mano izquierda puesta casualmente sobre mi cabeza y está jugueteando con un mechón de mi cabello castaño que está justo debajo de mi oreja.

Yo me endezco de golpe, apartándome de ambos.

—¿Estás bien?

Proceso la pregunta del señor Winters en medio de mi mortificación.

—Estoy bien. —Hago una mueca. De hecho, me siento terrible—. O lo estaré. Solo necesito dormir un poco. En mi cama —aclaro, con las mejillas encendidas, y luego me siento estúpida.

Porque es obvio que es ahí donde debería estar durmiendo; no acurrucándome contra estos dos hombres que básicamente son unos desconocidos para mí.

Dominick aparentemente lee en mi rostro algo de lo que estoy sintiendo, pues me da un masaje en el hombro.

—Ahora somos familia. Esto es lo que la hacen las familias, ayudarse. Está bien.

Su otra mano se une a la primera para darme un delicado masaje en la espalda que se siente divino. Tengo que luchar contra la urgencia de relajarme apoyándome contra él.

—Debería entrar —dije volviendo a mirar al señor Winters—. Y tú deberías volver a la fiesta.

De repente me pongo al corriente y me doy cuenta de las implicaciones de lo que mi numerito ha interrumpido.

—Oh, Dios mío. —Subo la mano rápidamente para cubrirme la boca—. ¡La noche de bodas! —Me tropiezo para llegar hasta la puerta de la limosina y la abro de un empujón—. Deja que...

La risa súbita del señor Winters y de Dominick interrumpen mis movimientos de pánico.

Los miro a los dos como si fueran los que han bebido demasiado, pero el señor Winters sigue teniendo una mirada entretenida cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse.

Es Dominick el que me pone al tanto del remate que me estaba perdiendo del chiste.

—Vaya, hermanita, ¿es que nadie te lo ha dicho? Este es uno de esos matrimonios. No es exactamente una unión de amor.

Frunzo el ceño. Vale, obviamente sabía lo suficiente para darme cuenta de aquello, pero entonces, ¿qué...?

El señor Winters alarga la mano y agarra la mía.

—Tu madre y yo nos hemos dado cuenta de que podíamos llegar a un acuerdo mutuamente beneficioso si nos casábamos. Podría darte a ti y a ella algo de estabilidad financiera y yo podría tener... otros beneficios.

—¿Como cuáles? —Arrugo la frente. Y entonces recuerdo los cabos que até antes—. La influencia del abuelo.

El señor Winters me contempla por un segundo y asiente.

—Exacto.

Me vuelvo a sentar en el puesto de la limosina que está al lado contrario del de ellos.

—¿Para qué necesitas al abuelo?

El señor Winters relaja los codos apoyándolos sobre sus rodillas y entrelaza las manos debajo de su barbilla.

—¿Conoces la influencia que tu abuelo tiene?

Asiento, luego hago una pausa y niego con la cabeza.

—No del todo.

—Bueno, el departamento de oncología de mi hospital está buscando crear una nueva ala del

hospital y estamos lejos de nuestro objetivo. Necesito el apellido de tu familia para abrir esas puertas.

Vale, entonces el misterio al fin fue develado. Y comienzo a tener un dolor de cabeza y siento la boca... puaj. Hora de irse a la cama.

Sin embargo, el diablillo en mi interior me impulsa a hacer una última pregunta:

—Entonces, mi madre y tú... nunca... ya sabes... —Miro el suelo de la limosina y junto la cinta de una de mis zapatillas con la otra.

—No. —La voz del señor Winters es firme—. Y nunca lo haremos. No quiero ofender, pero no estoy seguro de qué tan... —Mira alrededor de la limosina como si estuviera buscando un término políticamente correcto— ...higiénico sería eso. Así que no. —Sacude la cabeza y baja la boca como si le disgustara el mismo pensamiento de tocar a mi madre de esa forma—. Nunca.

Una absurda ola de alivio me recorre al oír sus palabras.

—Bueno, aunque esta discusión ha sido bastante esclarecedora —dice Dominick abriendo la puerta por su lado de la limosina—, creo que la hora de dormir de mi hermanita pasó hace una hora. —Me sonrío, pero es más una mueca desafiante.

Le entrecierro los ojos, pero, con toda honestidad, no puedo negarlo. Cuando extiende una mano, yo la sujeto y le permito que me mueva por el asiento para ayudarme a salir por la puerta. Su padre va justo detrás de mí.

Este fin de semana los dos llevarán todas sus cosas al chalet de South End en el que vivimos mi madre y yo. La casa de piedra rojiza ha estado en mi familia por tres generaciones: es inmensa y estoy segura de que vale una increíble cantidad de dinero. Por suerte, el abuelo sigue siendo el dueño para que mamá no pueda venderla.

Detrás de nosotros, el chófer trae dos grandes bolsas de lana mientras subimos por las escaleras. Supongo que los muchachos vivirán con esto hasta que llegue el resto de sus cosas en un par de días. Por suerte me ayudan a subir las escaleras hasta llegar a la puerta, porque los tacones me están matando y todavía no me siento firme.

Y al fin entramos. Sobreviví a este día. Me quito los tacones en el recibidor y me quedo viendo la escalera ornamentada. No pasaría nada si me quedo a dormir en el sofá de abajo solo por esta noche, ¿cierto?

Estoy segura de que no dije eso último en voz alta, pero como si pudiera leer mi mente, el señor Winters de repente me carga en brazos. *Me carga en brazos*, lo digo en serio. Pasa uno de sus brazos por debajo de mis rodillas y el otro debajo de mi espalda. De forma instintiva envuelvo los brazos alrededor de su cuello.

Una vez más, mi cuerpo está presionado contra el fogón que es su cuerpo. Pero mi cabeza está más despejada que hace unas horas, así que no me aflojo ni apoyo la cabeza contra su pecho, sin importar lo tentada que esté.

Además, Dios, estoy consciente del desastre que debo estar hecha. Se me humedecieron los ojos cuando estaba vomitando, así que mi maquillaje debe estar estropeado, y solo puedo imaginarme el nido de ratas que debe ser mi cabello, sin mencionar mi aliento...

Aprieto la boca y me exijo respirar solo por la nariz hasta que el señor Winters me baje.

Pero no tengo que preocuparme por mucho rato. El señor Winters sube las escaleras como si no pesara más que un pañuelo. Sé que soy pequeña, pero igual. Está corriendo por las escaleras levantándose, básicamente. Y para cuando llega a mi cuarto y me deja sobre la cama, ni siquiera ha derramado una gota de sudor.

Ya está. La teoría se ha confirmado: es un dios vikingo en secreto que se hace pasar por un administrador del departamento de oncología de un hospital.

Lo sabía.

Dominick entra justo detrás de él.

—Gracias. —Me sonrojo con tanta intensidad que estoy segura de poder sentirlo hasta en las puntas de cada folículo de cabello.

Me siento en el borde de la cama y mi feo vestido naranja cruje en el repentino silencio. Los dos hombres no hacen más que mirarme. Dominick me sonrío afablemente, pero su padre me observa con una intensidad que me hace sentir..., no sé, acalorada, y al mismo tiempo genera unos leves escalofríos que me recorren la columna vertebral.

No se acuesta con mamá. El pensamiento viene de la nada, pero salta por todos lados como una bola de pinball que se ha vuelto loca y ha encendido lucecitas de neón en mi cabeza. Nunca se ha acostado con ella y, a juzgar por la aparente expresión de disgusto en su rostro cuando habló sobre ello, nunca lo hará.

Miro mis pies. Me hice una pedicura para el gran día de mamá, así que, por primera vez, mis pies lucen lindos. Escondo un pie debajo del otro y me pongo nerviosa. De repente me siento demasiado sobria.

—Vale, está bien. —Acabo con el pesado silencio. ¿Quizás solo yo lo encuentro incómodo? Alzo la mirada para ver a los dos hombres que me contemplan como si fuera un canal televisivo intensamente fascinante—. Voy a lavarme y me voy a la cama. —Los despido con la mano rápidamente. Cielos, acabo de hacer que la incomodidad alcance un nuevo nivel—. Gracias por todo. Buenas noches.

—De acuerdo, dulzura. —El señor Winters me sonrío como si le divertiera, y entonces se inclina y deposita un beso en mi frente.

Dominick sigue su ejemplo y me acerca a sí, poniendo las manos sobre mis hombros. Luego me besa tan lejos de mi mejilla que es casi en mi oreja. Tampoco es un beso rápido y casto; es un lento movimiento de presión con sus labios gruesos y atractivos.

—Que duermas bien, hermanita —susurra contra mi oído y me besa de nuevo, aún más cerca del lóbulo de mi oreja.

Para cuando retrocede, estoy prácticamente temblado, con los ojos bien abiertos. La sensación que tenía en la parte baja del estómago cuando desperté con la cabeza en el regazo de su padre ha regresado: es una profunda sensación de caer en picada que se parece conectada con mis partes corporales que están más abajo...

¿Qué está ocurriendo...?

Pero su padre y él tienen las mismas sonrisas de hace unos instantes; como si todo lo que ha pasado esta noche hubiese sido perfectamente normal. Y entonces, sin decir más, Dominick sale por la puerta y su padre le sigue.

## CAPÍTULO 2

La vida con Dominick y el señor Winters en casa es extraña al principio, pero rápidamente me adapto a la rutina de tener dos personas más por aquí. Antes de la boda me lo temía, pues, aunque la casa es grande según los estándares de Boston, sigue teniendo solo 371 metros cuadrados. Pero me encuentro con que no tengo que esconderme en mi dormitorio ni quedarme en la biblioteca del campus por la noche como lo había estado planeando antes de que los hombres se mudaran.

Resulta que en realidad es bastante agradable tener más gente en lo que siempre fue un espacio vacío y como de hospital.

Mi madre pasó por una fase en la que estaba obsesionada con el color blanco como esquema de decoración, así que todas las paredes eran blancas: los muebles, las obras de arte, los floreros. Absolutamente todo es blanco.

—Estoy en un hospital rodeado del color blanco —declaró papá el día de la mudanza.

Y entonces él y Dominick procedieron a traer todo tipo de muebles eclécticos y los colocaron por toda la casa. Había sillas de cuero gastado y sofás mullidos en los que de verdad era cómodo sentarse.

Y, ah sí, un añadido: el señor Winters me pidió que comenzara a llamarlo papá después de seis semanas. Dijo que era demasiado incómodo que me siguiera refiriendo a él como señor Winters, pues era, en extremo, formal. Y Paul tampoco sonaba bien. ¿Entonces por qué no probábamos con papá? Claro, si estaba cómoda con aquello.

Probablemente acepté la intimidad con demasiada disposición. Llamarlo señor Winters, o incluso Paul... eso solo quería decir que es un tipo que da la casualidad que vive con nosotros. Pero llamarlo «papá» hacía que pareciera, no sé... real. Como si de verdad fuera de la familia. Como si fuera *mi* familia, aunque no fuera la de mamá.

Ellos se evitan. Mi madre está fuera de la casa a todas horas por las noches, luego duerme todo el día, se despierta por la tarde y entonces se prepara para volver a salir durante toda la noche. Ha vuelto a tener dinero, aunque Dominick me contó que papá le ha dado una mensualidad estricta. Tienen habitaciones separadas. Los oí cruzándose algunas palabras la otra noche, pero esa ha sido la totalidad de las interacciones que he visto.

No, somos papá, Dominick y yo los que formamos una familia.

Todos salimos de la casa a distintas horas del día así que normalmente no nos vemos en el desayuno. Por lo general, papá es el que se despierta más temprano de los tres para poder ir al hospital. Dominick acaba de empezar su residencia en otro hospital; está estudiando para ser cirujano cardiotorácico. Tanto él como su padre son increíblemente inteligentes. Dominick se graduó del instituto un año antes y luego se dio prisa en la facultad haciendo un programa mixto

de licenciatura y medicina. A veces, cuando empiezan a hablar en la mesa sobre las cosas que Dominick está aprendiendo, es complicado no sentirse intimidada.

Pero un segundo después papá me pregunta sobre lo que estoy aprendiendo en la facultad. Hablar sobre mi educación y mis clases teóricas parece un poco, bueno, juvenil en comparación con salvar vidas; pero tanto papá como Dominick tienen una forma de hacer que te sientas como si fueras la persona más importante en la sala.

No importa adónde nos lleven nuestros días, siempre nos aseguramos de reunirnos para la cena, no importa que esta es a las seis y media o a las diez de la noche. No podemos lograrlo todos los días; Dominick tiene a veces turnos de veintiocho horas. Siempre he oído que los doctores en entrenamiento tienen un horario demente, pero verlo de cerca y en persona hace que aprecie mucho más el sacrificio que es convertirse en el mejor de los mejores de su campo.

Papá me dijo que esa es una de las razones por las que se cambió a la parte administrativa; las horas eran demasiado agotadoras. Un día contó que se despertó y se preguntó el motivo por el que estaba haciendo todo eso. Terminó dándose cuenta de que preferiría pasar más tiempo con su hijo y disfrutar los años que le quedaban en la Tierra.

Dominick claramente no siente lo mismo en este punto de su vida. Pero claro, solo tiene veinticuatro años.

Levanto la mirada del pollo marsala que estoy removiendo cuando Dominick anuncia un «¡Cariño, estoy en casa!» desde el recibidor. Me tomó un rato poder distinguir sus voces. Papá tiene una voz más grave y áspera.

La cocina está detrás de la sala principal, junto al recibidor, así que la voz de Dominick me llega alta y clara.

—Estoy aquí —le respondo—. Espero que vengas con apetito.

Las fuertes pisadas de Dominick resuenan en la madera cuando camina hacia la cocina. Incluso con los zapatos puestos, juro que se mueve con pesadez dondequiera que vaya. Papá es completamente lo opuesto; nunca lo escucho y de repente se aparece en alguna sala detrás de mí, dándome un susto de muerte. Se ha vuelto un juego para él. En serio, se deleita diabólicamente cada vez que pego un salto.

—Muero de hambre —dice Dominick.

Sus ojos ciertamente lucen hambrientos cuando me contempla. Me mira de arriba abajo: parte de las puntas de mis pies descalzos, mis piernas y los pantalones cortos que llevo puestos, sube a mi camiseta, donde hace una pausa para ver mi escote, y luego mira mi rostro.

Finalmente, echa un vistazo a lo que hay en la sartén.

Se me ha secado la boca por completo y mis mejillas están calientes. Es porque estoy cocinando, desde luego. Hace calor en la cocina cuando tengo la estufa prendida. Eso es todo.

Remuevo el pollo, lo saco de la hornilla y lo dejo a un lado de la estufa.

Y finjo que no acabo de pillar a mi hermanastro comiéndome con los ojos.

—¿Dónde está papá?

Trago y le sonrío a Dominick.

—Dándose una ducha. Ha llegado a casa apenas un momento antes que tú.

Dominick asiente y se recuesta contra la encimera. Es entonces cuando me doy cuenta de lo exhausto que luce. Ayer salió de un turno doble y luego tuvo que volver a ir hoy.

—Eh. —Voy hacia donde está y choco su hombro con el mío—. ¿Estás bien? ¿Seguro que este nuevo horario no es demasiado?

Incluso con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, puedo ver que su mandíbula se tensa.

—Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Solo hay cuatro plazas en el programa avanzado de residencia cardiorrácica del hospital general de Boston, y yo voy a hacerme con una.

—Sé que lo harás.

No es que solo le estuviera haciendo la pelota y ya. No puedo imaginarme a nadie que trabaje o estudie más que Dominick. Acababa de empezar su residencia, pero ya está pensando en avanzar. También es bastante bueno, por lo que dice papá, a pesar de ser el más joven de sus colegas residentes. Mi primera impresión de que era un donjuán guapo estaba completamente errada. Nunca sale ni se va de fiesta. Está en casa cada noche estudiando o durmiendo. Nunca se toma un descanso.

Levanto su brazo y me acomodo para darle un abrazo. Lo estrujo alrededor de la cintura.

—No hay forma de que no la consigas. Te matas trabajando y eres un genio. Además, de verdad te preocupas por las personas a las que ves cada día. Sé que apenas pudiste dormir la otra noche, estabas demasiado preocupado por el señor Núñez después de su cirugía de la semana pasada.

Mientras lo sostengo con firmeza siento la bocanada de aire que suelta cuando exhala lo que parece ser una montaña de estrés.

—Vaya. Siempre haces que me sienta mejor. ¿Cómo lo haces?

¿Tiene alguna idea de lo feliz que me hacen sus palabras? Poder afectar su estado de ánimo y hacer que todo mejore siquiera una pizca para este increíble hombre, cielos, eso lo es todo. Alzo la cara y le sonrío con tanta fuerza que estoy bastante segura de que se me va a partir el rostro.

Él baja la mirada y me sonrío. Es deslumbrante. También desgarrador, pues sigue viéndose tan cansado. Siempre está tan fatigado. Desearía poder hacer que todo mejore *de verdad* para él más que de una forma superficial.

—Me encanta ver que mis dos chiquillos se lleven tan bien.

Me alejo de Dominick al oír la voz de papá. Levanto la vista y lo veo de pie en la entrada de la cocina. Ni siquiera sé el porqué. No es como si estuviéramos haciendo algo malo, es solo que... yo... bueno...

—El pollo está listo —suelto, alejándome de ambos hombres.

—Huele delicioso —dice papá.

—Gracias.

Mis mejillas se encienden de forma estúpida mientras extiendo la mano y saco los platos del armario. Cuando me vuelvo para buscar el arroz y el pollo marsala para servirlos, suena una música del iPod de papá, que ha dejado en el banquillo junto a la ventana. Es *blues*, el que pone siempre cuando es su turno de escoger la música. Dominick está ocupado colocando los cubiertos junto a los platos.

No puedo evitar detenerme y contemplarlos a los dos. La voz rica y conmovedora de una mujer sale de los altavoces, proporcionando la banda sonora perfecta para este momento. Dios, no puedo creer que a los diecinueve años al fin haya encontrado la familia que nunca tuve.

Papá ve que lo estoy mirando y me sonrío. Viene a donde estoy, levanta mi mano y pone la otra en mi cintura como lo hizo en la boda. Luego da una vuelta, y lo siguiente que sé es que estamos bailando por la cocina. Suelto un pequeño quejido de sorpresa y entonces me río mientras me gira y me acerca a su pecho.

La canción cambia a un ritmo más rápido y cuando papá me da otra vuelta, me suelta. Casi chillo, pero no necesito preocuparme: Dominick está justo ahí para atraparme. Retoma hábilmente lo que su padre ha dejado. Ahora que estoy más familiarizada con el baile, alzo la mano derecha de inmediato y la de Dominick está ahí para encontrarse con ella.

Bailamos y giramos varias veces, y entonces, cuando el número de jazz alcanza un estribillo frenético, Dominick me inclina hacia el suelo.

Naturalmente, esto hace que emita otro chillido.

Dominick me pone en pie de nuevo y me acerca tanto a él que, cuando estamos pecho contra pecho, puedo sentir lo fuerte que está respirando.

Y luego, tan repentinamente como me agarró por primera vez, me soltó.

—Comamos antes de que se enfríe la deliciosa comida que preparaste.

Doy un paso atrás, asintiendo con la cabeza y esperando no verme tan nerviosa como me siento.

—Tú siéntate —dice papá, poniendo las manos sobre mis hombros y dándome un rápido masaje mientras me lleva hacia mi silla—. Sé que también has tenido un día largo, y has cocinado. Déjanos cuidar de ti por una vez.

—Oh, eso no es necesario...

—Dulzura —dice con tono de advertencia—. Insisto.

Hace un poco más de presión sobre mis hombros una vez que llegamos a mi silla y me siento. Se siente tan bien descansar los pies. Estaba observando una clase de jardín de infantes para un proyecto académico, y bueno, no hay forma de observar y ya cuando hay pequeños de cinco años gritando, aferrándose a tu falda y pidiéndote que colorees y juegues con ellos. Me convertí en la «ayudante» no oficial de la clase durante todo el día. Y a pesar de lo adorables que eran esos niños, estoy bastante segura de que todavía me zumban los oídos. Había una chiquilla rubia que tenía un buen par de pulmones y a la que no le importaba avisarle a todo el mundo cuando no estaba de buen humor.

Dominick pone el arroz en la mesa y nos sirve un poco a todos, seguido por papá con el pollo marsala. La comida humeante huele delicioso y mi estómago gruñe en respuesta. Apenas tuve tiempo de engullir la mitad del sándwich de mantequilla de maní y miel que empaqué para el almuerzo antes de que hubiera una crisis en el patio de recreo y tuviese que apresurarme para atenderla.

Los hombres se sientan y empezamos a comer.

La cena está tranquila por un rato mientras todos hincan el diente. Tengo la sensación de que papá y Dominick estaban tan hambrientos como yo por la forma en que se atiborran con las mini montañas de pollo marsala que Dominick echó en cada uno de sus platos.

Dominick come con el apetito de un hombre que lleva meses muerto de hambre.

Después de unos diez minutos, cuando va a llenar su plato por segunda vez, papá niega con la cabeza.

—¿Estás llenando ese agujero negro que tienes en el estómago?

Papá siempre come con un ritmo tranquilo y medido y, a veces, cierra los ojos con una expresión de concentración, como si solo estuviera pensando en el sabor de su comida y en lo placentero que es todo el acto. Nunca he sido más consciente de mi cocina que desde que se mudó a vivir conmigo. Quiero que sea perfecta para él.

Dominick actúa como si todo fuera una carrera de velocidad, solo que, bueno... con comida en la boca. Es incluso peor por las mañanas. Se atiborra de comida mientras sale corriendo por la puerta, siempre con prisa. Aparentemente, antes de mudarse, también comía la peor clase de chatarra. Y eso que es médico.

Dominick gruñe y comienza a tragar la segunda porción. Solo niego con la cabeza.

Una vez que la bestia que es mi nuevo hermano finalmente está saciada, comenzamos a hablar de nuestros días. Ya que en realidad es temprano, papá sugiere que dejemos los platos

para más tarde y nos vayamos a la sala de estar para comer el postre y ver una película que él y Dominick habían dicho que querían ver en *Netflix*.

Siento que mi estómago se llena de alegría ante la idea de pasar más tiempo con ellos. Llevan viviendo aquí apenas tres meses y es raro que podamos pasar el rato juntos aparte de nuestras cenas diarias. He pasado tiempo con cada uno por separado, pero coordinar nuestros horarios por más de una hora al día es difícil sin un esfuerzo real y dedicado.

—Vayan adelante, yo les traeré las tazas de mousse de chocolate.

Trato de contener mi ridícula sonrisa cuando ellos asienten y se dirigen a la otra sala. A veces me siento como una hermana menor bastante tonta. Me preocupa que ambos se den cuenta de lo patética que soy y en cuántos lugares más interesantes podrían estar antes que quedarse encerrados en casa. ¿No tienen bares o clubes increíbles en los que podrían estar de fiesta?

Pero hasta ahora, ambos parecen ser hogareños. Yo soy más noctámbula, probablemente me viene por crecer con mamá, así que, si llegaran tarde a casa, o si no llegaban... lo sabría. Pero hasta ahora, aparte de los turnos locos de Dominick, ninguno de los dos parece tener ninguna... actividad extracurricular. Papá no había ocultado el hecho de que él y mamá no planeaban, ya saben, *eso*, al menos entre ellos; pero no lo he visto ni escuchado mencionar a ninguna otra mujer. A Dominick tampoco.

Tal vez sean muy discretos, o tal vez Dominick sale en las horas entre el trabajo y el regreso a casa. ¿Quizás Dominick y alguna de las otras residentes del hospital...? ¿O es que son célibes? ¿O están pasando por una gran sequía?

Dios mío, ¿por qué estoy pensando en todo esto?

Cierro los ojos con fuerza y me golpeo ligeramente la cabeza con la puerta de la nevera. Sacudo la cabeza. Mi cerebro es tan extraño a veces, y mi mente divaga por sitios tan raros.

Abro la puerta de la nevera y tomo tres de las tacitas individuales de mousse de chocolate que llené justo después de llegar a casa. Se ven helados, deliciosos y achocolatados. Miro las tres tazas que he estabilizado peligrosamente entre mis manos y las dejo sobre la encimera. Luego tomo una bandeja, paso las tres tazas y vuelvo a buscar en la nevera por una cuarta. Después de conseguir cucharas, me dirijo a la sala de estar.

Los ojos de Dominick se iluminan cuando dejo dos tazas de mousse frente a él.

—Hermanita, sí que conoces el camino a mi corazón. —Agarra una cuchara y comienza a devorar ansiosamente el primer postre—. Ven a sentarte aquí a mi lado.

Da una palmada en el centro del gran sofá donde está tumbado con la boca llena de chocolate.

Le pongo los ojos en blanco, pero me dejo caer para sentarme donde dice. Ha devorado su primera taza para cuando papá se sienta al lado opuesto de mí con el mando a distancia.

Sus cuerpos son tan cálidos que no puedo explicar los escalofríos que me recorren los brazos.

—¿Tienes frío? —pregunta papá, volviéndose hacia mí.

Busca la suave manta que siempre cubre el respaldo del sofá y me envuelve con ella, dándome un abrazo rápido al mismo tiempo.

Está tan cerca que no puedo evitar olerlo. Huele igual que la primera noche en la boda. Entrecierro los párpados mientras respiro muy profundo.

Hay un secreto con el que preferiría morir antes de admitirlo alguna vez ante alguien: a veces, cuando no hay nadie en casa, entro a hurtadillas en el cuarto de papá y huelo sus camisas. Y luego voy a su baño e inhalo su colonia. No es lo mismo que estar cerca de él de esta manera, tan cálido y vivo y tan... él. Siempre le hace falta algo: la calidad vívida de su cuerpo, de cualquier olor, pero que sea de papá.

Cielos, da miedo, ¿no? Soy una chica muy rara, y en serio, si alguien alguna vez lo supiera...

Pero simplemente me hace sentir, no sé... segura. A veces todo se vuelve tan abrumador. He estado llevando el peso de todo por mi cuenta durante tanto tiempo, y de repente aquí están estos dos hombres conmigo en casa. Ya no estoy sola. Pero cuando no están en casa, me asusto un poco y necesito demostrarme a mí misma que existen de verdad.

Pero esta noche están aquí, eligiendo pasar la noche conmigo en lugar de salir a los cientos de otros lugares en los que podrían estar, charlando con mil personas más interesantes que yo.

—¿Así está mejor? —pregunta papá justo después de tomar un bocado de su propio mousse. Su aliento a chocolate se siente cálido contra mi mejilla y quiero inclinarme hacia él.

Asiento y sonrío con lo que probablemente sea una sonrisa tonta.

De cerca sus brillantes ojos verdes tienen mil matices y facetas. Son como galaxias enteras.

Papá me devuelve la sonrisa y lo siento hasta en el estómago, donde pequeñas luciérnagas felices y agitadas bailan antes de seguir bajando hasta los dedos de mis pies.

—Mira, está empezando. —Asiente apuntando la cuchara hacia la pantalla.

Me toma un momento, pero al fin escapo de sus fascinantes ojos y me acomodo para ver la película.

Como es de costumbre, Dominick ya se ha terminado todo su mousse de chocolate. Se recuesta en los cojines, con los pies apoyados en la mesa de centro y un brazo extendido por detrás de mí. Cuando está en reposo, su postura es casi felina y agraciada, como un león saciado en su guarida: perfectamente tranquilo, pero con todo ese músculo, se tiene la sensación de que siempre está listo para atacar y que es lo suficientemente fuerte como para destrozarse cualquier cosa que se interponga en su camino.

Deja caer su brazo por encima de mis hombros y me atrae hacia él.

—Entonces, hermana, ¿de verdad tienes espacio para el postre después de esa cena tan deliciosa y sustanciosa que preparaste? —Mira mi taza de chocolate.

Muy bien, entonces el depredador no parece tan aterrador cuando está pidiendo más postre. Me río y lo alejo.

—¡Nunca te interpongas entre una mujer y su chocolate! —Lo miro burlonamente y levanto la cuchara como si fuera un arma.

Levanta las manos.

—Me disculpo, señorita.

—Bien. —Finjo que resoplo y me acomodo en el sofá.

Como la primera cucharada y oh, Dios mío, me alegro de haber defendido mi postre. Cierro los ojos en cuanto saboreo la rica crema de chocolate en mi lengua. Está tan, tan, tan bueno.

El sonido de tos seca a mi lado hace que abra los ojos.

Solo para encontrar a Dominick y papá mirándome.

—¿Qué? —les pregunto, volteando la cuchara y lamiéndola para limpiar los últimos dejes de crema.

Dominick se sienta un poco más derecho, busca una de las almohadas laterales y la pone sobre su regazo. Lo miro.

—No me mires así. No vas a tener esta taza de chocolate.

—Bien —dice, y por alguna razón su voz suena algo ahogada—. Eh, mira, los créditos iniciales ya han terminado. —Señala de nuevo la pantalla—. No quiero perderme el comienzo.

Le frunzo el ceño. Parece un poco rígido, pero da igual. Tiene razón, la película está comenzando. Le pongo atención y sigo comiendo mi chocolate.

La película comienza con bastante normalidad. Un profesor universitario de mediana edad,

pero que aún es guapo, sigue con su rutina matutina normal. Su esposa lo sermonea mientras se afeita por no tener suficiente dinero para irse de vacaciones con sus amigos al Cabo. Por su expresión, se puede decir que es una vieja discusión.

En la mesa, durante el desayuno, sus hijos adolescentes lo ignoran cuando intenta interactuar con ellos para que no miren sus teléfonos móviles.

Conduce un coche que ha visto tiempos mejores hasta llegar a una pequeña y pintoresca universidad. Entra en clase luciendo tan desgastado como su coche.

Y luego la ve.

Una estudiante sentada en el medio de la primera fila. Lleva un suéter rojo ajustado y pintalabios rojo.

Sus ojos se fijan en ella. La música cambia. Todo se ralentiza.

Es un poco obvio desde un punto de vista cinematográfico, pero sigue siendo eficaz. Y la química entre los dos actores hace que funcione.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro cuando se da cuenta de que él la mira. Muerde la punta de la pluma con timidez. Él se aclara la garganta y enciende su portátil conectado al proyector. Comienza la lección de literatura renacentista y ella escucha con mucha atención.

Durante toda la clase intercambian miradas no tan sutiles.

Es una secuencia lenta y llena de tensión a partir de ahí. Para cuando realmente se besan treinta minutos después, tengo las manos juntas en mi regazo y siento el estómago apretado.

Luego, a pesar del lento desarrollo, todo explota. El profesor arroja todo de su escritorio y la pone encima. Segundos después, le ha subido la falda y su pelvis se conecta con la de ella una y otra vez.

Se me corta la respiración, estoy en estado de shock.

Quiero decir, sospechaba que la pareja tarde o temprano... Pero... él es su *profesor*. Eso está...

Parpadeo, incapaz de apartar los ojos del actor cuyo rostro se retuerce de placer y éxtasis.

No es bonito ni romántico, como a menudo he visto que representan el sexo en películas. Lo que está haciendo es entrando y saliendo de ella. La estudiante parece tan sorprendida como yo. A pesar de toda su valentía al seducirlo, ahora que realmente está sucediendo, parece, no lo sé, parece que no está preparada. O tal vez solo está abrumada por todo.

«Dios, es solo una película, Sarah. Deja de pensar tanto en ello. Son buenos actores y ya».

Pero... cosas como esta sí que pasan en la vida real todo el tiempo. Siempre se escucha sobre profesores y estudiantes juntos. Hay escándalos en las noticias. Muevo las piernas y las cruzo, sintiendo esa extraña sensación líquida en mi centro que ocurre cuando pienso en sexo.

Casi doy un salto cuando Dominick se agacha y sostiene uno de mis pies.

—¿Qué estás haciendo? —siseo.

Mi voz apenas es audible por encima de los gruñidos y jadeos placenteros que salen del sistema de altavoces de sonido envolvente.

Dominick me mira con la expresión más inocente de todas; como si fuera casi intencional o burlonamente inocente.

—¿Qué? Nos dijiste que estuviste parada persiguiendo a esos diablillos. Sé cuánto me duelen los pies después de estar de pie todo el día. Tú cocinaste. Déjame hacer algo bueno por ti.

Empieza a masajear mis pies. La protesta muere en mi boca cuando frota los arcos de mis pies con un profundo movimiento circular con los pulgares porque, Dios, se siente *increíble*.

Entonces solo tengo que cerrar los ojos. ¿Mirar la escena de sexo mientras Dominick me toca? Son demasiadas cosas que procesar a la vez. Después de unos minutos escucho que los

personajes en la pantalla vuelven a hablar con normalidad y abro los ojos.

Solo para descubrir que el hombre ha llevado a la muchacha a su hogar. Ninguno del resto de su familia está en casa. Pasan por la cocina antes de subir las escaleras. Al principio estoy confundida porque llevan lo que parece ser una bolsa de comestibles a su dormitorio.

Rápidamente averiguo para qué sirven los alimentos: crema batida, jarabe de chocolate, fresas, kiwi y un plátano muy estratégicamente empleado.

Estoy bastante segura de que me quedaré permanentemente boquiabierta durante los próximos treinta minutos de la película. En un momento tengo que mover la cabeza a los lados porque no sabía que el cuerpo humano podía contorsionarse de esa forma. La actriz ha debido ser bailarina de ballet o algún tipo de contorsionista en su vida pasada.

El respetable profesor ha desaparecido por completo y en su lugar hay una presencia oscura e imponente. La situación ha cambiado por completo desde el comienzo de la película.

Cuando la lleva a un club de sexo, apenas puedo respirar.

Y luego, de repente, la película se detiene.

Me vuelvo para mirar a Dominick, que tiene mi pantorrilla en la mano.

—¿Por qué la quitaste? —Mi voz sale aguda, medio jadeante.

Está oscuro en la sala de estar. Papá apagó todas las luces para ver la película, y solo con la luz de la televisión no puedo distinguir la expresión del rostro de Dominick.

—Te estaba costando un poco respirar —dice papá desde el lado opuesto.

Me pone las manos sobre los hombros, masajeándolos como lo hizo antes en la cocina, excepto que ahora todo su cuerpo está contra mi espalda, y con lo que acabamos de mirar durante la última hora, la parte inferior de mi cuerpo se sacude ante el contacto.

—Y estás tan asustadiza —dice Dominick, moviendo una de sus manos hacia arriba y alrededor de la parte inferior de mi pantorrilla y apretándola a medida que avanza. Abro los ojos de par en par mientras él frota y masajea mi piel con sus dos grandes manos—. Pensé que tal vez la película se estaba poniendo demasiado intensa para ti.

—Oh —logro decir.

Ambos me están tocando. Oh, Dios. Oh, Dios mío. Se siente asombroso. Pero está mal.

No, lo que está mal es lo que siento por la forma en que me están tocando. Dominick es doctor; por supuesto que sabe dar un masaje increíble. Mis pies y la parte inferior de mis piernas nunca se habían sentido tan relajados. Era un verdadero milagro, ya que el resto de mi cuerpo se está tensando cada vez más.

—Sí tienes algo de tensión aquí —murmura papá, masajeando mi hombro—. Has estado estudiando demasiado. Ahora es fin de semana. Es hora de que te relajés y sueltes todo eso. Estás en casa ahora, con la familia. —Frota mi clavícula y me lleva hacia su pecho—. Shh, así es, dulzura. —Me mueve para acunarme en sus brazos—. Debes estar agotada.

Se siente increíble estar envuelta en él. Y también miserable, porque ese hormigueo entre mis piernas... ya no solo es un hormigueo. Siento que algo palpita allá abajo. Tengo la necesidad de retorcerme, de encontrar algún tipo de fricción.

Y lo arruinaré todo por culpa de mi estúpida, inapropiada... Ni siquiera puedo terminar el pensamiento.

Me aparto de papá y retiro los pies de las manos de Dominick. La manta cae de mis hombros cuando me pongo de pie de un salto.

—Me voy a la cama ahora —espeto sin mirar a ninguno de los dos—. Nos vemos mañana. Haré tortitas si alguno de ustedes está por aquí.

Y luego camino directamente hacia las escaleras. Me refiero a que camino lo más rápido

posible, salgo disparada, me salto todas las paradas; subo mi trasero al piso de arriba, cierro la puerta y me quedo de pie con la espalda apoyada contra ella respirando con dificultad y sin duda dejándolos a los dos preguntándose qué clase de bicho raro soy.

—Un bicho raro al cien por ciento —me susurro a mí misma, luego golpeo mi cabeza contra la puerta antes de ir a lavarme y cepillarme los dientes.

Diez minutos más tarde me encuentro bajo la sábana con las luces apagadas. Me sigo sintiendo como la excusa más miserable de una hermana y una hija.

En especial porque esa sensación allá abajo, esa palpitación, sigue siendo tan intensa como cuando me tocaron. Cuanto más me digo a mí misma que no piense en ello, peor parece ponerse.

«No pienses en lo fuertes y seguras que se sintieron las manos de Dominick cuando te acarició las pantorrillas».

Dios mío, ¿qué me pasa?

«No fue una caricia, idiota. Te estaba dando un masaje». Estaba siendo profesional. Hago ejercicio y mis pantorrillas se tensan. Apuesto a que podía sentir lo tiesa que estaba.

Sin embargo, tan pronto como mi parte lógica explicó esto, la imagen aparece: la mano de Dominick subiendo por encima de mi rodilla, más arriba, acariciando la cara interna de mi muslo, luego subiendo aún más.

Jadeo y arqueo la espalda.

Me muerdo el labio inferior y mi mano baja por mi vientre, hasta mis bragas. Aprieto los ojos con vergüenza, pero eso no impide que mis dedos busquen ese lugar.

Todo el aliento que está en mis pulmones sale tan pronto como hago contacto. Con los ojos cerrados, puedo imaginar claramente que es Dominick tocándome allí; esa mata de cabello rubio que se hace a un lado cuando me sonrío. Está muy contento de complacerme.

«¿Te sientes bien, hermanita?» lo imagino susurrando.

Me retuerzo hacia mi mano.

Oh, Dios, está tan mal todo esto. Odio cuando me doy por vencida y procedo a tocarme así. Es sucio y vil y detesto todo lo relacionado con esto. Descubrí a mi madre haciéndoselo frente a la cámara web de su portátil para un hombre cuando yo apenas era adolescente. Me disgustó tanto que juré que nunca...

Pero esa película de esta noche y la forma en que los chicos me abrazaban... No puedo detenerme. Mis caderas se mueven hacia adelante y hacia atrás al ritmo del vaivén de mi mano.

Mi puerta se abre con un sonido rechinante.

Me paralizó y miro hacia la puerta. Cielos, cielos, cielos, ¿alguno de los dos me escuchó? Podría haber jurado que no estaba haciendo ningún ruido, pero ¿qué sé yo? Nadie ha estado en la casa antes cuando yo...

Alejo mi mano, pero luego me mortifico cuando la sombra de Dominick o de papá aparece en la puerta. ¿Y si veían el movimiento y adivinaban lo que estaba haciendo? O el olor. ¿Pueden oler... ya saben, mi aroma?

Apoyo la cara contra la almohada, pero luego me doy cuenta de que es una estupidez. Es obvio que cualquiera de los dos sabe que estoy despierta; me he estado moviendo y teniendo espasmos por toda la cama.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque mi voz sale más como un chillido agudo.

—Te has ido tan rápido. —Es la voz de Dominick. Entra en la habitación y cierra la puerta detrás de él—. Quería asegurarme de que todo estuviera bien.

Se acerca más. Su rostro está rodeado de una densa sombra pues solo le da la luz de mi lámpara de noche.

Tengo diecinueve años. Soy demasiado mayor para tener miedo a la oscuridad, pero todavía no me he podido deshacer de la lámpara de hadas que tengo desde la infancia.

Y mientras... ya saben, tenía los ojos cerrados con fuerza, así que no tuvieron la oportunidad de adaptarse a la oscuridad. Apenas puedo distinguir los rasgos de Dominick.

Se acerca y se sienta en el borde de la cama.

—¿Estás bien?

Es entonces cuando me doy cuenta de que nunca respondí a su pregunta.

Asiento con la cabeza violentamente, y entonces me percató de que su cuerpo está bloqueando la luz y es posible que tampoco pueda verme.

—Ajá —pronuncio.

No confío exactamente en mi voz en este momento. Me aferro más a la sábana y la acerco a mi rostro, pero entonces, cielos, puedo oler mi aroma con la mano con la que me tocaba. La bajo lo más que puedo.

Gracias a Dios que está tan oscuro aquí. Dominick no puede ver el color rojo cereza que sin duda mis mejillas están adoptando.

—¿Estás segura? —Dominick suena escéptico.

—Totalmente segura —le digo.

Suspira y se apoya en mi cabecera.

¿Por qué sigue aquí? Tiene que irse y ya. Tiene que dejarme con mi miseria y estupidez y...

—Bueno, a decir verdad, no me ha ido tan bien.

¿Qué? Todo los pensamientos obsesivos y egoístas se detienen de golpe. Me siento y me muevo para quedar a su lado.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está pasando?

Mis ojos al fin se están adaptando a la luz y puedo ver lo pensativo que está. Se puso una camiseta sin mangas y pantalones de dormir. Dobla las piernas y apoya los codos en sus rodillas mientras mira sin ver mi oscura habitación.

De repente, me alegro de haber usado el dinero de la graduación que me dio el abuelo para redecorar y quitar el papel tapiz rosa que tenía desde la infancia y los pósteres más recientes de bandas juveniles cuando estaba en el instituto. Ahora el dormitorio está decorado con tonos verdes y dorados fríos.

Y enseguida me vuelvo a avergonzar de estar preocupada por lo que piense Dominick de mi dormitorio cuando él está tan angustiado.

—Dom, puedes hablar conmigo. —Pongo una mano en su antebrazo.

Sus músculos se tensan por reflejo al sentir mi roce, pero luego se relajan. Se acerca y cubre mi mano con la suya.

—No estaba bromeando sobre lo que dije antes —dice, apoyando su hombro contra el mío—. Todo ha ido mucho mejor desde que nos mudamos aquí. Me siento más... —Hace una pausa como si estuviera buscando la palabra—. Anclado.

Él asiente.

—Entonces, ¿qué te molesta? —insisto.

Me doy cuenta de que algo lo está carcomiendo. Hablar con él siempre me ha hecho sentir mejor durante los últimos meses. Y yo quiero ser eso para él; su consejera, la persona a la que pueda acudir cuando necesite desahogarse.

Aparta la mirada.

—No sé si puedo hablar contigo.

Me quedo boquiabierta.

—Sí puedes. Lo prometo. No importa lo que sea, no te voy a juzgar.

Quiero que confíe en que puedo manejarlo, sin importar lo que sea.

Se vuelve hacia mí. Sus ojos color avellana se ven tan oscuros cuando están en las sombras, como ahora. Son lo único que no heredó de su padre. En este momento, sus irises y pupilas se mezclan y se vuelven uno en la penumbra.

—Estoy muy cansado —dice—. Pero no quiero irme. ¿Podríamos...? ¿Crees que tal vez podríamos...? —Su voz se apaga y mira hacia abajo de nuevo.

—¿Qué? —pregunto.

Nunca lo había visto así. Tan vacilante. Por lo general, tiene una confianza descarada.

—¿Podría tal vez quedarme aquí? Es que no quiero irme todavía. —Incluso en la penumbra, puedo ver lo esperanzado que se ve y el miedo al rechazo que tiene.

No puedo creerlo. Este hombre increíblemente fuerte, tan inteligente y amable, ¿cree que podría encontrar un poco de consuelo durmiendo conmigo?

—¡Claro! —digo haciéndome a un lado y abriendo la sábana.

Si se da cuenta de que solo llevo puesta una camisa de tirantes finos hasta el punto de verse transparente y bragas de algodón blanco, no hace ningún comentario.

Se mueve para tumbarse a mi lado y se pone encima la sábana y el edredón. Siempre duermo con dos almohadas. Normalmente me pongo una entre las piernas, pero se la doy. No, olvídale. En el último segundo, le quito la almohada y le doy la mía. ¿Y si olía a eso?

—Ten —digo acariciando la almohada con torpeza mientras la pongo en la parte superior de la cama, luego saco la almohada de mi pierna y la coloco debajo de mi propia cabeza.

Dominick se pone la almohada que le di debajo de la cabeza y exhala mientras se acomoda. Es como si pudiera sentir la tensión salir de su enorme cuerpo.

Mientras tanto, de repente me percato de cada centímetro de mi propia piel.

Nunca he tenido a alguien en la cama conmigo ni he estado en la cama de alguien. Sí, considerando todo el desastre del baile de graduación, todo eso de mi experimento de tener novio duró poco.

Pero me he imaginado este momento un millón de veces. Bueno, obviamente no este momento con mi propio hermanastro, pero sí un momento como este; en la cama con un hombre, sintiendo su calidez a mi lado. Ni siquiera haciendo nada, solo quedándonos así. Quizá acurrándonos.

Pero ninguna de mis fantasías le hace justicia a la realidad.

Siempre tengo tanto frío. Tal vez tenga mala circulación o algo así, pero siempre me estoy congelando. Y Dominick es como una estufa. Me he dado cuenta de esto tanto en él como en papá. Son calientes. Puede hacer cuatro grados y ellos llevan camiseta y pantalones cortos. Mientras tanto, yo uso calzoncillos largos y mi abrigo de invierno gigante.

—¿Cómo se te enfriaron los pies de nuevo en los diez minutos desde la última vez que los sujeté? —Dominick se ríe cuando sus pantorrillas entran en contacto con mis pies.

—Cielos. Lo siento. —Los aparto de un tirón.

¿Mortificación número trescientos cuarenta y siete por esta noche? Lista.

—No seas tonta. Es solo una de tus peculiaridades. —Dominick envuelve su brazo alrededor de mi cintura y me atrae hacia él.

Se me cierran los ojos por lo bien que se siente. Es mucho mejor de lo que había soñado.

Pone sus rodillas detrás de las mías y luego apoya su cuerpo contra mí. Estoy soñando. Esto es un sueño. Estaba muy cansada y emocionada por la película. Obviamente, este es un sueño extremadamente vívido.

Porque no hay forma de que Dominick me esté acurrucando en la vida real. ¿O sí?  
Apoya su barbilla detrás de mi cabeza y hacemi cabello a un lado con una mano.  
—No dejaré que te congeles, hermosa.

Las palabras son como un cálido soplo en mi cuello y su brazo descansa alrededor de mi cintura, justo debajo de mis pechos. No puedo evitar los jadeos entrecortados que se me escapan, pero luego hago todo lo que está en mi poder para concentrarme y tratar de respirar normalmente.

Inhala despacio, aguanta la respiración durante un par de segundos y luego exhala lentamente. Así. Así es como respira la gente normal. ¿Verdad?

*¡¿Verdad?!*

Pero parece ser que Dominick no se percata de nada, porque en dos minutos, su respiración se regula y comienza a roncar en voz baja. Es el sonido más varonil y a la vez más reconfortante que he escuchado. Puedo sentirlo retumbando en su pecho desde mi posición contra su espalda. Nunca había sentido nada parecido.

Lentamente, muy lentamente, descanso mi brazo sobre el de Dominick, donde se curva alrededor de mi panza. Se mueve solo un poco y me aferra con más fuerza hacia él.

Mi respiración se acelera de nuevo, pero no muevo mi mano de donde está sobre la suya. Se calma y sus silenciosos ronquidos comienzan de nuevo.

Me quedo allí tumbada durante una de las mejores y, a la vez, peores noches de sueño de toda mi vida. De las mejores porque nunca me he sentido más segura, hermosa y simplemente... increíble en toda mi vida; y de las peores porque odio seguir quedándome dormida. No quiero perderme ni un momento.

Dejo mi mano sobre la de Dominick, queme sostiene durante toda la noche, y sé que, si está en mi poder, nunca lo dejaré ir ni a él ni a papá.

## CAPÍTULO 3

Las fiestas de pijamas con Dominick se convierten en algo semirregular durante las próximas semanas. Vale, todavía tiene un horario de locura en su residencia médica, así que tal vez sean dos o tres noches a la semana, pero cómo tesoro esas noches.

Si papá nota nuestra creciente cercanía, no dice nada; aunque noto que nos mira a veces durante la cena. Sin embargo, no parece preocupado, solo interesado como siempre en lo que estamos haciendo. Lo atribuyo a mi imaginación y paranoia.

No es que Dominick y yo estemos haciendo algo *mal*, de todos modos. Quiero decir, claro, dormimos juntos. ¡Pero no de esa forma!

Dominick entra a mi habitación después de que papá se haya ido a la cama, tal vez después de que todos hayamos mirado la televisión o de que estudiemos en la mesa de la cocina mientras papá trabaja en su portátil. Entonces Dom y yo hablamos un rato mientras él se recuesta en la cabecera. Le cuento las cosas que suceden en mi vida, él me cuenta las cosas que lo estresan en el hospital, y luego se mete en la cama a mi lado y me acurruca contra él.

Incluso he empezado a quedarme dormida ahora, pues cuanto más sucede, más confiada me siento que cada vez no será la última.

Dominick no está en casa esta noche, papá está de viaje de negocios y mamá también salió. Vaya sorpresa. Se siente como si se hubiera ido por varios días seguidos. Hay semanas enteras en las que no la veo. Me pregunto si papá no fomentará esto. La última vez que los vi a los dos juntos en la misma habitación, él le lanzó una mirada como de «no me pongas a prueba». No estoy segura de lo que se estaba comunicando, pero mamá simplemente levantó la barbilla y se enojó. Esa vez no la vimos durante cuatro días.

Como sea. Al fin siento que ella no es mi problema. Y, Dios mío, es un gran alivio. Me siento libre. Por primera vez en mi vida soy libre, joven y simplemente... feliz.

La felicidad, qué concepto tan loco, ¿verdad?

Bueno, es un poco menos feliz esta noche ya que papá y Dominick no están en casa, pero no puedo ser codiciosa; los tengo conmigo gran parte del resto del tiempo.

Bostezo mientras los pequeños números garabateados se difuminan en la página. He estado trabajando en la tarea de estadística hasta sentir que me quedo bizca.

Si soy honesta, sí, quería distraerme para no extrañar a los muchachos. La casa siempre solía estar así de vacía, pero ahora se siente mal no escuchar la televisión encendida o la ducha abierta en algún lugar, o los pesados pasos de Dom subiendo y bajando la escalera. Miro el reloj.

Son las once. Mi bostezo se vuelve más grande. Bueno, debería poder dormir ahora.

Me lavo, enciendo la luz de noche y me acuesto.

Dominick duerme tanto conmigo que mi segunda almohada ha comenzado a oler a él.

Entierro mi nariz en su almohada y la inhalo. Su olor es reconfortante.

Me lleva algo de tiempo, pero la tarea de matemáticas hizo su trabajo y pronto me quedo dormida.

...

...

Y luego empiezo a soñar.

Es uno de esos sueños.

El gran cuerpo de Dominick está acurrucado detrás de mí. Su brazo me rodea la cintura y tiene la barbilla metida en mi cuello. Como siempre.

Es completamente inocente.

Hasta que deja de serlo.

Dominick sube la mano y me envuelve el pecho. Mis pechos no son pequeños, pero así se sienten en sus enormes manos. Y luego los aprieta con delicadeza...

¿Qué...?

¡No es delicado, no es delicado!

Está dándole tirones a mi pezón. Lo agarra y tironea y...

Abro los ojos de golpe. No estoy sola en mi cama.

Me giro para mirar detrás de mí, confundida, y ¿qué es...?

Dominick.

Pestañeo, respiro y...

—¿Dominick?

Se supone que no debe estar aquí esta noche. Tenía un turno doble.

Pero definitivamente es Dominick el que está a mis espaldas, con el cabello largo y suelto. Tiene su mano en... Su mano está en mi...

—Te necesito esta noche, hermosa —susurra, y hay algo extraño en su voz. Sale entrecortada y ahogada—. Traté de luchar contra eso, sé que está mal, pero es que hoy... —Él niega con la cabeza y su rostro se contrae—. Te necesito.

Y entonces me da la vuelta para que esté de espaldas y sus labios están en los míos. Lo siguiente que sé es que su cuerpo está sobre el mío y su peso me hunde contra el colchón.

Su boca invade la mía, haciendo presión para entrar.

Yo, pero yo...

Aparta la mano de mi pecho y la lleva más abajo. Incluso antes de que pueda orientarme, uno de sus gruesos dedos hace presión en mi entrada. Ahí *abajo*.

Su dedo se encuentra con la humedad y se desliza dentro de mí. Jadeo, impactada, mientras mi cuerpo entero se estremece y siente placer.

Es entonces cuando realmente me despierto. Cielos. Dominick está aquí. Dominick me está tocando.

Dominick me está tocando *de esa forma*.

Empiezo a devolverle el beso con la misma avidez. No sé qué está pasando. Si esto es un sueño, no se parece a nada que haya tenido... Digo, nunca supe que algo podría ser como...

—Dios, Dominick —le susurro entre jadeos.

No puedo respirar. Voy a morir porque no puedo respirar. Me está robando el aliento. Es tan, tan bueno.

—Cielos, Sarah, dilo de nuevo —susurra. Su voz todavía tiene ese tono profundo y desesperado—. No sabes cuánto tiempo he necesitado escucharte decir mi nombre así. Me has estado torturando, cielos.

—Dominick —exhalo y él se abalanza hacia mí.

Siento esa parte de él. Está tan duro como una vara. Es caliente y macizo y hace presión en mi vientre. Gira las caderas mientras me besa profundamente.

Se retira de repente.

No, Dios, ¿he hecho algo mal?

Pero es solo para que pueda levantarme lo suficiente para quitarme mi diminuta camiseta. Hace una pausa por un momento y solo me mira.

—Mierda, hermanita. ¿Me estás diciendo que esto es lo que ha estado durmiendo a solo unos centímetros de mí durante semanas?

Suena hipnotizado. Y sus palabras. Nunca lo había visto tan vulgar. Es lo más sexy que he escuchado en mi vida.

Baja y comienza a succionar uno de mis pechos, uniéndolos con ambas manos. Lame la hendidura que se hace entre los dos y luego se lleva el otro pecho a la boca.

Cuando muerde un poco el pezón, no puedo evitar gritar y sacudirme contra él.

—Así es, hermosa —dice, lamiendo y luego soplando el pezón del que acaba de abusar—, déjame escuchar todos tus ruidos. No hay nadie más en casa. Lo quiero todo. Lo necesito.

Cuando mordisquea el segundo pezón, Dios, hago lo que él quiere. Dejo que me oiga.

La forma en que está posicionado hace que, cuando empuja sus caderas hacia adelante, su vara de acero haga presión contra el lugar que sus dedos invadieron hace un momento.

Abro la boca y vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada. Él adora y tortura mis pechos al mismo tiempo. Mientras tanto, se inclina para acariciar mis caderas y muslos y pasa mi pierna alrededor de su cintura; primero una y luego la otra.

—Quiero que me montes, hermosa. Móntame para hacer que me venga. Y no olvides dejar que te oiga.

Sus palabras, su roce y, cielos, el hecho de que esto esté sucediendo, de que esto realmente está sucediendo, hace que se encienda un fuego que arde cada vez más: Dominick está aquí y está tocándome y acariciándome y, *oh*, haciendo *eso*.

Envuelvo las piernas alrededor de sus caderas y la dureza de su miembro toca el lugar más perfecto del universo.

Mis caderas parecen moverse hacia adelante y hacia atrás contra él por propia voluntad. Puede que no tenga idea de lo que estoy haciendo, pero mis instintos se hacen cargo.

Es un impulso tan intenso. Joder, está chupando mi pezón con tanta fuerza y pellizcándome el otro. Duele, pero se siente tan, tan... Oh, Dios mío, está haciendo todo al mismo tiempo, ¿cómo es posible?

Pero luego suelta ambos pezones y los sopla en un lado. Deja caer su mano entre nosotros y vuelve a introducir un dedo en mi interior. Luego su pulgar me frota, yo me flexiono y presiono contra él, y me había dicho que lo soltara todo, así que grito:

—¡Dominiiiiiiiiiiiiick!

Luz y calor estallaron por mi cuerpo como fuegos artificiales que van en todas direcciones. Pero dentro de mi cuerpo. Nunca he sentido... No puedo... Y solo sigue y...

Dominick continúa frotándose. Entierra la cabeza entre mis pechos, lamiendo, succionando y volviendo a besar tiernamente mis labios.

Jadeo cuando la luz se desvanece y la conciencia regresa a mi cuerpo. Todavía siento un cosquilleo en las yemas de los dedos y, cuando Dominick vuelve a girar su pulgar, mis piernas tienen un espasmo con una réplica del orgasmo. Él sonríe, pero todavía hay una expresión seria en su rostro que no suele estar ahí.

—Lo hiciste muy bien, hermosa —susurra y luego besa mi pecho de nuevo.

Se sube un poco para que estemos cara a cara, pero no mueve la mano; de vez en cuando sigue haciendo círculos con ella y me provoca un cortocircuito en la respiración.

—Ahora necesito que seas completamente honesta. No me importa si mi pregunta te avergüenza. Tienes que decirme la verdad, pase lo que pase. ¿Puedes hacerlo?

Su repentina pregunta me asusta, y con su mirada tan directa, siento como si estuviera mirando directamente a mi alma. Especialmente después de lo que acabábamos de... Dios, lo que quiero decir es que nunca me he desnudado más ante alguien. En todos los sentidos de la palabra.

Pero asiento con la cabeza porque se trata de Dominick.

—¿Cuánta experiencia has tenido con el sexo?

Mis mejillas se encienden incluso con solo oír la palabra. Lo cual es una tontería considerando lo que nosotros... quiero decir, lo que él acaba de hacerme...

Trago saliva.

—No mucha. —Miro hacia abajo.

—Escucha. —Sujeta mi barbilla y me levanta el rostro mientras sigue haciendo círculos con sus otros dedos.

Cielos, no es justo. ¿Cómo se espera que me concentre en algo mientras él está...?

—Necesito detalles. —Sus ojos buscan los míos—. Necesito saber todo lo que has hecho, qué tan lejos has llegado con tus novios anteriores.

Aprieta la mandíbula con las dos últimas palabras, pero luego su rostro se suaviza de nuevo mientras mete un mechón de cabello que ha caído en mi cara detrás de mi oreja.

Siento que mis mejillas se enrojecen aún más. No quiero decírselo. No podría ser más inexperta o inmadura. Desearía que me dejara ir con la vaga respuesta que ya le di, pero por alguna razón, puedo ver por la expresión de su rostro que siente que necesita saber más.

Y después de esta noche, tengo la sensación de que le daré a Dominick lo que necesite. Niego con la cabeza lentamente.

—No tengo ninguna experiencia —susurro.

—Entonces eres virgen. Está bien, ¿qué hay de toqueteos y...? —Se calla cuando sigo negando con la cabeza.

—Bueno, he besado a chicos antes —me apresuro a aclarar.

Sus manos se paralizan en todos los lugares en los que me toca.

—¿Pero nada más? —susurra con clara incredulidad—. ¿Ni siquiera...?

Su voz se apaga de nuevo y solo se queda mirándome. No puedo soportar que me mire como si fuera un fenómeno de circo. Me aparto y empiezo a arrojarme con la sábana cuando él me la arranca.

—Dios, eres tan perfecta, joder. —Me sujeta y nos gira para quedar encima de mí. Me besa profundamente. Su virilidad hace presión de una forma aún más urgente contra mí.

Me besa tan larga y apasionadamente que no creo que alguna vez se separe para respirar. No estoy segura de querer que lo haga. Si antes pensé que era feliz, no conocía la felicidad.

Finalmente se retira, luciendo un poco ansioso.

—¿Qué?

—Bueno, quiero probar algo, pero no sé si estás lista.

Odio que siquiera tenga que cuestionarlo.

—Lo estoy —suelto por toda respuesta—. Estoy lista para cualquier cosa. Para *todo*.

Todavía parece vacilante.

—¿Crees que podrías...? ¿Tal vez empezar por...?

—Cualquier cosa —repito.

Nunca antes en mi vida lo había dicho tan en serio. Él asiente.

—Podrías intentar tocarme.

No tiene que decir nada más: entiendo lo que quiere decir. O bueno, la idea general de lo que quiere decir. No es el primero en pedírmelo, pero es el primero al que quiero complacer.

Otros chicos, como mi infame cita del baile de graduación, me han pedido a lo largo de los años, con varios niveles de seriedad y crudeza, que les chupe sus... ya saben qué.

Siempre me ha disgustado la idea.

Hasta que apareció Dominick.

Después de lo que acaba de darme, estoy ansiosa por explorar su cuerpo. Sin embargo, mis manos se mueven con vacilación al principio mientras recorren su pecho musculoso. No quiero hacerlo mal y arruinarlo todo.

La respiración de Dominick se entrecorta y luego no exhala, como si estuviera aguantando la respiración mientras espera a que yo baje; a que haga contacto con él.

A la mierda. Tengo curiosidad y no pretendo torturarlo. Bajo mis manos por el resto del camino hasta que mis pequeños dedos se cierran alrededor de...

Guau. Es tan grande.

Digo, he visto un par de fotografías a lo largo de los años. Es imposible ser una adolescente con Internet y no verlos, pero este se siente mucho más grande y más ancho de lo que parecían ser. Y es tan cálido, por no mencionar rígido.

Quiero decir, es obvio que estaría duro. De eso se trata todo. Pero he cuidado chiquillos antes, y ¿cómo es que eso puede crecer y convertirse en esto?

—Cielos, hermosa —sisea—. ¿Sabes lo bien que se siente? Envuélvela con tus pequeños dedos y métete debajo de las sábanas conmigo.

Hago lo que dice. Envuelvo ambas manos a su alrededor y luego siento arriba y abajo la suave piel aterciopelada que cubre su dura barra. Dios mío, estoy usando términos que se usan en las novelas románticas, pero son tan correctos: sí que se siente como terciopelo sobre una barra de acero. Intento no reírme y me tumbo a su lado.

Mi ataque de risa pronto se pierde en sus manos sobre mi cuerpo y en la sensación de cómo se tensa y gruñe mientras lo froto de arriba abajo.

—Cielos, me encanta sentir tus manitas en mí. Y verte viniéndote. —Hace presión contra los inexpertos dedos que lo sujetan, metiendo y sacando su miembro—. No sabes cuánto tiempo llevamos esperando esto.

¿Llevamos?

Mi mente empieza a interrogar aquello, pero luego Dominick me da otro de sus apasionados besos. Baja una de sus enormes manos para cubrir la mía y me muestra cómo le gusta que le den placer. Aprendo a masturbar su miembro y a envolver mi mano sobre la bulbosa cabeza. Me recompensa cuando siento algo de humedad cubriendo mis dedos.

—Eso es por lo loco que me estás volviendo, hermosa. Ahora pruébalo tú.

Repito los movimientos que me acaba de enseñar, frunciendo el ceño con determinación mientras trato de hacerlo bien.

—Dios, se siente tan bien. —Me alienta—. Puedes sujetarlo con más fuerza si quieres.

¿De verdad? Siento que lo estoy estrangulando a muerte, pero pongo todas mis fuerzas en mis manos.

Y luego pienso en cuánta succión y fuerza he oído que tienen la boca y la mandíbula humana. Más que otra cosa en el Universo, quiero que Dominick esté contento con lo que hago. Y tan

solo la idea de lamerlo, de probarlo... Mi sexo se contrae y antes de que pueda pensar demasiado en ello o mentalizarme, me meto debajo de las mantas.

Me lo llevo a la boca y comienzo a chupar.

—¡Joder! —grita tan fuerte que estoy doblemente contenta de que no haya nadie más en la casa, porque si lo hubiera, seguramente vendrían corriendo ante su exclamación.

Por un segundo, creo que, después de todo, quizás he hecho algo mal.

¿Quizás no es así como se supone que debes hacerlo? ¿Lo mordí accidentalmente o algo así? Traté de cubrir mis dientes con mis labios, pero tal vez lo rocé de todas formas y...

Pero cuando trato de alejarme, la mano de Dominick está allí ejerciendo una presión suave sobre mi cabeza para mantenerme en el sitio.

Un resplandor interno recorre mi cuerpo y lamo, chupo y relamo su miembro. Él me susurra palabras de ánimo y órdenes.

En cuestión de minutos, me toca el hombro.

—Retírate, hermosa.

Lo hago y me pone de nuevo sobre la cama. Luego se toca con mucha más brusquedad de lo que yo lo hice. Se da tres tirones rápidos hasta que dispara varios chorros calientes que me mojan los pechos.

—Mierda. Oh, joder —susurra mientras el último chorro sale de él.

Se derrumba a mi lado y su mano aterriza sobre la crema que está mi pecho. Esparce todo por mi pecho y mi panza.

—Eres mía —dice, sus ojos color avellana brillan cuando nuestros ojos se enganchan.

Mi respiración se entrecorta mientras nos miramos el uno al otro, ambos recuperando el aliento.

Después de un largo rato alcanza su bóxer en el suelo y limpia el desastre que me hizo.

Luego me acerca hacia él, nos cubre con la sábana y el edredón y, como siempre, se duerme en cuestión de minutos.

Y todo lo que puedo sentir es... ¿QUÉ?

¿Cómo lo hace? ¿Cómo es que puede quedarse dormido y ya, como si nada de esto fuera raro cuando nosotros acabamos... acabamos de...?

Sigo palpitando entre las piernas. A pesar de que su cálido cuerpo está a mis espaldas, el recuerdo de tenerlo sobre mí sigue tan fresco.

Quiero decir... ¿QUÉ?

Estaba disgustado por algo cuando entró, eso estaba claro. Sus palabras de antes resuenan en mi cabeza. «Te necesito esta noche, hermosa. Traté de luchar contra eso, sé que está mal, pero es que hoy... te necesito».

¿Qué pasó hoy para provocarlo así? Y... ¿ha intentado luchar contra eso? Así que no soy la única que ha tenido estos... sentimientos. Y claro, también dijo que estaba mal, pero ¿y si tal vez no lo estuviera? Quiero decir, no somos hermanos de verdad.

Aunque incluso pensar en ello se siente como una traición.

No, él es mi familia. Lo es. Él es mi hermano. ¿Pero también mi... amante?

Dios mío, esto está tan mal.

Aprieto los ojos con fuerza, me hundo contra Dominick y trato de dormir. Y, de alguna manera, el sueño llega. Me duermo profundo. Tan profundo, de hecho, que ni siquiera me despierto cuando el sol comienza a colarse por la ventana de mi habitación.

No, no me despierto hasta que se oye una voz enojada gritando:

—¿Qué diablos está pasando aquí?

## CAPÍTULO 4

Abro los ojos de golpe solo para encontrar a papá de pie en el extremo de la cama, mirándonos a Dominick y a mí con clara sorpresa en el rostro. Está vestido con su atuendo habitual de los sábados: pantalones caqui y una camiseta tipo polo.

Diablos, ¿qué hora era? Quiero hundirme en el colchón y morir. Levanto la sábana y me cubro con ella, pero todavía me siento completamente expuesta.

—Espera, papá, puedo explicarlo —comienza Dominick, pero papá está a su lado de la cama en dos pasos.

Sin delicadeza, saca a Dominick de la cama y lo tira al suelo de madera. Dominick es un hombre grande, pero su padre es uno de los pocos hombres a los que puedo imaginar que casi iguala su tamaño. Dominick tampoco pelea con él. Se tropieza y cae de rodillas, y así se queda, completamente desnudo, con la cabeza gacha.

—Fui yo quien empezó a venir al cuarto de Sarah —dice Dominick acaloradamente—. Ella no hizo nada malo.

—¿Es por eso que se cubre con las sábanas y está avergonzada? —Papá me mira a mí, acurrucada en la cama, y luego a Dom en el suelo.

Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos ante sus duras palabras. No, no se supone que esto sucediera. Todo era perfecto y luego se estropeó todo. Dominick ha estado molesto durante semanas y no le he insistido para que me lo cuente de verdad. Y si soy honesta conmigo misma, hay una razón por la que seguí usando estas prendas que no dejan nada a la imaginación, incluso cuando sabía que había una posibilidad de que viniera a dormir conmigo. No soy *tan* ingenua. Y seguramente Dominick podía sentir cuánto lo deseaba. Los hombres saben esas cosas y ya, ¿cierto? En lugar de abordarlo, dejé que la tensión entre nosotros aumentara y aumentara hasta que estalló anoche. Y odio la forma en que papá mira a Dom.

—No, papá. —Me incorporo, todavía agarrando la manta con fuerza—. Todo es mi culpa.

Los hermosos ojos verdes de papá brillan y luego se oscurecen cuando se posan en mí.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo crees?

—Yo... yo... Bueno, yo...

Miro con impotencia a Dominick, pero sus ojos todavía están fijos en el suelo. Trago saliva y miro a papá. No importa cuánto quiera huir y encerrarme en el baño, ¿esto realmente está pasando? Por favor, *por favor*, deja que despierte y que esto solo sea una horrible pesadilla...

Pero no. Mis pensamientos frenéticos finalmente se calman. En verdad no me gustaría eso. No si eso significaba abandonar lo de anoche. No borraría de mi memoria lo de anoche por nada.

Respiro hondo.

—Es mi culpa porque he estado confundiendo las cosas. Tenerlos a los dos aquí ha sido... —

Hago una pausa e hipo porque las tontas lágrimas que ahogan mi garganta hacen que sea muy difícil hablar por un momento—. ...tan asombroso. Siento todo tipo de sentimientos intensos. No siempre puedo entender qué significan. Lo que Dominick y yo... —Miro a Dominick y finalmente me mira a mí—. No puedo perderlo.

La voz de papá finalmente se suaviza.

—No lo perderás, bebé. Pero no soportaré estar en una casa llena de secretos. Por eso habrá un castigo.

Miro a papá, confundida, pero cuando Dominick se levanta del suelo para pararse junto a la cama, parece resignado.

—¿Dónde? —Es todo lo que pregunta.

Papá señala mi escritorio y luego comienza a aflojarse el cinturón. Siento que me quedo con los ojos abiertos de par en par. Seguramente no va a... quiero decir, ¡Dominick tiene veinticuatro años!

Pero, efectivamente, Dominick se inclina y, todavía completamente desnudo, apoya las manos en el borde de mi escritorio. Papá dobla su cinturón, retrocede y luego suena un fuerte chasquido cuando el cuero aterriza en el trasero de Dominick.

Se me escapa un pequeño chillido, pero Dominick apenas se estremece.

—Uno —recita.

Otro azote.

—Dos.

—¿Cuántos serán? —pregunto, incapaz de hacer nada más que mirar angustiada desde mi cama.

Otro azote.

Tres.

—Veinte —me responde papá.

Le asesta de cuatro a siete azotes y Dominick se sacude un poco más con cada golpe sonoro. Papá también parece darle con más fuerza cada vez.

Otro más.

—Ocho —dice Dominick, su voz finalmente suena dolorida. Su trasero ya está de un color rojo brillante. ¿Y eso que veo son cardenales?

—¡Detente! —Salto de la cama, me envuelvo con la sábana y me interpongo entre papá y Dominick—. Ya no más.

Papá se detiene antes de dar el siguiente golpe, viéndose sorprendido. Dominick también se da la vuelta, con una expresión que refleja la de su padre.

—Sarah —dice Dominick antes de extender una mano para detenerme. Yo la sujeto con desesperación.

Él solo niega con la cabeza, luciendo un poco confundido.

—No pasa nada. Hice algo malo. Aceptaré mi castigo y aprenderé de mi error.

Intento no mostrar lo herida que me siento por sus palabras. Entiendo que lo que está pasando no es agradable, pero, ¿por qué se apresura a decir que somos un error?

«Joder, Sarah, haz tu propio orgullo a un lado. Aquí hay un problema mucho más grande. ¡Dominick no ve nada malo en que su padre le dé una paliza!».

—Dominick, por favor, solo para...

Pero Dominick solo asiente antes de apoyar las manos en la mesa nuevamente, volviendo a adoptar su posición.

—Una pequeña vara de corrección contribuye en gran medida a mejorar al niño —dice en

tono de robot.

¿Qué...?

Me alejo de los dos. Estos dos hombres me importan mucho, pero tienen secretos que apenas empiezo a vislumbrar.

Obviamente.

—Nueve. —Azote—. Diez.

Dominick rechina los dientes y la cara se le está poniendo tan roja como el trasero. No importa lo real, completa y sumamente jodido que esté todo esto, no puedo soportarlo ni un segundo más.

—¡Detente! —Me interpongo entre ellos—. Tú mismo lo dijiste, papá. —Me vuelvo hacia él—. Tengo parte de la culpa. Dame los otros diez.

Dominick se vuelve, conmocionado, y luego sus ojos se dirigen a papá.

—No. Papá. No lo hagas.

Sigo su mirada y trago saliva cuando veo que papá, obviamente, está considerando la idea.

—Sarah, no, no tienes que... —Dominick continúa protestando, pero papá le tiende una mano.

—Sarah es una niña grande y los sorprendí a los dos en una mentira.

Trago y asiento con la cabeza incluso cuando mis piernas se entumecen de terror. Mis ojos se posan en el cinturón. Nunca me han pegado en toda mi vida. Mi mamá me abofeteó un par de veces cuando estaba especialmente fuera de sí y drogada, así que no es que no haya tenido ni un moretón en mi vida, pero... se trata de *papá*.

Las lágrimas bajan por mis mejillas. Se siente como una traición.

Yo confiaba en él. Sí, Dominick y yo anduvimos a hurtadillas y mentimos, ¿pero ahora papá me va a lastimar por eso?

—Eh, mírame. —La voz de papá se vuelve delicada y grave. Es como si pudiera leer mi mente—. ¿Confías en mí? ¿Te haría daño alguna vez?

Se acerca y toma mi mano en la suya, grande y cálida.

Al instante, la tensión abandona mi cuerpo. Él tiene razón. Puede que esté viendo otro lado de mi familia, pero eso conlleva el llegar a conocerlos de una manera más profunda.

Me están dejando entrar. Y tiene razón, confío en él.

Asiento y finalmente aprieto los dedos de papá. Miro a Dominick, que parece inseguro, pero papá lo aparta del camino.

Para darme paso a mí.

Cielos. ¿De verdad estoy haciendo esto?

—Ponte en posición, dulce niña mía —dice papá, frotándome el cuello—. Vas a tener que soltar la manta también.

Se me acelera la respiración, pero por más loco que sea todo esto, no quiero decepcionar ni a papá ni a Dominick. Él recibió su castigo sin quejarse. No quiero hacer menos, sin importar lo asustada que pueda estar.

Con mi cuerpo estremeciéndose, doy un paso hacia el escritorio, hacia papá y Dominick.

Dejo caer la manta al suelo. Nunca me había sentido más desnuda en toda mi vida. Bajo una mano para cubrir mi sexo afeitado y doblo el otro brazo para cubrir mis pechos con la cabeza gacha.

Dominick vuelve a acercarse.

—Lo estás haciendo muy bien —susurra, agachándose y tomando mi mano—. No tengas miedo. Estoy aquí.

—Pon tus manos en el borde de la mesa —dice papá interrumpiendo a Dominick—. Y no bajas la cabeza, dulzura. Tu cuerpo no es nada de lo que tengas que avergonzarte.

Sus palabras me impactan de una manera que ni siquiera puedo explicar. ¿Cómo puede decir eso? Fue este cuerpo el que sedujo a su hijo. Eso creó este lío en primer lugar. Si no hubiera tenido todos estos... impulsos antinaturales...

—Las manos sobre el escritorio —me recuerda la voz de papá. Ahora tiene un tono extraño. Ya no suena enojado, suena más como... ¿impaciente?

Todavía temblando y asegurándome de que esté en un ángulo justo, de una manera que espero que signifique que papá pueda ver solo mi espalda y no mis pequeños senos de perfil, suelto la mano de Dominick y me inclino tentativamente hacia adelante. Me acomodo con las manos en el borde del escritorio como lo hizo Dominick minutos antes.

*Zas.*

El golpe llega casi inmediatamente después de que me pongo en posición. Pero no es la aguda punzada de un cinturón; es más bien el cálido escozor de una palma.

Papá me acaba de dar un azote con la mano.

—Cuenta o te tocará el doble —advierte papá.

Desconcertada, farfulto:

—Uno.

Vuelve a dejar caer la mano, esta vez en la otra nalga.

—¡Dos! —chillo.

Y así continúa. Apenas puedo empezar a describir la sensación. No duele tanto como temía. De hecho, apenas duele en absoluto, es más una sorpresa y un escozor cada vez que hace contacto. Me puedo dar cuenta de que no pone su considerable fuerza en ello. No es nada como lo que estaba haciendo cuando le estaba pegando a Dominick. Gracias a Dios.

A mitad de camino, comienzo a sentir calor y una sensación de hormigueo en el culo. Después de la séptima, papá hace una pausa y frota una nalga a la vez y las masajea.

Dios mío. ¿Qué está...?

Se siente...

Parpadeo y luego aprieto los ojos con fuerza para no pensar en todas las cosas que siento y que no puedo descifrar. De repente se detiene y los azotes continúan.

—Ocho —logro soltar.

La novena y la décima son las nalgadas más extenuantes de todas, pero luego las cálidas manos de papá están de vuelta sobre mi piel.

Mi respiración está acelerada por el esfuerzo; pero esfuerzo de qué, no lo sé. ¿Mantener mis músculos quietos cuando todo lo que quiero hacer es huir? ¿Las acrobacias mentales por las que he estado pasando durante los últimos cinco minutos?

—Siente lo caliente que está, Dominick.

De repente, un par de manos más frías se unen a las cálidas de papá. Ambos están tocando mi cuerpo...

Es oficial. Nunca desperté. Todo esto es un sueño loco, sin lugar a dudas.

Entonces solo siento el par de manos más frías cuando papá se aleja. Alguien me levanta el cabello de la nuca.

—¿Quieres que tu hermano mayor te haga sentir mejor ahora? —susurra papá en mi cuello, justo detrás de mi oreja.

Abro los ojos de golpe y giro la cabeza para mirarlo.

En el mismo segundo que lo hago, las manos de Dominick se mueven desde mi trasero para

ponerse debajo, alrededor de mi sexo. Allí comienza a frotar mi lugar más sensible.

—Está mojada —dice Dominick y suelta un gruñido grave que suena a aprobación.

Intento alejarme de él pese a que comienza a rodearme y uno de sus grandes y suaves dedos busca entrar en mi interior.

—¿Qué estás haciendo? —Miro a Dom, horrorizada—. Papá está aquí. Es por esto que nos metimos en un lío en primer lugar.

—Está bien, dulce niña mía —dice papá, rodeándome la cintura con los brazos—. Lo decía en serio cuando dije que no debes avergonzarte de tu hermoso cuerpo. No hay ninguna razón para que ustedes dos se escondan de mí. Somos una familia.

Aquella declaración y la cercanía de papá me sorprenden tanto que, cuando Dominick se acerca y vuelve a insertar su dedo dentro en mí, no me vuelvo a apartar. Me estremezco de placer y por la sensación de que estoy haciendo algo terriblemente ilícito y mal.

Pero papá me sonrío, sus ojos verdes se ven brillantes y resplandecientes.

—Así es, dulzura. Muéstrale a papá lo mucho que te gusta. ¿Tienes idea de cuánto quiero que seas feliz? Es todo lo que queremos Dominick y yo. Has enriquecido tanto nuestras vidas que queremos devolvértelo.

Las sacudidas que atraviesan mi cuerpo se vuelven aún más violentas, tanto por las palabras de papá como por las cosas que Dominick le está haciendo a mi cuerpo. ¿Tiene papá alguna idea de lo que significan sus palabras para mí? Nunca he... Durante toda mi vida deseé que alguien, cualquier persona, pudiera...

—¡Dios mío! —susurro y miro hacia abajo.

Dominick cambió los dedos con los que me frotaba por su... oh... Dios...

Su boca. Y...

Ah, ah, ah, ah, Dios, ni siquiera puedo...

Mis piernas se doblan por el placer, pero papá me agarra y me sostiene en sus brazos. Dominick continúa con su despiadado ataque; su lengua da vueltas, lame y se hunde en mi interior. El placer se hace cada vez más grande. No puedo... Y papá está aquí y...

Abro la boca cuando el placer comienza a atravesar mi centro.

Y es entonces cuando papá se inclina y reclama mi boca con tanta hambre que desencadena mi clímax.

Papá me besa, yo le devuelvo el beso y Dominick devora mi sexo.

Está tan *mal* y tan *bien*.

Llego al punto máximo, y me aferro a ambos tan fuerte como me fue posible.

## CAPÍTULO 5

Tan pronto como vuelvo a la realidad, me encuentro todavía en los brazos de papá, besando y siendo besada por el hombre más guapo y masculino que he conocido en la Tierra. Y Dominick, mi primer amante de todo tipo, sigue con la cabeza entre mis piernas, lamiendo mi crema mientras réplicas de mi clímax me recorren en forma de pequeñas ráfagas.

Excepto que no son solo dos hombres cualesquiera: son mi padre y mi hermano.

Vale, mi padrastro y mi hermanastro, pero son mucho más cercanos a mí de lo que implican esos términos.

Cielos, lo que hemos hecho es tan...

Malo.

*Delicioso.*

Malo.

*Increíble.*

Dominick me chupa la boca con tanta fuerza que suelto otro chillido justo cuando papá me suelta. Me estremezco en sus brazos y él me sonríe. Sujetándome con un brazo en la cintura, alza su mano izquierda para acariciar mi rostro. Su sonrisa es cálida y llena de afecto.

—Así es, nena, dánslo. Danos todo.

Parpadeo. Mi primer impulso es apartar la mirada, alejarme. Esperaba... no lo sé. Esperaba que papá estuviera avergonzado de su impulso.

Acababa de *besarme*. Mientras Dominick hacía... eso.

Pero papá no se ve para nada apenado. Solo estaba tranquilamente al mando; como si no hubiera nada en el mundo por lo que preocuparse. Como si todo lo que estuviese pasando fuese tan natural como respirar.

Y estando aquí, envuelta en sus brazos, con Dominick igual de cerca, es fácil creerlo.

Dominick sube las manos y acaricia la parte trasera de mis piernas y mi trasero levemente dolorido mientras se pone de pie. Sigue estando completamente desnudo. Con la luz de la mañana puedo ver lo que ayer solo sentí en la oscuridad.

Tal como papá, no parece estar apenado o avergonzado en lo más mínimo. Su virilidad es gruesa y rígida, y yace entre sus muslos. Cuando ve que lo estoy observando, se yergue e inclina como una flecha apuntando hacia mí.

Papá me pega contra su pecho y entonces Dominick se acerca a mí por la espalda. Mientras papá levanta las manos para acariciar mi quijada, inmovilizándome mientras comienza a besarme profundamente, Dominick enreda las manos alrededor de mi cintura. Así, atrapada como lo estoy en medio de los dos, puedo sentir sus erecciones.

Sus *erecciones*.

Mierda. Papá está... duro. Por mí.

Y me está besando de nuevo.

Gruñe en mi boca y hunde los dedos en mi cuero cabelludo como si no pudiera tener suficiente de mí. Es primera hora de la mañana, pero no debe haberse afeitado aún, pues puedo sentir su barba incipiente contra mi mejilla cuando mueve su boca a un lado para besarme la garganta.

—Mi dulce niña —gruñe en tono bajo—. Podría comerte y ya.

A mis espaldas, Dominick besa y chupa la parte de atrás de mi cuello. Las sensaciones de ambas bocas... cielos. Y con papá, que me pincha con su duro miembro a través de sus pantalones caqui, se siente todo tan...

Y entonces nos movemos. Papá nos lleva del centro de la sala a un lado, en dirección a la cama.

Dominick retrocede y deja que papá tome el control. Él nunca deja de besarme; me levanta y me carga hasta el último tramo. Me tumba sobre la cama y se deja caer también, aterrizando sobre mí, pero sin aplastarme como Dominick hizo anoche.

No, papá es un experto en posicionarse sobre mí. Deja de besarme para arrodillarse un momento y quitarse la camisa. Su enorme pecho parece llenar toda mi línea de visión. Los vellos rubios que cruzan sus fuertes pectorales hacen un pequeño sendero que conduce hasta sus abdominales bien definidos.

Me roba el aliento.

Sus ojos verdes atraviesan los míos cuando me atrapan observándolo. Entonces, con los ojos enganchados a los míos, baja la mano e introduce un dedo en mí.

—Te mueres por esto, ¿no es así, dulzura? Estás tan cremosa y succulenta para papá.

Mi sexo se contrae alrededor de su dedo y a él se le oscurecen los ojos. Su miembro se mueve y hace presión contra la parte superior de mi muslo.

—Estás tan apretada —sisea.

—Papá, es virgen —dice Dominick.

Se nos ha unido en la cama. Se acomoda detrás de mi cabeza y comienza a acariciar mi cabello, apartándolo de mi rostro.

Papá introduce otro dedo.

—Mierda —suelta en voz baja, abriendo los ojos de par en par.

Se ve salvaje, de una forma en la que nunca lo había visto antes. Se ve joven, libre, guapo y aterrador. Sin embargo, sigue luciendo como el papá que yo adoro.

—Te tomas la píldora, ¿no, bebé? Te he visto tomarla por las mañanas.

Asiento, tragando con fuerza. La tomo para regular mi período, pero, cielos, ¿significa eso que...? ¿Quiere que...? ¿Se refiere a ahora mismo?

Papá me sonrío. Parece mitad ángel y mitad demonio. Los hermosos pliegues de su rostro dan la impresión de brillar en la luz matutina. Saca los dos dedos que tiene en mi interior y se desabotona rápidamente los pantalones; los echa hacia abajo y revela su gigantesca erección.

Es incluso más grande que el de Dominick. Es más largo por al menos dos centímetros y medio, y también es más grueso.

—Mírame, bebé. A los ojos. —Hay una sonrisa en sus labios cuando dice eso último.

Vuelvo a poner la atención en el rostro de papá. Estoy apenada de que me haya pillado mirándolo, pero hay demasiados pensamientos en mi cabeza como para que el sentimiento dure demasiado tiempo. Papá también se recobró.

—Está bien si lloras. Recuérdalo, nena —susurra, inclinándose para besarme—. Atesoraré

tus lágrimas.

Entonces lo siento allá abajo. Siento su *cosa*.

«Dios, Sarah, estás a punto de tener sexo. Llámalo por lo que es».

Su pene.

Lo siento en mi entrada, separando mis labios. Encuentra lo que está buscando.

Y espero más exploración.

Espero un tanteo delicado.

Un empujoncito lento. Centímetro por centímetro.

En cambio, papá le ordena a Dominick:

—Sujétale los hombros.

Dominick lo hace. Y entonces el tronco grueso que es su pene me parte en dos.

## CAPÍTULO 6

Suelto un alarido.

No puedo evitarlo.

Duele. Más de lo que pensé que dolería.

—Sí, joder —jadea papá, saliendo de mí y volviendo a embestirme sin piedad.

Vuelvo a gritar y papá sujeta mi cuerpo contra el suyo.

—¡Papá, más lento! —grita Dominick, arrancándome de encima los hombros de papá.

Pero papá me penetra con más fuerza.

—Déjame oírlo, bebé. Grita para tu papi.

Y yo lo hago.

No sé lo que está sucediendo. Siento que me estoy desgarrando. Es tan enorme; es demasiado grande. *Demasiado grande*.

Y no entiendo las cosas que dice. Su voz es... Sigue habiendo afecto ahí, pero tiene un tono distinto, oscuro, casi cruel. Y lo que está haciendo...

Entra y sale de mí como si fuera un pistón. Solo me usa. Me usa para su placer.

Porque cuando abro los ojos, veo su placer muy claramente en su rostro. Tiene la frente arrugada por la concentración y la boca ligeramente abierta. Nunca lo he visto tan... crudo; tan apasionado. Seguía siendo salvaje y guapo, pero de una forma bárbara.

—Joder, estás tan apretada, niñita mía —jadea—. Eres mi niña buena. Nos has esperado. Qué niña tan buena.

—Papá, detente —vuelve a gritar Dominick—. ¡Ve más despacio, no la lastimes!

Pero papá está perdido en la bruma de lo que me está haciendo. Se inclina y pienso que es para besarme; pero, en lugar de aterrizar sobre mi boca, sus labios aterrizan sobre mis mejillas. Me está besando las lágrimas para secarlas.

Entresaca la lengua y entonces no estoy segura de si las está besando o si solo las está probando. Sin embargo, ralentiza sus movimientos, así que cuando vuelve a penetrarme, es una estocada larga y lánguida.

Y por primera vez, no siento dolor, me siento llena cuando lo hace. Jadeo en vez de quejarme por el dolor, y papá sonrío en mis mejillas.

—Así es, nena. ¿Sientes lo grande que es papá dentro de ti? Ese es el pene enorme de papá que te folla así de bien.

Mi pecho sube y baja. Abro los ojos de golpe y alzo la mirada para encontrarme con los suyos. Sus palabras están tan *mal*. Están jodidas más allá de lo imaginable.

Pero parece tan perdido en el momento cuando las dice. Parece tan perdido en mí. Baja la vista y mira nuestros cuerpos en el sitio donde entra y sale de mí. Entra y sale.

Aprieta los ojos con fuerza y su rostro se contrae del placer. Vuelve a acelerar el ritmo.

—Dios, maldita sea. Dom, besa a tu hermana. No puedo encargarme de ella en este momento. Está demasiado cerrada, joder. Está sacándome la leche tan perfectamente bien.

Dominick frunce las cejas, angustiado. Sus ojos se posan en mi rostro y luego en el de papá como si no estuviera seguro de lo que tiene que hacer. Me acaricia el cabello y los hombros.

—Shh, todo va a estar bien, preciosa —susurra.

Suena molesto y como si estuviera tratando de ser reconfortante al mismo tiempo. Se inclina y deposita el beso más suave en mi frente, justo en el nacimiento de mi cabello.

En contraste con papá, que ha vuelto a chocarme contra la cama y está roturando mi vagina con fuerza, los besos de Dominick son tan suaves, como los de una mariposa, que apenas puedo sentirlos al comienzo. Pone la mano sobre mi mejilla.

—Lo estás haciendo tan bien —susurra, rozando sus labios en los míos una y otra vez—. Lamento tanto que tu primera vez tenga que doler. Ahora haremos que se sienta bien, lo prometo.

Y entonces me besa con más pasión, pero de una forma tan, tan dolorosamente lenta. Mientras tanto, pone sus delicadas manos en mi cuerpo. Sus manos vacilantes exploran mis pechos. Es confuso y desolador porque anoche fue tosco. Ahora los acaricia y desciende para adorarlos suavemente con su boca.

Mientras que papá es tosco, con Dominick todo es suave.

Pasa lo mismo cuando la mano de Dominick baja hacia el sur y comienza a provocar el botón al que dio vida antes, al mismo tiempo que papá continúa martillándome solo unos centímetros más abajo.

Y como siempre, la boca de Dominick sigue su exploración reverente por mi cuello, luego se aferra a mis pezones.

La sarta de palabras sucias de papá nunca acaba, tampoco. Son palabras que he escuchado antes, pero cuando salen de su boca son impactantes; horribles; electrizantes.

—No quiero salirme de este coño nunca. Maldita sea, me está agarrando tan bien. Voy a quedarme dentro de mi niña por siempre. Cielos. Se siente tan bien, carajo. Así es. Aprieta bien el pene de tu papi. Nunca voy a dejar de enterrarme en este coñito cerradito.

La mano de Dominick que está sobre mi sexo comienza a moverse en círculos.

No puedo creer que la neblina de dolor se haya desvanecido lo suficiente como para que el placer comience a recorrer mi cuerpo de nuevo, pero así sucede.

—Joder, hijo, acaba de apretarme tan bien el pene cuando hiciste eso —dijo papá—. Dale la vuelta y ponte debajo de ella para que puedas comértela. De todas formas, llevo tiempo queriendo tener ese culito otra vez.

Dom alza la cabeza y mira a papá.

—No esta noche.

Apenas estoy consciente de lo que está pasando para comprender su conversación, mucho menos puedo descifrar el significado de sus palabras tácitas.

—Yo tomo lo que quiero cuando quiero —dice papá, entrecerrando los ojos y mirando a Dominick—. Pero está bien, ya habíamos acordado lo de la primera vez.

¿De qué están hablando? ¿Habían acordado...?

Dominick asiente y entonces, antes de que siquiera pueda empezar a...

Papá se sale de mi interior y me giran rápidamente para que esté boca abajo. ¿Qué sigue ahora?

—Súbete encima de Dominick —me ordena papá.

—Yo... ¿Qué? —Miro hacia arriba y veo a Dominick tumbado a mi lado, pero con los pies en donde está mi cabeza.

Ahora que nos hemos detenido por un momento, el pánico que había logrado disipar desde que todo esto empezó está volviendo a surgir.

Esto es una locura. No sé lo que estoy haciendo. Me siento como si hubiera entrado a una versión de Alicia en el país de las maravillas, pero con un tema sexual.

Mi cuerpo está en las nubes y zumba de deseo, pero también está dolorido. Estoy confundida, no sé lo que está pasando y...

—Así —dice Dominick poniendo las manos en mis caderas y moviéndome para que descienda sobre la cama—. Siéntate en mi cara, preciosa. Quiero volver a hacerte sentir bien.

—No sé si...

Pero mi mísera vacilación se ve ignorada cuando Dominick alza una de mis piernas, la pone del otro lado de su pecho, y me acomoda al revés sobre él para que su boca tenga acceso perfecto a... Oh, por todos los cielos.

Chupa mi clítoris y se lo mete a la boca. Sí, sé cómo se llama; es solo que nunca me permití pensar en eso ni reconocerlo. Pero, oh, sí, Dom me chupa el clítoris tan bien. Mueve la lengua alrededor y lo lame hasta que quedo retorciéndome, jadeando y soltando quejidos en tono bajo.

—Demonios, no puedo soportar esos ruidos —dice papá—. Tengo que volver a entrar.

Se va al otro extremo de la cama hasta ponerse detrás de mí, sujeta mis caderas y entonces su pene está de vuelta en mi interior. Ahora solo siento un muy leve pinchazo y después una sensación de estar llena, todo mientras Dominick sigue adorándome con la lengua. Cuando papá me penetra, conecta con un ángulo diferente que antes. Está tan profundo que me roba el aliento.

—Mira ese culito apretado.

Zas. La mano de papá aterriza con fuerza en mi nalga.

—Mierda, lo único que quiero es montar tu culito virgen con fuerza. Solo quiero destruirte y profanarte, coño.

Oigo los ruidos de nuestros cuerpos: los indecentes sonidos sexuales de piel chocando entre sí, el grave gruñido animal de papá cada vez que sale de mí, mi gemido agudo mientras Dominick me lleva hasta el límite. No sé cuánto tiempo más puedo aguantar. Apoyo la cabeza sobre el abdomen de Dominick porque me siento exhausta y tensa al mismo tiempo. Su pene se levanta y queda recto sobre su panza, cerca de mi rostro. ¿Y se supone que deba hacer algo con él? ¿Debería chuparlo así como él hace conmigo?

Oh, oh, Dios. Me está haciendo sentir tan, tan, tan bien. Me estiro hacia adelante y le doy una lamida a la rojiza y bulbosa cabeza de su pene, pero él aparta sus caderas.

Supongo que aquello responde esa pregunta. Recuesto la cabeza contra sus duros abdominales y me permito montar y remontar la ola del placer.

—¿Sientes a tu papi follándote? —pregunta papá, casi gritando—. Respóndeme, niña. ¿Quién te está follando?

—Tú.

Me asesta una nalgada con fuerza, yo suelto un quejido y me resisto a la boca de Dominick.

—¿Quién te está follando? —grita de nuevo.

¿Por qué? ¿Por qué me está obligando a decirlo?

Dominick retira su boca justo cuando necesito que me chupe. Oh, Dios, solo chúpame más y lánzame al clímax de una vez.

Me presiono contra su boca y su rostro, pero se rehúsa a darme lo que necesito.

—Mi papi me está follando —susurro al fin.

Papá se inclina hacia mí y muerde el lóbulo de mi oreja con poca fuerza, la suficiente para que duela un poco.

—¿Quién te folla? ¡Más fuerte! —Me penetra más profundo de lo que lo había hecho antes.

—¡Mi papi me está follando!

Dominick se engancha a mi clítoris y lo chupa. Papá lanza un gruñido, conecta su pelvis con la mía dos veces más, me penetra y me sujeta con tanta fuerza que puedo sentirlo estremeciéndose y temblando.

Grito mientras me vengo al mismo tiempo que papá, el cual está enterrado en lo más profundo de mí, más profundo de lo que habría creído posible.

Somos una familia retorcida e increíblemente enredada.

## CAPÍTULO 7

Papá se derrumba sobre mi espalda por un momento, respirando con dificultad y apoya su frente empapada de sudor en mis omóplatos.

Yo también me estoy recuperando. Solo imaginar la imagen erótica de nosotros tres intercalados horizontalmente de esa forma —la cabeza de papá sobre mi espalda, mi cabeza y cabello extendidos sobre la panza de Dominick, y su cabeza todavía entre mis rodillas abiertas— es suficiente para tenerme al borde de un nuevo clímax.

Papá es el primero en hablar.

—Lo siento, Dominick, no estaba pensando.

Al principio creo que se disculpa por golpear a Dominick, pero como siempre, papá está lleno de sorpresas.

—Tienes que meterte en el estrecho coñito de tu hermana. Hazlo ahora, mientras aún esté mojada y pura.

Papá se levanta y me ayuda a quitarme de encima de Dominick. Me pongo de pie temblorosa y miro a papá con los ojos muy abiertos. ¿Es en serio? Siento como si mis piernas fuesen de gelatina y tengo que sujetarme a la parte inferior del marco de la cama para no desplomarme.

Papá me sujeta el rostro.

—Es un gran día para todos nosotros, cariño. No vas a negarle a tu hermano que tenga tu jugoso coño en el día que pierdes tu virginidad, ¿verdad? ¿Sabes el regalo que eso es para un hombre?

Parpadeo. Bueno, dicho de esa manera...

Eh. ¿Supongo que... no?

Miro a Dominick. Sus ojos están fijos sobre mí, y levanta una mano para acariciar mi cara.

—No tienes que hacer nada que no quieras, Sarah.

Miro a papá. No dice nada para contradecir a Dom, pero una mirada de decepción aparece en sus ojos ante mi vacilación. Respiro hondo y vuelvo a fijar la vista en Dominick.

—¿Cómo lo...? Eh, ya sabes... ¿Cómo lo quieres? —Hago un gesto hacia la cama.

Dominick nunca se corrió, así que se tumba en la cama y me hace un gesto para que le acompañe.

—¿Estás segura? Lo digo en serio, no tienes que...

—No seas un maldito marica.

Dominick fulmina a su padre con la mirada, pero yo extendiendo una mano y la pongo sobre su hombro.

—Te deseo —le susurro.

Sus ojos nunca se separan de los míos.

—Entonces ven aquí, hermosa.

Asiento y vuelvo a la cama. Tan pronto como lo hago, él sujeta mi mano. Mi nerviosismo se esfuma al instante en el momento en que siento el contacto. Este es mi Dominick.

Se levanta y me besa mientras me indica cómo sentarme en su regazo. Entonces se detiene de nuevo.

—¿Estás segura?

Mi corazón pega un salto ante su precaución y consideración, tan bien recibidas tras la crueldad de papá. Asiento y pongo una mano en su mejilla. Sí, quiero esto con él. Lo necesito. Todo es un lío confuso, pero, Dios, en este momento necesito esta conexión con él más que nada.

No me quita los ojos de encima mientras se alinea en mi entrada. Sin embargo, a diferencia de papá, él me deja llevar el ritmo en cuanto a lo rápido que quiero que entre en mí. Y sus talentosos dedos vuelven a ponerse a ello.

La cama rechina con el peso de papá cuando se sienta detrás de mí. Me aparta el cabello del cuello y luego me muerde la oreja antes de susurrar:

—Oh, sí. ¿Qué se siente tener el enorme pene de tu hermano entrando en ese pequeño y resbaladizo coñito, dulce niña mía?

Mi sexo se contrae alrededor de la punta del pene de Dominick. El dolor vuelve a ser un poco más evidente, pero no está mal. Las palabras de papá me hacen sentir rara, como culpable y excitada al mismo tiempo. No me gusta la confusión que me hacen sentir, a pesar de la sensación de opresión en mi vientre por el deseo.

Sigo bajando sobre el miembro de Dominick. Siseo cuando comienza a llenarme y lo miro a los ojos, que están bien abiertos por la impresión. Me contraigo a su alrededor por toda respuesta. Sus manos suben hasta posarse en mi cintura.

Al principio me preocupa que me esté sujetando para ejercer presión y de esa forma embestirme con fuerza, como lo hizo papá. Pero no, solo acaricia mis costillas de arriba abajo con veneración.

—Eres tan hermosa —susurra Dominick, y entonces hace una flexión para levantarse y besarme. Yo me hundo en los últimos centímetros que faltaban para estar completamente empalada en él.

Es el momento más dulce de todos. Y entonces papá comienza a tirar de mis pezones.

—Qué sensual. Así es. Folla bien a tu hermano.

Papá me chupa el cuello mientras Dominick me besa.

Bueno, ante las palabras de papá, Dominick se aparta por un breve momento. Creo que veo que arruga el rostro con una especie de tensión, pero al siguiente segundo sus labios están sobre los míos.

Cada preocupación, cada pensamiento, cada aprensión que he tenido por todo lo que ha sucedido durante toda la mañana se esfuma con los besos de Dominick. Sentir que me envuelve con su cuerpo y tenerlo al mismo tiempo dentro de mí... Puede que el miembro de papá tenga una mínima ventaja física sobre el de Dominick, pero nunca me he sentido más *llena* que cuando estoy con Dominick de esta forma.

Llena de amor, llena de calidez, seguridad, protección.

Cuando finalmente comienza a introducir y sacar su miembro, se siente como lo más correcto del mundo. Me lleva al borde del clímax casi al instante.

Dominick lo nota.

Claro que lo nota. Está sentado de manera que estamos pecho con pecho. Todavía me está sujetando, aunque no puedo imaginar la fuerza abdominal que debe necesitar para seguir en esa

posición. Gira sus caderas, las levanta y entra en mí, tocándome en un ángulo tan perfecto.

Papá me muerde en la nuca, pero apenas lo siento porque Dominick... Y entonces una ola tras otra me... *oh, oh, oh.*

Mientras los otros orgasmos de hoy fueron intensos y cortos, este es como una sensación cálida que me ilumina desde mi núcleo. Sale hasta llegar a las puntas de mis dedos y luego fluye a través de cada folículo de cabello. Ningún rincón, célula o molécula de mi cuerpo queda sin sentirlo. Jadeo por la sorpresa, el placer y por lo plenamente que Dominick penetró cada parte de mi ser.

Nunca me había sentido tan hermosa, tan...

—Mira a nuestra pequeña puta, hijo —dice papá, pellizcándome los pezones con fuerza—. La pequeña ninfómana acaba de sacarte la leche como si viviera para ello. Siempre se lo buscan con ganas.

Me aparto de Dominick, mortificada, y me giro para mirar a su padre. ¡Vaya idiota! Lo que acaba de pasar entre Dominick y yo fue tan perfecto y él ...

—¿Cómo se siente haber tenido los penes de tu padre y de tu hermano dentro de ti en cuestión de media hora, dulce niña mía?

La voz de papá es más amorosa y me acaricia la mejilla. Con la otra mano tira bruscamente de su miembro. Está completamente erecto de nuevo. Lo gira cuando llega a la punta reluciente y luego vuelve a bajarla.

Mi diatriba muere en mis labios. Dios mío, tiene razón. Dejé que dos hombres diferentes tuvieran sexo conmigo, uno tras otro. Si esa no es la definición exacta de una puta, ¿entonces cuál es?

Dominick sale de mi interior y papá estira la mano para agarrarme el cabello. Se arrodilla en la cama y me tumba boca arriba.

—Abre la boca. Traga lo que te da papi. Muéstrame lo mucho que te encanta ser una putita para tu papi.

Luego comienza a masturbarse sobre mi cara. Tal como lo hicieron en esa película porno que mi amiga Bonny me hizo ver una vez. En ese entonces pensé que era degradante y horrible.

¿Y ahora? No lo sé. No lo sé. Está sucediendo y no puedo pensar...

—Ábrela —ordena papá, dándome una bofetada en la mejilla con su pene. Su rostro se oscurece cuando mi boca permanece cerrada—. No hagas que papá te vuelva a castigar.

Busco a Dominick con desesperación. Está sentado al otro lado de la cama, de espaldas a nosotros.

—Dominick —le susurro.

Dominick se vuelve hacia mí de inmediato. Extiendo una mano y él la sujeta. Abro la boca para decir algo más y el semen aterriza en mi cara.

—¡Dulce zorruta! —grita papá.

Escupo cuando el semen me llena la boca y las mejillas. Cierro los ojos bruscamente, así que no estoy preparada cuando me meten un pene en la boca.

—Chúpalo —ordena papá—. Chúpalo hasta que quede limpio.

—¡Papá! —Dominick se opone, pero hago lo que me dice.

Abro bien la boca y acepto el objeto grande y grueso. El semen tiene un sabor extraño: salado, amargo y un poco ácido. Lamo, chupo y toso, y estoy bastante segura de que hay lágrimas corriendo por mis mejillas que se mezclan con el desorden.

Papá finalmente saca su pene de mi boca. Lleva su gran mano a mi cara y, con el pulgar, acaricia mi mejilla, embadurnando mis lágrimas con los restos de su semen.

—Mi dulce, dulce niña —murmura antes de besar la parte superior de mi cabeza y tenderse a un lado de mí.

Alcanza una almohada, una de las que, de alguna forma, logró quedarse en la cama a pesar de... todo. La acomoda debajo de su cabeza y cierra los ojos. Se ve perfectamente en paz. Su pecho y sienes están empapados de sudor, claro, pero parece que acaba de terminar un ejercicio vigoroso; agotado, pero como si no tuviera más preocupaciones en el mundo.

Ciertamente no como si acabara de desflorar a su hijastra junto con su hijo en un loco trío.

Tengo miedo de mirar a Dominick. Si se ha quedado dormido con la misma facilidad y me ha dejado sola después de... después de...

Abro la boca y trato de respirar, pero el aire simplemente no está ahí. Y todavía tengo el semen de papá sobre mí. Vuelvo a jadear en busca de aire, pero aún no puedo hacerlo.

—Sarah, vamos.

Una vez más, la mano fuerte de Dominick sujeta la mía.

Ese aire que estaba buscando tan desesperadamente finalmente entra en mis pulmones. Miro a Dom y sus ojos color avellana están llenos de preocupación. Me ayuda a levantarme de la cama. Hace calor en la casa, pero siento escalofríos en todo el cuerpo. Me estremezco cuando me saca de mi cuarto.

No tengo idea de adónde me lleva, pero en este momento me siento cada vez menos conectada con mi cuerpo, o mi vida, o... con cualquier cosa.

¿Es así como se sienten todas las chicas después de perder su virginidad?

¿Es esto lo que significa convertirse en mujer? ¿Se siente como si te disociaras un poco de tu cuerpo, y te sientes rara, como si flotaras y...?

—¿Sarah? ¿Estás bien? ¿Sigues conmigo?

—¿Eh?

Miro a Dominick mientras me lleva a su cuarto y cierra la puerta detrás de nosotros. Él frunce el entrecejo y tuerce la boca.

—Cielos, Sarah. —Moja un paño con agua tibia en el fregadero y me frota suavemente la cara. Luego me atrae hacia su pecho y me rodea con sus brazos.

Por un segundo, estoy segura de que este es el comienzo de la siguiente ronda y me pongo tensa. Espero que sus manos aterricen en mi trasero. O que me agarre del cabello y me eche la cabeza hacia atrás.

Pero él solo... me abraza.

Me abraza. Está abrazándome.

Cuando intenta retroceder, me aferro más fuerte a él.

—Sarah, cariño, no te dejaré ir —me susurra en el cabello—. Pero tenemos que meterte en la bañera. Te estás congelando. Y puedo imaginar lo dolorida que debes estar. —Hace una mueca y se desmorona—. Quiero hacer que te sientas mejor. Por favor, déjame hacer que te sientas mejor.

Sus palabras abren el dique que ni siquiera sabía que estaba tratando de contener en mi interior. Un sollozo surge de mí y apoyo mi cabeza con más fuerza contra su cálido pecho mientras él me lleva a su cuarto de baño.

Me pone una mano en la nuca y me abraza mientras caminamos.

—Shhh, shhh —susurra—. Todo va a estar bien. Todo estará en orden. Lo prometo. Haré que esté en orden. Lo juro.

Cuando intenta alejarse de mí para abrir el grifo de la bañera, no se lo permito. El primer mar de lágrimas ha bajado, pero no puedo... Simplemente no puedo soltarlo todavía.

Finalmente hace una maniobra para poder llegar al grifo mientras me tiene pegada a él como

una estrella de mar que está adherida a la parte delantera de su cuerpo.

El ruido del agua contra la bañera de porcelana mientras se llena es el único sonido que se oye durante un rato. Me gusta el sonido relajante que hace. Y cuando me muevo un poco más a la derecha, el latido constante del corazón de Dominick me calma aún más. Tengo tanto frío y él está tan caliente... Quiero que me mantenga caliente para siempre.

El agua termina por detenerse.

—Está listo —dice Dominick—. Tienes que soltarme para poder ayudarte a entrar.

Niego con la cabeza enterrada en su pecho.

—Estaré bien. No necesito un baño. —Lo abrazo aún más fuerte.

Después de un segundo, suspira y luego dice:

—Está bien, deja de aferrarte a mí con tanta fuerza y entremos juntos, ¿sí?

Lo miro y sonrío.

Sigue frunciendo el entrecejo con preocupación, pero ante mi sonrisa, su rostro se suaviza y sus ojos buscan los míos.

—Te amo —susurra.

Y mi corazón estalla.

Eso pasa, de verdad que sí. Y es lo que le sucede a mi corazón. Al igual que antes, cuando mi orgasmo se extendió por todo mi cuerpo, sus palabras me causan el mismo efecto.

Porque yo siento lo mismo.

El día de hoy ha estado repleto de confusión, locura, placer y dolor, pero finalmente he aquí algo que sé que es verdad: amo a Dominick Winters.

Abre los ojos como platos y me cubre la boca con la mano.

—No lo digas. Quiero decir, no tienes que decirlo tú también. Me refiero a que... —Niega con la cabeza y el cuello se le enrojece—. Dios, no espero que sientas lo mismo todavía. Ni nunca —se apresura a decir—. Nunca intentaría presionarte. Y después de lo de hoy...

Vuelve a echar un vistazo hacia mi habitación y su rostro se nubla. Mientras tanto, levanto la mano y trato de zafarme de la suya. Finalmente parece notar que lo tironeo.

—Lo siento —dice y deja caer su mano.

No puedo contenerlo ni un segundo más.

—Yo...

—No... —Me interrumpe, esta vez poniendo solo un dedo sobre mis labios—. Por favor, prométeme que no dirás nada sobre lo que acabo de decir. Jura que no lo harás. No puedo soportarlo, ¿vale?

—Pero...

Sacude la cabeza con vehemencia.

—Júralo.

Lo miro con tristeza, pero al fin asiento con la cabeza. ¿Por qué no me deja compartir mis sentimientos con él? ¿Tiene miedo de que le diga que no lo amo o que le diga que sí? ¿Se está arrepintiendo de lo que dijo ya? No lo decía en serio, ¿es eso? Y si me ama, ¿por qué no querría escucharme decirlo también?

—Vamos. —Me sonrío de nuevo y me besa la punta de la nariz—. Entremos antes de que el agua se enfríe.

Y con eso, mete un pie en la bañera. Yo lo sigo, y él me acomoda frente a él. El agua caliente se siente bien, pero arde ligeramente en mi dolorido sexo. Sin embargo, la calidez relajante y el cuerpo de Dominick detrás de mí pronto hacen que todas las preocupaciones del día se esfumen.

—Sabes que siempre te cuidaré, ¿verdad que sí, hermosa? —susurra en mi cabello,

rodeándome con los brazos y acercándome a sí.

Asiento, adormecida, y apoyo mi espalda en su pecho. Él se ríe en mi cabello.

—Descansa. Te lo mereces.

El mundo se disuelve en el calor y la comodidad que siento en sus brazos. No estoy segura de si sus siguientes palabras son reales o si simplemente las imagino:

—Te amo. Nunca dejaré que te lastimen de nuevo. Te lo juro, Sarah. Lo juro por mi vida.

## CAPÍTULO 8

Si me hubieran dicho que después de un tórrido trío con mi padrastro y mi hermanastro la vida seguiría como siempre, nunca lo hubiera creído.

Las personas que han tenido sexo entre sí no pueden actuar con... normalidad... entre sí. Especialmente después de haber visto el lado más oscuro de papá. Pero cuando salimos del cuarto de baño, nos encontramos con que han llamado a papá en el trabajo. La semana siguiente es una particularmente ocupada y casi no veo a ninguno de los hombres, excepto en la cena familiar de cada noche.

El lunes preparo enchiladas y estoy lista para que todo sea súper raro entre todos. Estuve nerviosa a causa de ello todo el día en mis clases. Sin mencionar que sentarse en dichas clases no fue especialmente agradable porque, perder la virginidad, especialmente de una manera tan... vigorosa... Dios, dilo como es, Sarah: dos hombres con aspecto de vikingos te han follado hasta los huesos. Y eso ha hecho que quede más dolorida como fue posible.

Pero cuando papá llega a las seis y cuarto en punto, saluda y sube a ducharse como si nada fuera inusual.

Me quedo pensando que tal vez me lo imaginé todo. Pero no, el dolor entre mis piernas puede dar fe de que no solo tuve una fantasía muy vívida aquel fin de semana.

Sentí que Dominick actuaba con un poco más de cautela cuando llegó a casa después de trabajar en turnos consecutivos de domingo a lunes. Cuando entró, seguía mirándome como si yo fuera una pieza de porcelana fina que podría romperse en cualquier momento, y se ofreció a sacar cosas del horno, poner la mesa, hacer té...

Finalmente le grité que tomara asiento y que se largara de mi cocina. Lo hizo y todo fue normal. Bueno, aparte de que papá entró después de la ducha y me dio una nalgada antes de sentarse.

—Huele que alimenta, dulzura.

Pero eso fue todo. Hablamos de nuestros días como de costumbre y no se hicieron otras referencias a nuestra tórrida sesión del sábado.

Toda la semana ha sido así. Ahora es jueves y no sé si seguir ansiosa o si, ya que ha pasado tanto tiempo, está bien bajar la guardia.

¿Y bajar la guardia contra qué, exactamente?

Amo a Dominick.

Y papá...

Inicialmente, cuando se mudaron por primera vez, fue con él con quien conecté más. Me muerdo el labio mientras cuele la pasta y luego la vuelvo a poner en la olla con la salsa Alfredo. Pero ahora, mis sentimientos por papá son más complicados.

Creo que es que no estaba preparada para lo que sucedió el sábado. Me tomó desprevenida. No sabía lo que ocurriría después o lo que esperaban de mí. Y luego papá actuó tan...

Parpadeo con fuerza y remuevo la salsa al mirar por la ventana de la cocina. Hay una vista pintoresca de la calle arbolada, el sol se ha puesto y está oscureciendo, y una ardilla gorda corre por la rama del viejo roble que da sombra a nuestra casa. Sonríe mientras otra ardilla la persigue una y otra vez.

—¿Con qué fantaseas, dulce niña mía?

Chillo y me doy la vuelta tan rápido que la cuchara con la que estaba revolviendo la salsa sale volando.

—Oh, Dios, me asustaste —jadeo, y entonces le asesto un golpe al hombro de papá.

Él sonríe y hace una falsa expresión de dolor ante mi golpe.

—Oh no, te hice derramar la salsa. Lo siento, cariño.

Besa la parte superior de mi cabeza y se mueve para buscar una toalla de papel y limpiar el pequeño chorro de salsa que se extiende por la encimera y el piso. Coge la cuchara y la tira al fregadero.

Mi corazón se derrite un poco. Este es el hombre amable al que le di la bienvenida por primera vez a mi casa y a mi corazón. ¿Es posible hacer sitio tanto para Dominick como para papá?

Dios, ¿es que eso siquiera está... bien? ¿O es enfermo y retorcido?

Lo que me enseñaron mientras crecía dice que sí, que todo esto es indiscutiblemente retorcido. Todo jodido, como diría mi primer novio.

Todo *muy* jodido.

Pero Dominick no parecía pensarlo. Se lo tomó con calma cuando papá se unió. Esto es normal para ellos. Y son mi familia. Familia, algo que nunca antes había tenido y que siempre quise. Haces compromisos por la familia. Cedés y les das una parte de ti.

Ja, ja. Bueno, papá ciertamente hizo que diera *algo* de mí el sábado pasado.

Eh, bueno, ahora estoy haciendo chistes bastante jodidos en mi cabeza.

—Voy a poner la mesa —digo sacudiendo la cabeza, completamente perturbada por la situación.

Todavía no tengo idea de cuál camino es el correcto.

—¿Dominick podrá venir esta noche? —pregunto.

—No, somos solo nosotros dos.

Mi corazón late con más fuerza. Pero luego papá y yo tenemos una cena perfectamente normal. Me cuenta sobre la extensión del ala de oncología en la que él y la junta han estado trabajando durante un par de años. La recaudación de fondos es siempre la pesadilla y el alma del trabajo de papá.

—Pero al menos finalmente puedo disfrutar de una de las ventajas.

—¿A qué te refieres? —pregunto, ensartando un poco de espinaca de mi ensalada y luego mezclándola con un poco de salsa Alfredo.

La cena ha sido tan relajante que casi termino con mi plato. Cuando estoy nerviosa o tensa, apenas puedo comer nada. Pero papá está tan carismático que tengo la sensación de que podría hacer que el Papa se sintiera a gusto en un club nocturno.

Sonríe mientras se sirve una segunda porción de pasta.

—Este fin de semana hay un baile de padres e hijas y una recaudación de fondos para los patrocinadores. Claro, se espera que asistan los superiores del hospital, como este humilde servidor. —Deja su tenedor y sus ojos verdes se enserian—. Sería un honor si vinieras conmigo.

Por un segundo, se me hace un nudo en la garganta. Es tan estúpido, lo sé.

Pero hay ciertas cosas de las que te pierdes cuando no tienes un papá mientras creces. Con todas las cosas que hay relacionadas con los padres, es imposible no sentirse privado de un montón de cosas cuando eres niño. El día de llevar a tu hija al trabajo, preguntas inofensivas por parte de maestros, como «¿en qué trabajan tus padres?», el baile de padres e hijas del club de campo al que iban todos mis amigos cuando tenía trece años. Sí, cuando estás en los círculos en los que se mueve mi familia, se supone que debes asistir a eventos pretenciosos como aquellos. Todo eso solo hizo que el gran vacío de mi vida estuviera en primer plano.

Y cuando le pregunté a mamá dónde estaba mi verdadero padre y por qué se fue, solo recibí insultos, seguidos inevitablemente por días de borracheras incluso peores de lo normal. Le pregunté al abuelo una vez y me dijo que mi padre era un canalla que nunca recibiría un centavo de la fortuna familiar. Así que eso fue todo.

Pero aquí estaba este hombre, ahora ansioso por asumir el papel. Es hermoso y vibrante. Él me quiere. En todos los sentidos de la palabra.

*Papá.*

Le sonrío a pesar de que mi estómago se revuelve al saber que esto es retorcido. Y yo soy retorcida por quererlo, muy retorcida por quererlo tanto como lo quiero.

—Me encantaría.

Las palabras salen de mis labios antes de que pueda siquiera pensar en ellas. Papá se acerca y me da un apretón en la mano, con la sonrisa ensanchándole el rostro. Lo he hecho tan feliz.

¿Cómo puede estar mal eso?

Nos quedamos ahí, con los ojos y las manos entrelazadas por un momento. Al rato me suelta y volvemos a comer. Me pregunta sobre las clases y la cena continúa con normalidad.

Después de la cena, lavo los platos y papá los seca. Al fin guarda el último plato. Luego, me da un apretón en el hombro y me besa en la nuca.

—Que duermas bien, dulce niña mía.

Me doy la vuelta y me quedo mirando su espalda mientras desaparece por la puerta de la cocina.

Niego con la cabeza y apoyo las manos contra la encimera de la cocina. Hace seis meses habría estado comiendo fideos instantáneos debajo de varias cobijas, viendo un sinfín de *reality shows* y deseando que mi vida fuera la mitad de interesante que ahora. A menudo lloraba hasta quedarme dormida por la soledad, esperando que algo, cualquier cosa, cambiase.

Y ahora tengo la atención y el cariño no de uno, sino de dos hombres. Tal vez debería dejar de preocuparme y quejarme y solo... pues tratar de disfrutarlo.

Vaya, qué pensamiento tan impactante. ¿Yo, disfrutando de mi vida y no solo haciendo lo que se supone que debo hacer como un buen autobot? ¡Ni pensarlo!

Dios, he vivido tanto tiempo con el temor de repetir los errores de mamá que apenas me he permitido vivir. No te salgas de las líneas al colorear, Sarah. Lava los platos y limpia lo que ha hecho tu holgazana madre, Sarah. Nunca dejes que nadie vea la vida familiar tan desastrosa que tienes, Sarah.

Luce perfecta. Sé perfecta.

Pero... ¿qué pasaba si dejaba todo eso atrás?

Todo el juicio a mí misma. Toda la culpa por dar un paso fuera de la línea.

¿Y si me desprendo de la vergüenza? ¿Y si me deshago de todo y descubro quién verdaderamente es Sarah, aparte de la hija de mi madre? ¿Si me desencadeno por completo?

La simple idea me libra de la pesadez que me ha estado agobiando desde el fin de semana

pasado, y enseguida siento exactamente lo exhausta que estoy. Apenas he dormido. Todas las noches espero algo, y ni siquiera sé qué cosa: que uno o los dos aparezcan en mi puerta. Niego con la cabeza y me río de mí misma.

Sea lo que sea, estoy segura de que podemos sentarnos como adultos maduros y discutir lo que queremos que esto sea. No sé por qué he sido tan débil al respecto. Dejé que el miedo me dominara durante demasiado tiempo. Debería haber hablado y hecho más preguntas el sábado para aclarar exactamente lo que estaba pasando, lo que me confundía y lo que quería.

La comunicación. ¿Te suena? ¿Esa cosa de la que todo el mundo habla como el elemento más importante en cualquier relación? ¿Cómo se supone que los hombres sepan lo que quiero a menos que hable? Quiero darme golpes en la frente por lo obvia que es la solución a toda mi ansiedad.

Dejo que sequen las esponjas de los platos y me apresuro a subir las escaleras a mi cuarto, sintiéndome mucho más ligera de lo que me he sentido en toda la semana. Tomar una ducha hace que desaparezca la tensión que me quedaba en los músculos. Me meto en la cama, totalmente tranquila y relajada.

Me acomodo bajo las sábanas y leo durante un rato hasta que son las nueve y media y siento los ojos demasiado pesados para que permanezcan abiertos. Es temprano para mí, pero después de mi semana sin dormir, apago la luz del techo y vuelvo a meterme en la cama.

Mi luz de noche está encendida. Naturalmente.

Es simplemente el nivel perfecto de oscuridad. Cierro los ojos y me pongo de lado. Estoy a punto de quedarme dormida cuando siento un ligerísimo escalofrío que me recorre la espalda. Es tonto, pero creo que es porque estoy de espaldas a la puerta.

Lo cual es absolutamente ridículo. Dios mío, ¿qué tengo? ¿Siete años?

Aun así, me doy la vuelta, abro los ojos rápidamente, veo que mi puerta está firmemente cerrada y exhalo con alivio. Entonces vuelvo a cerrar los ojos y me acurruco más con mi almohada.

Sin embargo, un segundo después, aquel mismo estúpido escalofrío vuelve. Internamente pongo los ojos en blanco y me quejo. Me niego a pasar otra noche sin dormir sobresaltándome por cada dos ruidos que oigo.

Aun así, obedezco la estúpida compulsión y abro los ojos.

Solo para ver la enorme silueta de papá que ocupa mi puerta.

Grito, aferro la almohada contra mi pecho, y entonces se la arrojo.

—Me has dado un susto de muerte.

Papá atrapa la almohada, riendo mientras entra a la habitación y se acerca a mi cama.

—Papi lo siento, dulzura. —Su voz parece más profunda de lo que era hace un par de horas en la cocina.

Basta con dar un par de pasos con sus largas piernas y entonces está junto a mi cama. Se sienta y me pone sus grandes manos sobre los hombros. Me da la vuelta sin hacer mucho esfuerzo para que quede boca abajo, y me masajea la espalda.

—Durante la cena me has contado de tu tarea y de lo que has estado haciendo en la facultad los últimos días —dice papá inclinándose—. Pero no me has dicho lo que realmente quería saber. —Esta última parte la sisea en mi oído.

Tiemblo debajo de él mientras sus manos se vuelven más ásperas al masajear los músculos de mis hombros y la parte posterior de mi cuello.

—¿Y q-q-qué es eso? —pregunto, odiando lo tímida que sale mi voz.

¿Por qué estoy murmurando como una idiota incompetente? Se supone que debo comunicar

mis deseos y necesidades. Tomo una bocanada de aire y digo:

—Esperaba que pudiéramos hablar esta noche sobre...

—No me has dicho si has sido una buena o una mala chica —gruñe.

Y luego, sin esperar a que responda, me da la vuelta en su regazo, me baja las bragas y su palma aterriza en mi trasero.

Grito de sorpresa cuando me golpea de nuevo, fuerte y seguro.

—¿Has dejado que otros vean lo que es mío? —pregunta antes de volver a atizarme—. ¿Has estado presumiendo ese culito apretado y poniendo duros a tus compañeros de clase ahora que sabes lo bien que se siente tener penes metidos en tu sucio coño?

—¿Qué...? No, yo nunca...

—¡No me mientas! —me grita—. Cuando las niñas prueban un pene, es todo en lo que pueden pensar. Sé cómo son, putitas. Intento encontrarte cuando eres pura, antes que el mundo te corrompa. Cuando todavía eres dulce. ¿Sigues siendo mi dulce niña?

Introduce un dedo en mi interior con fuerza. Y no estoy seca; estoy húmeda. Sin importar lo tosco que haya sido, su dedo entra fácilmente.

De alguna forma, sus palabras ásperas y sucias, incluso su crueldad, me han humedecido.

¿Me gusta esto? ¿Esto me excita?

Papá mete un segundo dedo dentro de mí y comienza a moverlos como si fueran una tijera, estirándome y haciendo que me pusiera aún más mojada para él.

—Demonios, pero eres tan dulce y apretada mientras aún eres inocente —murmura cerca e mi cabello—. Hueles como debería oler una hermosa y dulce niña. Tan limpia, pura y buena.

—Solo para ti y Dom —susurro, jadeando y al borde de las lágrimas de nuevo, incluso mientras confusas sensaciones de placer se elevan en mi vientre—. Para nadie más. ¡Nunca!

No sé por qué dice las cosas que dice. Son malas e hirientes, y se suponía que yo debía defenderme. Debía hablar de manera madura sobre lo que quiero y espero y...

—Maldición, dulzura, tal vez sí que eres la indicada después de todo —dice papá.

Luego me da la vuelta y oigo el ruido de una hebilla al abrirse.

Aunque lo estaba esperando, el breve segundo de mentalización sigue sin ser suficiente para prepararme para que su enorme miembro me atraviese.

No hay ningún empujón delicado ni una exploración de mis labios como lo hizo Dominick. No, tal como antes, papá me empala hasta el fondo y con fuerza, atravesándome directamente y sosteniéndome contra la cama.

Dejo escapar un *uf* por el dolor. Queda tan justo en mi interior que, aunque ya no soy virgen y estaba húmeda, cielos, no se puede negar que todavía duele. No tanto como la primera vez, pero todavía es demasiado grande. Y estaba mojada, pero no *tan* mojada.

Gruñe en voz baja con la primera embestida, luego se retira casi de inmediato y vuelve a entrar en mí. El ardor hace que sea imposible sentir placer. Estoy segura de que mi cara es una mueca, pero papá nada más me acaricia las mejillas.

—Lo estás haciendo muy bien, dulce niña mía. Estás haciendo que papá se sienta muy bien. ¿Tienes idea de lo buena chica que eres? Has dejado que papá te folle tan bien.

Entonces me besa.

Sus besos no se parecen en nada a los besos de Dominick. Papá besa como folla: su lengua es contundente; empuja y retrocede para besar mis labios, pero solo porque también los está mordiendo y pellizcando. Siempre usa los dientes. Ni por un segundo me permite ningún tipo de libertad en el beso; él está al mando cada segundo.

Me quedo jadeando y llena de confusión.

Justo cuando el dolor comienza a disminuir y el placer comienza a cocerse nuevamente en mi interior, papá se retira y me levanta de la cama. Me pongo de pie, pero su voz brusca me ordena:

—De rodillas.

Me arrodillo en el duro suelo. Estoy descolocada. Como antes, todo es una bruma. Solo existe papá, este momento y su voz.

—Abre la boca.

Yo no... ¿Qué está...?

Sus manos me agarran la mandíbula cuando no respondo lo suficientemente rápido, urgiéndome a abrirla.

Oh, se refiere a...

Mete su pene en mi boca antes de que siquiera termine el pensamiento. Me lo clava hasta el fondo de la garganta y más allá.

—Trágame —me ordena.

Trato de protestar y decir que no puedo. No lo sé. Yo no... Nada de esto es... No puedo...

Él tan solo se retira y mete su miembro en medio de mis labios y hasta mi garganta, haciendo que me ahogue de nuevo.

—Maldita sea —grita—. Así es, ahógate con el pene gigante de papá. ¿Sabes cuánto me encanta ese sonido? —pregunta, entre gritos—. Tus ruidos inocentes me vuelven loco, maldición. Atragántate conmigo otra vez.

Me embiste y me atraganto, me ahogo y escupo. Oh, Dios, voy a morir si esto sigue así por mucho más tiempo.

—¡Maldición! —grita, y con otra embestida que me da náuseas, su semen sale disparado en mi boca, se derrama por mis mejillas y mi barbilla, y baja por mi pecho.

—Trágatelo —jadea—. ¡Trágatelo ahora o te castigaré tan fuerte que no podrás sentarte por una semana!

Tengo arcadas e intento hacerlo, pero sigo escupiendo y espurreando. Luego él se agacha y con una mano me pincha la nariz. ¡No puedo respirar! ¡No puedo! ¿Por qué me hace...?

—¡Trágatelo! —ruge de nuevo.

Pero, en medio de todo mi pánico, trago.

Y cuando lo hago, es como si se encendiera un interruptor.

Trago, jadeo y lamo todo lo que cubre mis labios. Y luego succiono el pene de papá y lamo cada gota de sus dedos cuando él reúne un pequeño charco de semen que tengo en los pechos y me lo mete en la boca. Tengo que complacer a papá. Haré cualquier cosa para complacer a papá.

Al final, papá me sonríe. Hay un halo detrás de él por mi luz de noche.

—Después de todo, puede que seas la niña perfecta de papá. No te laves hasta la mañana.

Me deja ahí así, con la respiración entrecortada y totalmente destruida. Su semen sigue en mi cuerpo, por dentro y por fuera.

## CAPÍTULO 9

Al día siguiente vago por la facultad en medio de una bruma total.

Cuando la líder de mi grupo de desarrollo de la primera infancia me pregunta si todo está bien, no hago más que asentir y alejarme sin decir nada. Por lo general es lo más cercano a una amiga que tengo en la facultad, y siempre que hablamos trato de aprovechar la oportunidad para ir por un café juntas. Hoy literalmente me alejé, como si fuera un poste de madera. Finjo que no la oigo, a pesar de que estaba de pie justo delante de mis narices.

—¿Sarah? —me llama.

Yo sigo cruzando la plaza. Parte de mi mente trata de obligarme a afrontar lo que sea que haya pasado anoche, pero el resto de mi mente está cuerda y sigue construyendo más muros sin parar tan pronto como la parte pesada y preocupada tira los muros viejos.

Nada ocurrió anoche. No me convertí en una patética esclava sexual que se humilló para complacer a papá. Porque eso *no* es quien soy.

No es que sepa quién soy, precisamente. Tengo diecinueve, casi veinte años y no he podido descubrirlo aún. Pensé que podría empezar a hacerlo, pero no, no ha ocurrido.

Sin importar como se mire, sigue siendo bastante patético, así que no lo haré. Digo, no lo miraré. No miraré nada de eso. La introspección está muy sobrevalorada, viviré en el momento y no pensaré.

Pensar en las cosas de mierda es donde radica el problema. Y ahora digo malas palabras. Eso es algo nuevo que hago. Porque, a la mierda, que todo se vaya a la mierda.

No es que esté pensando en eso, sea lo que sea *eso*.

Me cago en esta mierda, coño. ¿Es que alguien puede darme una cápsula de escape para salir de mi cabeza?!

—Sarah, gracias a Dios. He estado buscándote por todos lados.

Me detengo justo al frente de la zona común de los estudiantes y miro a mi izquierda.

—¿Dominick?

Vale, quizás estaba un poco perdida, pero puedo jurar que Dominick está trotando por el patio. Pestañeo con fuerza, pero sí, sigue siendo Dominick: está vestido como siempre, con su ropa quirúrgica azul y su camiseta negra por debajo. La correa del bolso de cuero que siempre lleva consigo está cruzada en diagonal por su pecho.

—Sarah.

Dom me alcanza y me envuelve de inmediato en un abrazo. Al principio, no reacciono. Inclusive con sus brazos a mi alrededor la neblina persiste.

—¿Sarah? —Retrocede y me sacude los hombros con suavidad—. ¿Sarah? —La preocupación en su voz es lo único que al fin atraviesa la bruma. Se dirige a mí—: ¿Estás bien?

Entonces vuelvo a estar entre sus brazos.

—Dios, es obvio que no lo estás.

—No, estoy bien —murmuro pestañeando.

Dominick está aquí. En mi campus. ¿Cómo es que está aquí? ¿Cómo es posible?

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que verte —me interrumpe y pone una mano en la parte de atrás de mi cabeza, acercándose más hacia su pecho—. No se suponía que papá fuera a tu cuarto anoche. Dijo que no lo haría sin mí. Vine tan pronto como me enteré de que lo hizo. Lo lamento tanto si te asustó.

En cuanto dice las palabras, todo mi cuerpo empieza a estremecerse. Es como si el hecho de que lo dijese en voz alta al fin me hubiera dado el permiso de sentirlo.

Miedo. Sí, eso es exactamente lo que había sentido anoche. Estaba demasiado confundida para saber siquiera cómo llamarlo. Pero todo fue aterrador; tenía miedo.

Pero también me había excitado. Estaba húmeda, así que... me había gustado. Eso significaba que lo quería... ¿o no?

Entierro la cara en el pecho de Dominick. Sigo estando tan confundida, pero todo se siente mejor entre sus brazos. El inclinado mundo parece equilibrarse sobre su eje.

En un arranque impulsivo me pongo de puntillas y lo beso.

Abro mi boca para sentirlo, pero Dominick me sorprende: se echa hacia atrás.

Mierda. Tratar de besarlo cuando solo vino a asegurarse de que estuviera bien fue un error. Además, papá dijo que no se suponía que debiéramos andar a escondidas. Técnicamente, besar a Dom no contaba como andar a escondidas, pero podía interpretarse de esa forma y...

Entonces los labios de Dominick aterrizan sobre los míos y todos mis pensamientos hacen silencio.

Hay un tranquilo silencio en mi cabeza.

La lengua de Dom no busca entrar en mi boca y él no me presiona para hacer más. Es tan solo un beso delicado, dulce y suave. Y eso es todo.

Después de un breve momento, se aparta. Apoya la frente contra la mía.

Y no me importa que alguien nos vea y lo asocie como mi nuevo hermanastro. Apenas le hablo a alguien en el campus, de todas formas. Tenerle tan cerca lo es todo.

—Dios, te he extrañado —susurra cerrando los ojos—. Los turnos en el hospital han sido una tortura porque sé que no estoy manteniendo mi promesa de protegerte.

Frunzo el entrecejo.

—¿Protegerme?

La línea entre sus cejas se profundiza más, pero entonces abre los ojos y me sonrío.

—Pero ahora estoy aquí contigo. Vamos. —Se fija en los estudiantes que marchan y en la conmoción general de la plaza—. Salgamos de aquí y vayamos a algún lugar más tranquilo.

Asiento. Tengo una clase en una hora, pero con lo poco que puedo concentrarme en mis clases matutinas, nada suena mejor que hacer novillos y pasar tiempo con Dominick.

—¿Quieres ir a tomar un café o a comer algo? —Toco su brazo y me percató de los oscuros círculos que hay debajo de sus ojos—. Solo me imagino lo cansado que debes estar. ¿Has estado comiendo? Recuerda cuidarte a ti también, no solo a tus pacientes.

Su sonrisa se ensancha y se le suavizan los ojos cuando me mira, y entonces hace lo último que me espero que haga: estira la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

Dios mío, me está cogiendo de la mano.

Es un gesto tan simple. Después de todo lo que hicimos el sábado pasado, debería sentirse como lo menos íntimo del mundo. Sin embargo, logra que mi corazón cante de una forma tal que

todas las cosas eróticas y sexuales que experimenté en esa habitación y lo que pasó anoche con su padre palideciesen en comparación.

—Primero, quiero que sepas que lo que pasó anoche no volverá a ocurrir. No si yo no estoy ahí contigo. —Levanta la vista y, con los ojos bien abiertos, se apresura a decir—: Y solo si así lo quieres.

Exhala y mira hacia abajo, haciendo una mueca como si hubiera practicado un discurso y le hubiera salido al revés.

—¿Cómo te sientes con todo lo que ha pasado? Solo tienes que pedirlo y todo se detendrá.

Él balancea nuestros brazos ligeramente mientras marchamos. Creo que me está llevando a un pequeño café en la esquina, pero no estoy segura.

No puedo evitar tensarme ante sus preguntas. Él se percata de ello, claro que sí, y se para en seco a un extremo de la plaza, debajo de un cerezo que está floreciendo.

—¿Sarah?

Me encojo de hombros y señalo el café con la barbilla.

—Vamos a tomarnos un café. Necesito mi dosis diaria. —Finjo una sonrisa y lo arrastro por la calzada mientras el semáforo peatonal muestra la cuenta regresiva.

Él lo deja estar y vamos por nuestros cafés. Me pide un café con crema y chocolate blanco, mi bebida favorita cuando no les presto atención a las calorías, lo que parece que estoy haciendo hoy. No me importa, porque, para ser muy franca, no negaré que necesito una bebida que me consuele. Tampoco me opongo al bocadillo de mora que me compra, pero solo porque él también se ha comprado uno.

Es solo cuando salimos del café y marchamos por la acera, dándoles sorbos a nuestras bebidas, que Dominick empieza a hablar otra vez:

—¿Y? Vamos, escúpelos.

—¿Qué? —Intento eludir el tema usando el palito de remover el café para comerme la crema batida que han puesto por encima de mi bebida.

Dominick tiene la bolsa con los bocadillos en la mano. Yo me termino toda la crema y luego vuelvo a tapar el recipiente para beberme el resto del café. Dios, esto es lo que necesitaba.

Me permite que evite sus preguntas por un rato más y señala el camino a un parquecito que está a casi dos cuadras de aquí. Nos acomodamos debajo de un enorme árbol. No estoy segura del tipo de árbol que es, pero tiene un enorme tronco y un sistema de raíces que sobresale del suelo. Dominick se quita el bolso, se sienta sobre una de las raíces, apoyando la espalda contra el tronco, y se da palmaditas en el regazo para que me siente.

Es un día primaveral. Las flores están floreciendo, el sol brilla y resplandece con alegría, y el hombre más guapo que pueda imaginarme me hace señas para que me siente a su lado bajo la sombra de un árbol y con dulces postres que me aguardan dentro de una bolsa.

Y todo lo que me apetece es acurrucarme con él y llorar.

Cielos, ¿qué me pasa? Contengo las lágrimas y me siento en sus rodillas, pongo el café en el suelo y lo abrazo.

—Eh, no es legal que seas tan perfecto —susurro en su pecho, limpiándome una lágrima descarriada que logra escapar de mi ojo.

Él hace una mueca desde debajo.

—Dios, no digas eso. —Su voz es sombría y está llena de... ¿autodesprecio?

Lo miro, confundida, pero la expresión en su rostro encaja lo que creí haber oído en su voz. Tiene la boca fruncida y la mirada fija en el piso.

—¿Dom? ¿Qué ocurre?

Cuando levanta la vista para mirarme, noto que tiene las cejas bajadas. Se ve afligido.

—Sarah, ¿alguna vez te has puesto a pensar que tal vez papá no sea el mejor hombre del mundo?

Me enderezo y lo miro de verdad.

—Pero... —Sacudo la cabeza—. Eres tan cercano a él, y él a ti. No lo entiendo. Pensé que lo admirabas y que por eso decidiste estudiar medicina.

Él suelta un sonoro suspiro y vuelve a apartar la mirada.

—Las cosas entre mi padre y yo son complicadas. Lo odié por mucho tiempo de niño. Pensé que era un monstruo y que había alejado a mamá, pero entonces todo cambió.

Bebe un largo sorbo de su café —un expreso, naturalmente— antes de dejar su taza junto a la mía.

—¿Cómo? ¿Qué pasó?

Su expresión vuelve a oscurecerse. Frunce el entrecejo y sus ojos oscuros lucen tempestuosos. Se encoge de hombros.

—Pasaron algunas cosas de las que no tengo muchas ganas de hablar, pero empecé a querer competir con él. Hice algunas cosas de las que no me siento orgulloso. En fin, todo aquello me convenció de que tal vez no éramos tan diferentes del otro. De tal palo tal astilla, ¿sabes?

Sus ojos se encontraron con los míos por un fugaz instante antes de que los apartara de nuevo.

—Así que pensé: ¿quién soy yo para juzgarlo? ¿Tal vez así son todas las personas? Buenas y malas, llenas de luz y oscuridad. Todos estamos un poco mal de la cabeza, así que lo acepté a medias.

Vuelve a mirarme, y esta vez sus ojos están llenos de sinceridad.

—Entonces, sí, al principio estudiar medicina fue parte de esa competencia. Iba a ser doctor, pero sería mejor de lo que él lo fue. Sería un cirujano y me especializaría en un área mucho más impresionante que la suya. Sería uno de los mejores en el país.

Él estira la mano y vuelve a sujetar la mía como si estuviera desesperado por sentir una conexión más profunda que la de nuestros cuerpos que se tocan porque estoy sentada en su regazo.

—Pero juro que se convirtió en algo más que eso. No cambió hasta que empecé mi residencia el año pasado, pero cuando comencé a interactuar con pacientes de verdad y vi el impacto de la medicina en las vidas humanas, en las familias, cuando vi como los seres queridos se reunían alrededor de sus enfermos, como celebraban... —Un gesto de dolor cruza su mirada—. ...y como lloraban cuando perdíamos a alguien, entonces todo se volvió real, a pesar de que no hubiera tenido las mejores intenciones al principio. Sabía que esa sería la razón por la que me comprometería a largo plazo: por los pacientes.

—Oh, Dominick. —Extiendo una mano y le acaricio la mejilla.

Detesto que sienta que tiene que suplicarme para que le crea cuando todos pueden ver que se preocupa tanto por sus pacientes que se rompe la espalda trabajando. Quiere la residencia en el hospital general de Boston porque sabe que eso lo hará ser el mejor doctor y que podrá salvar la mayor cantidad de vidas.

—Conozco tu corazón. —Le paso la mano por la mejilla y la dejo sobre su pecho. Los latidos de su corazón se sienten constantes debajo de mi palma.

Para mi desconcierto, él se desmorona ante mi declaración. Agacha la cabeza y entierra su frente contra mi pecho.

—No te merezco —susurra—. Ninguno de los dos te merecemos.

—Shh, ya basta.

Me muevo para quedar a horcajadas sobre él, y paso mis dedos por su largo y suave cabello. No me importa si la posición resulta un poco indecente porque llevo un vestido; la parte de abajo tiene una gran falda redonda y sigo estando perfectamente cubierta.

Además, todo lo que puedo pensar es en Dominick. Solo necesito acercarme a él lo más que pueda. No sé de dónde viene toda esta aversión hacia sí mismo, pero no me gusta nada.

Recibo con gusto el hecho de que se esté abriendo conmigo. Lo único que detesto es que sea esto lo que ha estado escondiendo en su corazón. Lo abrazo y beso la parte superior de su cabeza, justo donde comienza su remolino.

—Vas a estar bien —le susurro, echando un vistazo a la hermosa tarde primaveral—. Ambos vamos a estar bien.

Y parece cierto al estar entre sus brazos. Me he sentido completamente perdida todo el día, pero él me ha devuelto a la realidad. Es verdad que aún no he descubierto por completo quién soy... pero tal vez eso no sea algo de lo que tener miedo, sino algo por lo que emocionarse.

Tengo la oportunidad de descubrirme a mí misma. Bastante asombroso, ¿no?

Y cuando estoy con Dominick es como si un horizonte se abriera, enorme y vasto; lleno de posibilidades infinitas y un centenar de caminos diferentes, cada uno con un futuro brillante. Siempre teniéndole a mi lado.

Apoyo la mejilla en su cabeza. Él me empuja contra el árbol y nos sujetamos con fuerza.

Finalmente, ya no puedo callarlo más. Lo suelto sin pensarlo mucho:

—Te amo.

La única evidencia de que me ha oído es que sus dedos se aferran con más fuerza a mi cintura, y luego no hace nada por varios minutos. Sigue abrazándome, con la cabeza enterrada en mi pecho.

Aunque... bueno, eso no es exactamente cierto. Después de unos treinta segundos empiezo a sentirlo. Estoy encima de él, y empiezo a sentirlo en el sitio donde mi sexo se conecta con el suyo, con su uniforme de por medio. Su miembro se endurece notablemente, y hace presión desde el otro lado de la mezclilla y contra la delgada barrera de mis bragas de algodón.

Se me acelera la respiración y, sin darme cuenta, aferro más los dedos en su cuero cabelludo.

Lo único que logra eso es que su miembro se levante y ponga más rígido.

—Sarah. —Mi nombre sale como un gruñido largo y prolongado.

Entonces vuelve a moverme contra él, de un lado a otro, sin duda buscando fricción. La humedad que comenzaba a manar se convierte en una inundación ante su gesto de necesidad.

Luego se detiene y exhala con fuerza, mirando hacia arriba.

—No, hermosa, no quiero aprovecharme de ti.

Suelto un bufido.

—No soy una niña.

Entonces siento que mis mejillas se encienden. Sé que tenemos un juego con todo el asunto de «papi», pero eso no significa que yo de verdad sea...

—Sé que no lo eres —se apresura a decir, leyendo la expresión en mi rostro, desde luego.

Y luego me besa, y se siente como lo mejor de todo. Al menos hasta que comienzan a oírse algunos improperios y silbidos en las inmediaciones.

Yo me aparto de la vergüenza y Dominick me ayuda a ponerme en pie. Me protege de los espectadores mientras yo recojo nuestros cafés y bocadillos, y él vuelve a ponerse su bolso. Apenas salimos del parque me echo a reír, tapándome la boca con el antebrazo. Dominick me mira como si tuviera miedo de cómo podría reaccionar, pero entonces también comienza a reírse.

Tira nuestras tazas de café vacías a un cubo de basura cuando pasamos, y entonces me coge en brazos y me da vueltas. Yo suelto un gritito mientras me hace girar una y luego dos veces.

—Dios, te amo —dice, sonriéndome cuando al fin tengo los pies sobre tierra firme, pero sin dejar de reír aún.

Las risitas mueren abruptamente. Y como dos imanes polarizados, nuestros labios se vuelven a juntar de inmediato. No puedo tener suficiente de Dominick. Mis piernas se entrelazan con las suyas. Necesito estar más cerca. No me importa que la gente esté mirando. No me importa que nos silben de nuevo.

—Dominick —le susurro desesperadamente en la boca entre besos—. Oh, Dios.

Sin embargo, mis palabras susurrantes parecen sacarlo de algún tipo de trance, pues se aleja de mí y me sujeta de la mano.

No entrelaza nuestros dedos dulcemente como antes.

No, me coge de la mano con firmeza mientras me lleva hacia adelante; directo por la cuadra por dónde venimos. Vamos de regreso a la facultad.

—¿A dónde...?

Pero él empieza a trotar para cruzar la calle antes de que se encienda el semáforo, y yo me apresuro a seguirle el paso. Antes de que me dé cuenta, me está llevando a la enorme biblioteca de la facultad y presiona el botón del ascensor. Estamos en plena tarde y la mayoría de los estudiantes están en sus clases, así que, por primera vez, no hay nadie más esperando. Tan pronto como el ascensor suena y las puertas se abren, Dominick me mete dentro a rastras. En cuanto se cierran las puertas y presiona el botón del octavo piso, me tiene contra la pared y vuelve a devorar mis labios.

Cuando mete su pierna entre mis muslos, todo lo que puedo pensar es «oh, Dios, sí».

Es un edificio antiguo y el ascensor es lento. Cuando las manos de Dominick pasan por debajo de mis nalgas y me sube aún más en su muslo, envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y me muevo hacia adelante y hacia atrás para sentir tanta fricción como me sea posible.

—Dios mío —exhalo—. Oh, Dom.

—Me conocen por ambos nombres, preciosa —dice sonriendo diabólicamente, y solo se aparta cuando el ascensor vuelve a soltar un pitido en el octavo piso.

Para el momento en que me lleva hacia donde sea que nos esté llevando, ya me encuentro sonrojada y muy excitada. Estoy segura de que seguiría a este hombre hasta el infierno y más allá. Ya sea Dios o el diablo, realmente no me importa en este momento. Solo lo necesito entre mis muslos de nuevo tan pronto como sea posible.

No tengo que esperar mucho. Sin dejar de agarrarme de la mano, me arrastra a través de varios estantes hasta un baño unisex para discapacitados. Nos metemos dentro y, un segundo después, Dominick le ha pasado el seguro a la puerta y me tiene contra la pared.

Su mano se desliza de inmediato por debajo de mi vestido.

Mi gemido de placer hace eco en todo el pequeño baño de azulejos y Dominick lleva un dedo a mis labios con su otra mano.

—Shh. —Me sonrío—. Es una biblioteca, hermosa. Tienes que hacer silencio.

Y luego el bastardo se arrodilla y su cabeza desaparece debajo de mi vestido. Un momento después mis bragas están en mis tobillos y...

Oh, Dios mío. No puedo evitar contener el pequeño gemido que se escapa de mi garganta. Lo que está haciendo con su lengua... Cielos, debería ser ilegal en cada rincón del mundo. Excepto que no, porque se siente tan, tan, tan bien.

Después del siguiente ruido agudo, levanta la falda de mi vestido y me lanza una mirada de

advertencia. Yo me tapo la boca con mi propia mano; cualquier cosa para que vuelva a ponerse a ello.

Me dedica una sonrisa. Una sonrisa muy traviesa y ruin. Y entonces esa lengua malvada, deliciosa, enviada desde el mismísimo cielo comienza a succionar, moverse e introducirse en...

Estoy en el límite cuando Dominick sale de debajo de mi vestido y se limpia la boca con el antebrazo. ¿Qué? No puede detenerse ahora. Estaba *así* de cerca de venirme. Estiro la mano para volver a meterlo debajo de mi falda, pero él se aleja y sonrío.

—¿Querías algo?

Exhalo, frustrada. Él sabe perfectamente lo cerca que estaba del clímax. Lucho con todas mis fuerzas para no patear con frustración. Por otro lado, sí que le dije que no era una cría.

¡Pero es que no es justo!

—Ven aquí y podrás tener tu regalo —dice con un claro tono de burla en su voz. Se inclina y saca algo de su bolso que no alcanzo a ver.

—¿Qué es eso? —Doy un paso adelante para intentar mirar por encima de su hombro.

—Ah, ah, ah —me reprende, apartando lo que sea que tenga en manos de mi vista. Me mira y hace un gesto hacia el lavabo—. Ponte en posición como una niña buena.

Paso la mirada por el lavabo y luego lo miro a él. ¿Quiere decir como cuando...?

—Manos en la encimera, culo fuera —confirma.

Ha escondido todo lo que sacó de su bolso detrás de su espalda. Con la forma en que está de pie, tan recto como militar y dando órdenes, se parece más que nunca a papá. Y, por más retorcido que sea, mi sexo solo se humedece más.

Obedezco, sintiéndome emocionada y perturbada.

Él se acerca detrás de mí. Puedo ver su reflejo en el espejo. Es varios centímetros más alto que yo y también mucho más ancho. Sí que parezco una niña en comparación.

No. No soy una jovencita. Solo me veo bajita. *Femenina*. Y él es hombre por todos lados.

—Así es —dice con voz baja y ronca—. Míranos juntos en el espejo. Mira lo increíblemente sensual que eres.

Se agacha y me quita el vestido. Dejé mis bragas atrás cuando me las quité para acercarme a la encimera del lavabo. El vestido tenía un sujetador incorporado, así que ahora estoy completamente desnuda.

Dominick se quita las dos camisas y entonces solo estamos él y yo frente al espejo. Su mano se posa en mi cintura y baja hasta mi sexo empapado. Su roce es suficiente para enloquecerme, pero esa imagen nuestra, desnudos y juntos en el espejo, con los ojos clavados en dónde me está tocando... Oh Dios, me estremezco y colapso contra él mientras un espasmo me recorre el cuerpo.

—Mantén los ojos abiertos —susurra bruscamente, así que me obligo a abrirlos.

Me introduce otro dedo en la boca. Lo chupo a pesar de que las olas de mi clímax empiezan a circular por todo mi cuerpo. Me quedo observando con confusa felicidad mientras él baja su otra mano. Pienso que es para unirse a lo que hace la primera, pero no es así. Oh...

¡Oh!

Abro los ojos de golpe y el orgasmo cobra mucha más fuerza cuando su dedo índice da un empujoncito y sondea mi lugar más prohibido.

Me aferro de la encimera y me impulso hacia adelante, pero estoy inmovilizada entre él y su cuerpo, incapaz de evitar mi grito cuando la punta de su dedo índice penetra mi trasero.

Me contraigo en sus dedos cuando el clímax alcanza su punto máximo. Mi cuerpo se tensa y luego se expande como si una bomba de calor explotase desde mi centro. Sin embargo, apenas

tengo un momento para considerar todo lo que acaba de pasar, pues Dominick aprovecha la relajación momentánea de mi cuerpo para llevar su dedo aún más profundo en mi entrada trasera.

Siseo, conmocionada. Vuelvo a abrir los ojos de par en par. Levanto la cabeza y contemplo a Dominick en el espejo. Estaba aguardando mi reacción. Puedo darme cuenta de aquello por la forma en que sus ojos están entrecerrados, y se muerde los labios, concentrado, como hace a veces cuando estudiamos juntos.

Él planeó esto. Tal vez no de esta manera exacta, pero siempre tuvo la intención de meterse en mi... en mi...

Siempre quiso estar ahí atrás.

Al darme cuenta de ello, mis músculos se flexionan y se tensan alrededor de su dedo, que sigue alojado en mi interior. Sus pupilas se dilatan incluso más de lo que ya están y sus fosas nasales se ensanchan en respuesta.

Y una réplica del orgasmo me atraviesa las extremidades al verlo. Está muy excitado. Su uniforme es tan fino que puedo sentir lo duro que está. ¿Está planeando hacerme suya por ahí? ¿Meterlo *ahí*? ¿Ahora mismo?

¿Se lo voy a permitir? ¿Quiero eso?

Pienso en cómo papá me penetró. No me sentía preparada para eso. Me dolió mucho. Inclusive anoche, todavía había mucho dolor de por medio.

Hace que todo sea tan confuso. Con Dominick, al menos hasta ahora, solo he sentido comodidad y seguridad. Nada de dolor. ¿Pero es como papá? Me dijo que antes lo era. ¿También quiere hacerme llorar y probar mis lágrimas?

Me contraigo a su alrededor de nuevo, pero esta vez porque una parte de mí quiere alejarse. Y es una gran parte.

—¿Sarah? ¿Qué tienes? —Cuando miro hacia arriba de nuevo, veo que, aunque la lujuria sigue ahí, también hay preocupación—. ¿Qué acaba de pasar? Puedes hablar conmigo. Si hay algo con lo que no te sientas cómoda, solo basta con decírmelo.

Dominick comienza a sacar su dedo, pero yo lo detengo.

—No —me apresuro a decir.

Vamos, se trata de Dominick. Por mucho que se parezcan, él no es papá.

—Es que... —Me muerdo el labio.

—¿Qué? Sarah, lo decía en serio. Puedes decirme lo que sea.

Con la misma mano con la que complacía mi sexo hace unos momentos, me aparta el cabello del cuello y deposita una serie de besos dulces y enloquecedores a lo largo de mi hombro.

Me estremezco contra sus labios.

—Me gusta todo lo que me haces. Es solo que no estoy segura de estar lista para que lo hagas. —Hago una pausa de nuevo, no quiero hacerlo disgustar.

—¿Qué?

Otra vez comienza a sacar su dedo y, de nuevo, yo me aprieto para detenerlo.

—Puedes tocarme —digo rápidamente—, pero no creo que esté lista para, ya sabes... — Veo que mis mejillas se encienden en el espejo— ...para tener sexo ahí. —Esa última parte sale como un susurro.

Dominick se relaja visiblemente y sonrío.

—Lo sé, bebé. —Vuelve a besarme el cuello, chupando y mordiéndolo—. Por eso quiero prepararte. Así es como lo hacemos.

Y entonces su dedo comienza a dar vueltas y a moverse hacia adentro y hacia afuera.

—Quiero mostrarte lo bien que se siente tener un poco de presión ahí mientras te hago mía.

Su profunda voz hace que mi sexo se contraiga, y no puedo evitar contener el pequeño gemido que sale al oír sus palabras.

—Inclínate —susurra en voz baja en mi oído. Me muerde la oreja y luego me insta a seguir sus instrucciones con las manos.

Lo hago, y pronto estoy tumbada con los pechos abajo en la gélida encimera y con el culo afuera. Contemplo a Dominick en el espejo mirándome con satisfacción.

Es entonces cuando al fin puedo vislumbrar el pequeño objeto que se saca del bolsillo, donde debió haberlo escondido antes. Bueno, dos objetos. Uno de ellos es un pequeño tubo.

El otro es un consolador largo y delgado.

Mis ojos se ensanchan cuando él pone algo de gel del tubo en el consolador. Bueno, ¿se le dice consolador si no tiene forma de pene? Solo es largo, delgado y parece hecho de goma.

Lo siguiente que sé es que Dominick presionó algo y el objeto comenzó a vibrar. Me tenso de inmediato, pero la voz serena y tranquilizadora de Dom hizo que me relajara de nuevo. Pone su mano en la parte inferior de mi columna.

—Relájate, cariño. Es lo mismo que mis dedos. Ven, ¿por qué no te vuelvo a abrir primero?

Él vuelve a mirarme.

—Cielos —dice en voz baja—, me encanta meter mis dedos en ese culito dulce y apretado tuyo. ¿Sabes el sueño hecho realidad que será tenerte por allí, hermosa? Dios, me vuelvo loco con solo pensarlo.

Mientras habla, uno de sus dedos, que también está empapado en gel, empieza a sondear mi entrada.

—Tu cuerpecito fue hecho para mí, ¿lo sabías? En la boda me estaba matando verte bailar con papá. Quería arrancarle las manos de tu cintura. Estabas tan hermosa. Muy hermosa, joder.

A medida que hablaba, me relajaba y él volvió a introducir su dedo en mi interior. Aprovecha la ventaja y la yema de su otro dedo da un empujoncito para entrar con el primero.

—Lo estás haciendo muy bien. Dios, siente lo cálida y suave que eres. Te estás tragando mis dedos. —En el espejo, su rostro adquiere esa expresión de doloroso placer que me vuelve absolutamente loca. Y la sensación de lo que me está haciendo, tan ajena y prohibida.

Pero es Dominick. Y la *presión*.

Con lo lento que va, no duele en absoluto. Él tenía razón. Se siente bien. Todo lo que hace Dominick se siente bien. Tan bien y tan correcto.

El segundo dedo entra y me sobresalto por la sorpresa. Dominick abre la boca y se ve igual de sorprendido. Está tan excitado que ya no lo puede aguantar.

—Hermosa, me voy a correr en mis pantalones. Eres tan perfecta, joder. Dios... Dios...

Me mira el trasero, completamente hipnotizado; sin duda está viendo el lugar en el que sus dedos desaparecen en mi culo, girando lentamente hacia adelante y hacia atrás, explorando y estirándome y...

—Tengo que probarte mientras estoy en tu culo así —dice de repente.

Luego, sin sacar los dedos, se arrodilla y da la vuelta para quedar debajo del lavabo, frente a mi sexo. Sigue con el antebrazo en alto y los dedos enterrados hasta los nudillos en lo más profundo de mi ano.

Se levanta ligeramente y luego aferra su boca a mi clítoris. Estaba montando una agradable ola de placer tras mi último orgasmo mientras me concentraba en las sensaciones de lo que sus dedos le estaban haciendo a mi cuerpo, pero todas las sensaciones se estaban combinando.

Era demasiado. Más que demasiado. Oh, Dios, casi al instante estoy al borde de nuevo, excepto que, esta vez, viene con mucha más fuerza. No sé por qué los segundos orgasmos

tienden a ser más explosivos que los primeros, pero lo son para mí. En especial por las sensaciones que Dominick me ha estado enseñando, tanto física como emocionalmente...

Lo llena que me siento atrás, más la estimulación en la parte delantera. Oh, Dios mío, no puedo. Me contraigo con fuerza y me muerdo el labio inferior para evitar gritar mientras el segundo clímax me atraviesa.

Dominick sigue succionándome y metiendo y sacando sus dedos de mi culo a pesar de todo. Solo se detiene unos minutos después, cuando los espasmos que recorren mis piernas amenazan con hacerme venir abajo.

—No puedo estar de pie por mucho más —jadeo—. Es demasiado.

Esas dos palabras lo engloban todo. Pero, Dios, todavía quiero más, así que le digo a Dom:

—Más.

Mi vagina sigue deseosa.

—Necesito más —me quejo, haciendo presión contra el cuerpo de Dominick cuando se pone en pie y saca los dedos de mi trasero—. Otro —le digo con avidez, besándolo apasionadamente—. Quiero otro. Necesito otro.

Levanto una pierna alrededor de sus caderas y froto mi coño con su pene.

Coño. Pene.

Dios, me encanta el sonido de esas palabras.

—Te quiero dentro de mí —gimo contra sus labios.

Él me muerde el labio inferior y gruñe.

—No sabes cuánto lo deseo. Dios, y con lo rápido que te vienes, es una locura total. Eres tan hermosa, joder. —Me besa con pasión—. Pero estás demasiado dolorida. Necesitas descansar ahí abajo.

—Pero tú... —Me agacho y sujeto su pene del otro lado de su uniforme.

*Puf*, ¿por qué sigue llevándolo? Quiero ver su hermoso y espectacular pene. Lo quiero ahora. Le bajo la pretina del uniforme, liberando su glorioso miembro. Está enfurecido y rígido, y lo quiero.

Empiezo a ponerme de rodillas, relamiéndome los labios, pero Dominick me detiene con un firme movimiento de cabeza.

—Hoy no, hermosa. Hoy todo es para ti.

—Pero... —protesto.

—No lo olvides —dice sacando el vibrador de su bolsillo. Lo ha apagado, pero solo ver el juguete me corta la respiración—, tu entrenamiento diario aún no ha terminado.

No puedo evitar relamerme los labios. Dominick, que los está mirando, sonrío.

—Súbete a la encimera.

Me hace un gesto para que suba a la elevada encimera, y después me levanta él mismo cuando parece que no me muevo lo suficientemente rápido para su gusto. Él me levanta los tobillos, lubrica el consolador y tantea mi ano con él un instante después.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir el frío plástico. Miro hacia abajo, y desde este ángulo, puedo verlo desaparecer en mi pequeño agujero prohibido. Trago saliva y me relajo, tal como Dominick me ordena. Tiene razón. Entra sin ningún problema por lo mucho que lo ha abierto.

Se lava las manos rápidamente y luego enciende el consolador para que vuelva a vibrar.

Lo que trae una nueva serie de sensaciones. Es mucho más largo que sus dedos y no duda en meterlo más. Más profundo. Y después aún más profundo.

Pronto puedo sentirlo vibrar en lo más profundo de mí. Oh, Dios, estoy tan llena.

Dominick mueve la varita por todos lados y esta vibra al otro lado de mi sexo. Es ahí cuando, naturalmente, comienza a jugar con mi vagina de nuevo. Rodea mi clítoris con los dedos tranquilamente, luego baja por mis labios, introduce un dedo en mi canal, y luego dos. Después comienza a jugar con mi clítoris.

Básicamente me está torturando.

Hasta que agarro sus brazos y lo acerco violentamente a mí, besándolo hasta que ambos nos quedamos sin aliento. Teniéndole tan cerca, su pene queda en medio de nuestras panzas. Incluso la sensación hace que mi sexo apriete los dedos que tiene dentro de sí.

—Quiero que te corras —le digo mordiéndole el labio inferior—. Córrete sobre mí.

Gruñe y retrocede lo suficiente como para sostener su pene. Lo acaricia bruscamente y me fascina la vista. No puedo apartar los ojos de su mano sobre su miembro, del movimiento fluido y masculino de él dándose placer. Es lo más erótico que he visto en mi vida.

Sigue introduciendo el consolador dentro y fuera de mi ano con la otra mano, pero es verlo masturbarse lo que me tiene al borde de nuevo.

—Tócate —me ordena—. Y te vendrás cuando te diga. Ni un maldito momento antes, ¿me escuchas?

Asiento con la cabeza, respirando tan fuerte que mi pecho sube y baja. Bajo una mano por mi cuerpo. Otra cosa prohibida. No puedo creer que estoy a punto de...

Pero viendo a Dominick, lo único que puedo pensar es que cielos, necesito fricción.

Es increíblemente sensual verle así. La tensión y la necesidad en su rostro. La forma en que se masturba tan despiadadamente, moviendo la piel de su pene hacia arriba y hacia abajo, girando con fuerza alrededor de la cabeza bulbosa y luego tirando hacia abajo. Y entonces la forma en que sus ojos se van desenfocando lentamente y su boca se relaja por el placer.

—Te dije que te tocaras —ordena—. Una mano en tu clítoris y la otra enterrada en tu coño. Quiero verte sucia con tus propios jugos.

Jadeo y obedezco, apresurándome a rodear mi clítoris con las manos. Estoy tan hinchada y sensible ahí abajo por haberme venido dos veces, que mi sexo se sacude tan pronto como hago contacto. Me apoyo contra el espejo, introduzco un dedo en mi interior y luego dos. Oh, Dios, nunca había hecho eso antes. En realidad, nunca me había metido ningún dedo. Nunca. Solo me había tocado el clítoris, y eso solo con vacilación. Siempre sentía tanta culpa.

Mi interior se siente raro. Cálido, suave y elástico.

Dominick es despiadado con el consolador. Lo introduce y saca de mi ano, pero se siente bien, muy bien.

—Eres tan perfecta, carajo —dice con los dientes apretados y la cara fruncida por la tensión y el placer—. Nunca había visto nada tan endemoniadamente hermoso. Joder, vente conmigo. Ahora.

Y lo hago. Me vengo, me vengo y me sigo viniendo. Dominick se estremece e hilos de semen aterrizan en mi vientre, y yo me vengo con tanta fuerza que siento que me desmayaré y que se me partirá la cabeza en dos.

Cuando puedo sentir mis extremidades y ver de nuevo, Dominick me abraza, me besa en la cara y me susurra una y otra vez:

—Te amo. Te amo, Sarah. Cielos, te amo tanto.

Mi corazón canta, incluso cuando se oye un fuerte golpe en la puerta. Lo ignoro y sostengo el rostro de Dominick.

—Yo también te amo. Para siempre. —Lo beso con fuerza.

Me siento tan ligera, tan feliz. Tal vez sea porque tenemos que apresurarnos para limpiar y

ponernos la ropa que el rostro de Dominick se ensombrece.

O simplemente me lo estoy imaginando, porque cinco minutos más tarde, ambos nos reímos después de que la bibliotecaria nos fulminara con la mirada; nos dijo que había una queja por ruido y nos pidió nuestra identificación estudiantil.

Dominick me cubrió diciendo que los habíamos olvidado en el dormitorio y luego me dijo que corriera. Me cogió mi mano y corrimos por las escaleras.

Sí, a medida que caminamos de la mano hacia su coche y me siento más feliz y satisfecha de lo que nunca me he sentido en mi vida, estoy segura de que cualquier oscuridad que haya vislumbrado en su rostro fue solo mi imaginación.

## CAPÍTULO 10

Ese fin de semana, ni papá ni Dominick están en casa. Después de pasar el sábado de los nervios por la casa vacía y con una sensación de anticipación que no puedo alcanzar a explicar por completo, cuando veo una nota de Dominick diciendo que siente no estar y que debe trabajar otro turno doble, decido pasar el domingo en la biblioteca de la facultad haciendo un trabajo importante que se entrega el martes.

Sí, si Dominick hubiera estado aquí este fin de semana, no le hubiera hecho ningún caso al trabajo; pero el semestre casi llega a su fin y he estado tan distraída desde hace meses que es bueno enfocarme en la facultad por un rato. Meterme de lleno en la investigación sobre las etapas de desarrollo cognitivo de Piaget *casi* logra que me olvide de todo lo de la casa.

Hemos cenado en familia dos veces desde el interludio de Dominick y yo en el baño de la biblioteca, y todo ha sido, bueno... increíble.

Papá sonrío al ver las miradas furtivas que Dominick y yo nos dedicamos. Ambos me dan un apretón juguetón en el culo cuando paso a poner la mesa, o mientras lavamos los platos, o cuando vamos al cuarto de estar para ver la tele después de la cena. Pero no pasa de ahí. Todo ha vuelto a nuestra rutina de siempre, solo que con una pizca de picardía.

El jueves papá me ayudó con mi tarea de estadística y luego me detuvo poniéndome una mano en el brazo.

—Sé que debe haberte costado un poco acostumbrarte al ajuste de que Dominick y yo viniésemos a vivir contigo —dijo con voz suave—. En especial a medida que nos vamos haciendo más cercanos como familia y que nuestra relación se va haciendo más compleja.

Estiró la mano y cogió la mía, acariciando la cara interna de mi muñeca con el pulgar.

—Pero quiero que sepas que conocerte ha sido una de las mejores cosas que nos ha sucedido. También ha hecho que Dominick y yo estemos más unidos que nunca. Eres una jovencita muy especial. —Dicho eso, me estrujó la mano una última vez, se inclinó y me besó en la frente. Después se puso en pie y salió de la cocina.

Me quedé en la mesa, sintiendo una sensación de calidez que me recorría por completo. A eso le siguió un sentimiento de ansiedad mientras lo veía irse. ¿Qué significó todo eso? ¿Querría pasarse por mi cuarto esta noche? ¿Estaba lista para eso? Pero no, Dominick dijo que de ahora en adelante era algo que solamente harían juntos. Aquello me tranquilizó.

Y fiel a lo que Dominick había dicho, papá no entró en mi cuarto esa noche. ¿Era únicamente porque Dominick no estaba en casa? ¿Y quería eso decir que la primera noche que ambos estuvieron ahí, habían querido...? Después de todo, Dominick tenía el vibrador porque dijo que quería entrenarme y prepararme para...

Pero ninguno de los dos ha estado en casa al mismo tiempo. Dominick sigue teniendo

horarios imposibles, e incluso papá ha estado fuera más de lo habitual a medida que el hospital se esfuerza por recaudar tantos dólares de los patrocinadores como le sea posible para la fecha límite de la junta, si es que quieren que la nueva ala oncológica del hospital sea aprobada. Sé que todo eso le estresa, a pesar de que trata de dejar el trabajo en el trabajo.

Me esfuerzo por no dejar que mi propio estrés haga acto de presencia. Sí, tengo clases, pero también es la incertidumbre persistente sobre la situación en casa.

No soportaría que papá ni Dominick adivinasen que son ellos la causa de mi ansiedad. Y mientras más me alejo de esa primera experiencia sexual, más convencida estoy de que solo reaccioné de forma inmadura a todo lo que pasó. Claro que el sexo duele la primera vez; era virgen, por amor a Dios. Mi himen tenía que romperse. Eh, ¿sí? ¿Es que sabía algo de biología?

Además, aunque no había visto a Dominick tanto como me gustaría —bueno, para ser honesta, es que apenas le he visto— me ha estado dejando regalitos en mi cómoda, donde tengo mis cosas para el cabello y el maquillaje.

Dios, me sonrojo solo de pensar en eso. La primera vez que abrí el cajón para sacar mi cepillo y vi lo que me había dejado, solté un grito y casi la cerré de golpe otra vez. Como si estuviera apenada de que alguien más lo viera, o algo así. Fue tonto, pues claro que no había nadie más ahí. Seguía sintiéndome absurdamente avergonzada al volver a abrir el cajón y leer la nota con la caligrafía desastrosa de doctor que tiene Dominick.

*Usa esto siempre que puedas durante los próximos días. Déjate dentro cuando vayas a la facultad y piensa en mí. Prepárate para mí, hermosa.*

Junto a la nota había un pequeño tapón anal y un tubo de lubricante. Cada tantos días dejaba un tapón más grande y una nueva nota.

*No te figuras cómo me pone imaginarte caminando por ahí con mi presente dentro de ti. Estoy tan duro todo el rato que apenas puedo concentrarme. Pronto serás mía en todos los sentidos, hermosa.*

Y pocos días después, tras el largo fin de semana que pasé metida en la biblioteca escribiendo mi trabajo, finalmente le veo. Es martes por la mañana. Me quedé despierta hasta muy entrada la noche terminando el trabajo y apenas tuve tiempo para bañarme, correr por las escaleras y coger un cruasán antes de salir por la puerta. Él acababa de entrar, con aspecto exhausto tras uno de sus turnos nocturnos.

—Hermosa —dice con agradable sorpresa cuando abre la puerta para hallarme del otro lado, colocándome la mochila y el bolso por encima del hombro.

—¡Dominick! —Suelto mi mochila de inmediato y me abalanzo hacia él—. Te he extrañado tantísimo.

Lo beso y él me levanta, acercándose a sí y devolviéndome el beso con la misma ferocidad.

—Ustedes dos, no olviden respirar —dice papá acercándose a nosotros.

Papá hace que me vuelva hacia él y también me besa en los labios. Los labios de Dominick eran cálidos y sabían a chocolate, lo que me provoca una sonrisa porque sé que es uno de sus truquillos cuando está cansado en el trabajo: se come pedacitos de chocolate para ayudarse a estar despierto. Los labios de papá son más fríos y saben a menta. Probablemente acababa de beber del agua filtrada del refrigerador, fría y vigorizante, y también se lavó los dientes.

Tan pronto como papá se aparta, fijo la vista en Dominick. ¿Se molestará porque papá me besó?

No, sigue sonriéndome como si nunca hubiera estado más contento de ver a alguien en su vida. El alivio me inunda. Yo me pongo de puntitas y beso a Dom de nuevo. Mmm, sabe a chocolate. Su lengua se enreda con la mía y entonces siento un cálido cuerpo a mis espaldas y

unas manos que acarician mi trasero.

Papá estruja y masajea mi trasero por encima de mis vaqueros, y luego se pega contra mi cuerpo, oprimiéndome contra Dominick.

—Dulce, dulce niña mía —susurra papá—. Mírate, con tantas ganas de lanzártele encima a tu hermano mayor.

Siento la calidez de su aliento en la nuca, pues tengo el cabello recogido.

—Pero no puedes llegar tarde a tus clases —continúa y se aleja, pero no sin asestarme un sonoro *plaf* en el culo.

Suelto un gritito ahogado, pero entonces me río. Dominick se aparta de mis labios, aunque no sin dejar de sostenerme por otro largo segundo antes de soltarme.

—¿Necesitas que te lleven a la facultad? —me pregunta, buscando mis ojos.

Sonrío ante su dulzura. Acababa de llegar de un turno extraordinariamente largo, ¿y se ofrece a llevarme a la facultad?

—Estoy bien, ve a dormir un poco.

—Yo puedo llevarla —dice papá—. Me queda por el camino.

—Puedo coger el autobús como de costumbre —comienzo a protestar, pero los dos hombres ya están negando con la cabeza.

—Parece que va a llover —dice Dominick, y mira a papá—. ¿La llevas tú?

Papá me frota el hombro y deposita otro beso ahí.

—Siempre.

Los dos hombres intercambian una mirada que no puedo descifrar, y papá recoge mi mochila del suelo.

—Pongámonos en marcha, dulzura. No quiero que lleguemos tarde.

Estiro la mano y aprieto la de Dom, y entonces salgo con papá. Dominick tenía razón: sí que empieza a llover camino a la facultad, y me alegra no estar ahí afuera. La ida solo toma veinte minutos, y por un momento papá y yo nos quedamos oyendo las noticias matutinas de la radio. Cuando estamos a cinco minutos de llegar, papá la apaga y yo lo miro sorprendida. Se queda viendo el camino mientras el parabrisas se mueve vigorosamente para despejar la lluvia de la ventana.

—De verdad espero con ansias el baile de padres e hijas del jueves.

—También yo. —Le sonrío y vuelvo los ojos al camino por un segundo.

—¿Ya tienes vestido?

Asiento y entonces me doy cuenta de que vuelve a tener la vista fija en el camino.

—Sip. El abuelo me ha dado una mesada para este tipo de cosas. Me compré uno muy bonito este fin de semana.

—¿De qué color es? —La pregunta de papá sale con brusquedad, y por algún motivo, siento que es algún tipo de prueba.

—Malva —digo sin saber cuál es la respuesta correcta. Aclaro más—: Es como un rosa claro.

Papá se relaja y sonrío.

—Bien. —Vuelve a mirarme por un breve instante—. Necesitaba saber qué color de ramillete escoger.

—Ah —respondo, todavía algo confundida.

Entonces extiende una mano y la posa sobre mi rodilla.

—Estoy muy orgulloso de ti por saber vestirte como una señorita. No eres como otras chicas de tu edad que se visten como zorras.

Aparca el auto a un lado del camino frente a mi edificio de inglés y se inclina hacia mí.

—Excepto cuando estás siendo la zorrilla de papá, claro. —Mordisquea el lóbulo de mi oreja y no puedo evitar el jadeo que provocaron sus palabras.

Pestaño mientras él se aparta. Hace que todo suene tan sucio, pero a la vez me estoy revolviendo en mis vaqueros. Papá es, desde luego, mucho más vulgar que Dominick, pero pienso que esa es solo su forma de ser. Le gusta provocarme esta reacción.

El hecho de que ahora esté usando la tercera talla de tapón anal en el culo no ayuda. La verdad es que los dos son terriblemente sucios, y ambos me están arrastrando a sus juegos con sus propias maneras.

La mano de papá en mi pierna se mueve para acariciar mi muslo de arriba abajo, deslizándose más y más hacia la cara interna del muslo.

—Ten un día maravilloso, dulzura —dice en voz baja.

Esos ojos verdes suyos arden con intensidad, como si me estuviera retando a quedarme en el coche con él.

—¡Vale, adiós! —digo y abro la puerta con fuerza.

Corro a toda velocidad debajo de la lluvia, cruzando la corta distancia hacia el edificio, y uso mi cuerpo para abrir la puerta de un empujón. Para cuando me vuelvo y miro por la puerta de vidrio, respirando tan fuerte que estoy jadeando como si hubiera corrido un kilómetro, el auto de papá ya se ha ido.

## CAPÍTULO 11

El jueves llega volando. Siento que el baile entre padres e hijas tiene un significado simbólico; que papá y yo saliéramos ante el mundo oficialmente como padre e hija hacía que esto fuese, no sé, más real.

Me está presentando al mundo de sus colegas y amigos como su hija.

Sí, eso pasó en la boda, más o menos, pero apenas le conocía. Desde luego que no lo llamaba papá en ese entonces, y nuestro nivel de intimidad no era nada comparado con lo que es ahora.

Tardo dos horas en arreglarme entre la ducha, el cabello y el maquillaje. Primero intento con un peinado elegante y maduro, pero en el último momento reconozco instintivamente que a papá no le gustará. También llevaba mucho maquillaje. La sombra de ojos por la que opté me da un aire de sofisticación que a mí me gusta, pero puedo imaginármelo frunciendo el entrecejo al verlo. Así que la última media hora la paso usando mi desmaquillante y apresurándome a empezar desde cero.

Me decido por algo natural y simple. En vez de usar pintalabios, me decanto por un resplandeciente brillo de labios que tiene un tinte rosa muy, muy suave. Mi cabello sigue ondulado por el peinado recogido que traté de hacerme, pero ahora lo tengo suelto y los oscuros y largos mechones de cabello caen por mi espalda, fijados con un prendedor a los lados de mi rostro para realzarlo.

Me hace lucir muy joven. Seguro a papá le encantará.

Me pongo el vestido y subo la cremallera hasta donde alcanzo. Luego voy al cuarto de Dominick y toco la puerta.

Él la abre, y luce absolutamente guapo con su esmoquin. Abre los ojos de inmediato cuando me contempla.

—Cielos, Sarah —exclama—. Eres una diosa.

Me río por su exagerada reacción y me vuelvo, haciendo mi cabello a un lado.

—¿Me subes la cremallera?

Aunque oficialmente es un baile entre padres e hijas, otros miembros de la familia e invitados también pueden asistir al evento.

Dominick acaricia la piel de mi espalda con los dedos, trazando un camino por mi columna vertebral y haciendo que me estremezca antes de que prosiga a subir la cremallera de mi vestido.

Yo me doy la vuelta, alisándome la falda del vestido. Es un vestido de gasa de seda, sin mangas y que llega hasta el suelo, con un escote corazón; todo está hecho a la medida para que se adapte perfectamente a mi pequeño cuerpo. Tengo puestos un par de tacones con tiras que me ofrecen unos centímetros de altura para casi poder llegarle a Dominick a la barbilla.

—¿Seguro que me veo bien? —le pregunto con nerviosismo.

—Te ves preciosa. —Se inclina para besarme, pero yo lo aparto con una manotada.

—¡No me beses! Vas a arruinarme el maquillaje. Quiero que papá me vea mientras todo esté perfecto.

Él baja la mirada y me sonrío.

—Mi pequeña perfeccionista. —Extiende el brazo—. ¿Vamos?

No puedo evitar el saltito y las vueltas que hace mi corazón. Cielos, de verdad es irresistiblemente hermoso.

—Tú tampoco te ves tan mal —logro decir, con la garganta repentinamente seca. Entonces pongo mi brazo en el suyo y él me lleva escaleras abajo.

La reacción de papá es igual de gratificante. Nos está esperando al final de las escaleras.

—Dulzura, nunca te has visto más hermosa que ahora. Podría comerte. —Me aparta del brazo de Dominick y, antes de que pueda decir nada sobre que echará a perder mi maquillaje, me devora los labios.

Bueno, al menos traje mi brillo labial para retocarme en el bolsito que cogí a último momento.

—Vamos, papá —bromea Dominick—, no quiero llegar tarde a tu gran evento. Después de todo, todos los patrocinadores estarán ahí.

Papá se separa para respirar y le da una palmada a Dominick en la espalda. Por un segundo hay una pequeñísima pizca de tensión que a veces siento que percibo entre ellos dos, pero al siguiente instante papá se está riendo y me escolta para salir.

Y me lleva a una limosina que espera en la calzada.

Una *limusina*. Miro a papá y sacudo la cabeza. Él me está sonriendo, observándome y aguardando a ver mi reacción.

—¿Qué hiciste? —le pregunté.

—Como dijo Dominick, es mi fiesta. Tengo que llegar con estilo. —La sonrisa de papá se hace más amplia.

Cuando avanza, el chófer sale y rodea el vehículo para abrirnos la puerta. Papá levanta la mano y me hace un gesto para que entre de primera.

—Señorita —dice inclinándose.

Me río por lo ridículo que se está comportando y acepto su mano que me ayuda a entrar al coche. Dominick también está ahí, levantando mi vestido para que no lo pise accidentalmente al entrar. Me siento como en un cuento de hadas, excepto que Cenicienta nunca tuvo tanta suerte como para tener *dos* Príncipes Encantadores.

Me siento y no dejo de sentirme abrumada. Y ni siquiera hemos llegado a la fiesta todavía.

UN PAR DE HORAS DESPUÉS, la sensación de aturdimiento no ha disminuido.

El baile se celebra en un hotel rascacielos en el centro de la ciudad, y queda claro que no se reparó en gastos. Los candelabros de cristal son parte del hotel, pero cada mesa cuenta con arreglos florales enormes y exóticos. La vajilla es exquisita, y la orquesta, fantástica.

He perdido la cuenta de las veces que papá me presentó como «mi hermosa hija». Ha relatado la historia de su solitaria existencia antes de casarse con mi madre y que nunca se esperó heredar el increíble regalo de una familia ya lista.

Nunca se adivinaría que mamá no figura en escena con el retrato de familia feliz que él pinta. Pero en serio, aparte de su presencia ficticia, tengo que admitir que todo lo demás que dice

parece como si fuera completamente cierto.

Me sentía tan dolorosamente sola antes de que se mudaran a vivir conmigo, y ahora todo es rico y pleno gracias a ellos. Ahora tengo una familia. El hecho de que pueda ir a una velada completamente glamorosa con ellos es la guinda del pastel.

Y no mentiré, el pastel es increíblemente exquisito. Toda la cena es gourmet: salmón sellado con espárragos, pimientos y patatas de guarnición. Y luego las tartas individuales de chocolate más maravillosas y estupendas que existen.

Dominick podía ver lo embelesada que estaba con la mía, así que me dio la suya. Lo sé, ¿Dominick, el del agujero negro en el estómago, sacrificando de verdad un delicioso postre? Si eso no demuestra su amor, entonces no sé qué lo hará. Pero a estas alturas sé que esa es su forma de ser: siempre me cuida de todas las maneras posibles.

Y si no había sospechado que esta noche era *la* noche, me lo confirmó cuando me envió un mensaje diciendo que, cuando fuera al baño, también debería estirar mi sexo con varios dedos para que pudiera estar completamente cómoda luego.

Ni siquiera lo había considerado, pero qué idea tan buena. Un estiramiento previo. Como en el gimnasio, pero, claro, para otras actividades bastante atléticas. Me reí disimuladamente mientras me ocultaba en el cuarto de baño, me levanté mi hermoso y refinado vestido rosa, y me masturbé. Vaya secretito tan sucio y delicioso.

Me lavé las manos dos veces después de aquello, pero juraba que todavía podía sentir mi olor al beber mi sidra espumosa mientras papá daba un discurso en el podio sobre que la expansión del ala de oncología nunca habría sido posible sin los amables patrocinadores que estaban presentes esta noche.

Ayer, justo antes de que volviera a casa, se enteraron de que el hospital alcanzó la meta de recaudación. Lo de esta noche es una celebración en todo el sentido de la palabra.

—Y ahora —anuncia papá desde el podio—, que empiece el baile. Invito a todos los padres e hijas a la pista de baile. Personalmente estoy muy entusiasmado de invitar a la nueva integrante de la familia, mi hermosa hija Sarah, a que baile conmigo esta noche. —Alarga una mano hacia nuestra mesa—. ¿Sarah?

Las cabezas se vuelven en mi dirección y siento que mis tontas mejillas se encienden. Pero detesto la idea de decepcionar a papá, así que me apresuro a ponerme en pie.

«Por favor, no te tropieces. Oh, Dios, por favor no me dejes tropezar».

Enderezando los hombros, sonrío lo más alegremente que puedo y camino hacia papá, que se ha ido al centro de la pista de baile.

Papá me sonríe, mostrando sus dientes blancos, y sus ojos verdes brillan bajo el candelabro. Se ve más guapo que nunca. Cuando levanta un brazo y apoya la otra mano en mi cintura, me alegro de no ser la niñita ignorante que era hace tantos meses y que ni siquiera sabía bailar. Si la vida se trataba de descubrir quién eras, entonces los últimos seis meses han sido un curso intensivo cojonudo.

Sonrío ante el pensamiento mientras levanto una mano hacia la suya con confianza y pongo la otra en su hombro. La música comienza y él me mece de un lado al otro mientras una canción dulce y sentimental sale de los altavoces. La pista de baile se llena de otros padres e hijas y pronto nos perdemos entre la multitud. Papá me acerca más hacia él y, a medida que avanza la canción, apoyo la cabeza contra su pecho.

Siento el *déjà vu* de la primera vez que bailamos así, cuando este hombre entró en mi vida y tuve una corazonada de lo importante que sería para mí. Ni siquiera me había dado cuenta de lo de Dominick. No tenía ni idea de cuán profundas serían nuestras intimidades. Quizás aún no la

tengo.

Lo de esta noche.

Me revuelvo por la sensación de tener el trasero lleno. Una parte de mí pensaba que no había forma de que me dejara puesto el tapón en una ocasión tan elegante como la de esta noche, pero el diablillo en mi interior se preguntaba lo deliciosamente travieso que sería estar vestida tan inocentemente con este perfecto vestido rosa, mientras tengo un juguete enterrado detrás que me hiciera recordar bien lo que Dominick quiere hacerme más tarde. El diablillo ganó.

Imaginar el constante estado de excitación de Dominick me ha mantenido en un estado de estimulación casi permanente durante toda la semana, pero tampoco he hecho nada al respecto. Se habría sentido como hacer trampa. Y saber que lo de esta noche se acerca... sea lo que sea que pase esta noche...

Dios, lo único que me impidió venirme cuando estaba estirándome la vagina ahora en el baño de mujeres fue el flujo constante de personas que entraban y salían de los otros baños. No creía que pudiera ahogar mis gritos si me permitía siquiera comenzar a tocarme bien. Además, he esperado tanto tiempo. ¿Qué son unas horas más?

—Eres una chica tan buena —me susurra papá al oído—. Has esperado con tanta paciencia.

Vaya. Lo miro fijamente. Es como si pudiera leerme los pensamientos. ¿Dominick le ha contado sobre los tapones?

—Yo también he sido paciente —prosigue—. Dominick dijo que teníamos que dejar que te sanaras por completo. —Me estruja la mano con más fuerza mientras baja la voz—: Pero papá te ha echado de menos, dulce niña mía.

Cuando lo miro de nuevo a los ojos, están llenos de una necesidad y un deseo tan crudos que parece que está a punto de tirarme al suelo en medio de toda esta gente y poseerme justo aquí.

Pero entonces, como si también él se diera cuenta del sitio donde estamos, se aparta de mí y suaviza sus expresiones para que se vean más benignas.

—Las cosas buenas llegan a los que saben esperar. —Es un murmullo, y no sabría decir si me lo está recordando a mí o a sí mismo.

La canción sigue sonando, y justo cuando suenan las últimas notas, de repente unas manos me echan hacia atrás para apartarme de las manos de papá.

¿Qué...?

—¿Entonces este es mi reemplazo?

Una mujer con un ajustado vestido negro y el cabello recogido en coletas me agarra el antebrazo con tanta fuerza que me va a dejar marcas de arañazos con sus afiladas uñas.

—¡Ay, déjame ir!

Me aparto de ella, pero me tiene sujeta con un apretón de muerte. Me sacude con brusquedad, sin dejar de mirar a papá.

—¿Qué tiene ella que yo no tenga? —chilla.

Ahora que la veo mejor, me doy cuenta de que se ha maquillado cuidadosamente para tratar de parecer una muñeca: mejillas sonrosadas, maquillaje para que sus ojos se vean más grandes, labios pintados con una pequeña forma de corazón, aunque no sea la forma natural de su boca.

A pesar de que supongo que a la distancia el efecto se ve impresionante, de cerca no es más que grotesco. Papá avanza hacia ella y tuerce la boca con disgusto.

—Vete de aquí, Janine. Te he dicho que ya no te quiero.

Me pellizca la piel aún más fuerte con las uñas.

—¡No lo dices en serio!

Papá la mira, enderezándose y cerniéndose sobre nosotras.

—Estás montando una escena —sisea entre dientes.

No se equivoca. Todos a nuestro alrededor se han vuelto para ver qué está pasando.

—No me importa —dice Janine—. Necesitan saberlo. Yo soy tu dulce niñita, no ella.

Todavía me tiene aferrada, pero sus palabras me afectan tanto que me tambaleo hacia atrás y ella finalmente pierde el control. Está demasiado ocupada tratando de acercarse a papá.

Parpadeo.

—Sarah, ¿estás bien? —Dominick corre y me atrapa antes de que me tropiece con alguien de la multitud que nos rodea.

Janine se gira al oír su voz.

—¡Dommie, haz que papá me escuche! —lloriquea.

Sus palabras son como una flecha que me atraviesa el corazón.

Ahora comienza a acercarse a Dominick, pero papá la agarra y se la lleva lejos de la multitud. Ella se aferra a sus solapas, pero mira por encima del hombro a Dominick, que me está sujetando.

—No, también quiero a Dommie. ¡No me siento bien sin los dos!

Me doblo, sintiendo que me han sacado todo el aliento. Dominick me frota la espalda, pero me aparto de él. Aire. Necesito aire. Empiezo a moverme tan rápido como mis estúpidos tacones me permiten en la dirección opuesta a la que papá se llevó a *esa mujer*.

No, no es tu papá. Cielos, ¿qué tan patética he sido todo este tiempo? ¿Qué número de la lista soy yo, de todos modos? ¿Cuántas veces han hecho esto y con cuántas mujeres?

Y me había sentido tan especial. Pensé que todo esto sucedió espontáneamente.

Tan naturalmente.

Porque éramos familia. Pensé que esa palabra tenía algún significado. Dios, qué estúpida soy. Llego al final de la pista de baile y me quito los zapatos, me subo el vestido y empiezo a correr.

—Sarah —llama Dominick—. ¡Espera, Sarah!

Sigo subiendo las escaleras hasta la zona que conduce al vestíbulo del hotel. Pero, aunque no tenga los zapatos puestos, por supuesto que mis pasos no son nada en comparación con los que dan las largas piernas de Dominick. Me alcanza fácilmente y me agarra por la cintura.

—No. —Le golpeo el pecho cuando intenta abrazarme—. Suéltame, ¡no quiero escuchar tus excusas!

—Para. Espera, no es lo que...

Le golpeo el pecho, los hombros, la cara. Él me esquivo y vuelve a intentarlo:

—Sarah, solo dame un segundo...

Pero no quiero. No le daré ningún segundo. Ya estoy harta de que me tomen por tonta. Estúpida e ingenua Sarah, ¿es eso lo que pensaban? Y cielos, sí que lo era, ¿o no?

Sigo golpeándole el pecho con furia. Duele. Cielos, nunca pensé que algo pudiera doler tanto, y quiero que a él también le duela...

—Para —dice Dominick de nuevo, y esta vez me agarra las muñecas con una mano.

Lucho contra él, pero es inútil. Los chicos estúpidos son muy fuertes. Gruño de frustración mientras sigo tratando de liberar mis manos.

Sus mejillas han adoptado un tinte rosa por la frustración cuando me mira.

—Si vas a actuar como una niña, bien; te pondré encima de mi hombro como si fueras una y te llevaré a algún lugar donde te obligaré a escucharme —amenaza.

Me burlo de él y pongo los ojos en blanco. Y lo siguiente que sé es que estoy boca abajo, pues me ha cargado y subido sobre su hombro.

—¡Bájame! —grito—. ¡Grandísimo patán! —termino por decir a falta de un mejor insulto.

Él abre una puerta de un empujón y cuando miro a mi alrededor —desorientada por estar, bueno... ¡boca abajo!— me percató de que, de nuevo, estamos en otro cuarto del baño.

—Oh, no, no, señorito —gruñí—. Será mejor que ni se te ocurra que voy a...

Pero, de repente, el mundo se pone de cabeza otra vez cuando él me vuelve a poner en pie. Parece que el baño de varios compartimentos está vacío, pues Dominick cierra la puerta con llave; después se queda de pie frente a ella y se cruza de brazos, como un tipo de centinela vikingo.

—¿Qué estás...? No puedes... —Intento apartarlo del camino y llegar a la puerta, pero es un gigante completamente inamovible.

Dejo escapar un enorme bufido de frustración y también me cruzo de brazos. Le doy la espalda, lo que realmente no ayuda pues todavía puedo ver su reflejo en los múltiples espejos del baño. Obstinadamente, cierro los ojos con fuerza.

—Puedes encerrarme aquí hasta que alguien le notifique a la seguridad del hotel, pero no voy a hablar contigo —anuncio levantando la barbilla.

—Bien —dice, exhalando tan fuerte que puedo escuchar lo frustrado que está.

Incluso sin mirarle, puedo imaginarme cómo se pasa la mano por los suaves mechones de cabello. Maldita sea, odio conocerlo tan bien.

No, Sarah, eso no es cierto. No lo conoces en absoluto. Todo fue una trampa. Fingir intimidad. Todo lo que esto ha sido es un gran engaño; un juego que él y su padre han jugado muchas, muchas veces ya. Aquel pensamiento es como una lanza en mi pecho y todo lo que me apetece es hacerme un ovillo en uno de los baños y poner alguna barrera entre nosotros, incluso si esta es tan endeble como la puerta de un baño.

—Si no vas a hablar, entonces escucha. Janine no es una mujer sana. No lo sabíamos cuando empezamos a salir con ella, y sí, los dos salimos con ella al mismo tiempo. Fue algo que probamos durante un tiempo.

Hago una mueca y me alejo de él. A pesar de mi determinación de no decir nada, tengo que hacer la pregunta:

—¿Cuántas mujeres... has compartido con él?

Otro fuerte suspiro suyo, y luego un silencio. Oh, Dios mío, ha habido tantas que ni siquiera puede recordar...

—Cinco.

Parpadeo. ¿Era más o menos de lo que esperaba?

Más de lo que quería, pero menos de lo que mis horribles fantasías habían comenzado a maquinan. Me froto los brazos de arriba abajo.

—¿Cómo comenzó?

Me vuelvo para mirarlo. Ha bajado los brazos, pero no se ha movido de la puerta. Sus ojos lucen suplicantes. ¿Suplican para que entienda? ¿Para que no le deje?

—Comenzó con mi tutora del instituto.

Me aparto de él. ¿Qué? No me esperaba eso.

—¿Cuántos años tenías?

Sus ojos se ven claros y firmes cuando responde:

—Diecisiete.

Me quedo boquiabierta.

—Abusó de ti.

Él se encoge de hombros.

—En verdad no lo pensé de esa forma en ese momento. Ella solo tenía veintiún años, y yo

estaba echando un polvo, así que estaba contento. Estaba combinando mi tercer y mi último año, así que me sentía lo suficientemente mayor. Estaba buena.

—Dominick, eso no hace que esté bien...

—Sí, bueno, eso no es todo. Resulta que ella también se estaba acostando con papá.

Mi boca, que acababa de cerrar, se abre de par en par otra vez.

—¡Vaya zorra!

Dominick se ríe de mi reacción.

—Papá nos pilló juntos, pero fue después de que yo recién cumpliera los dieciocho. En lo que a él le concernía, ella no se había acercado a mí hasta que cumplí la mayoría de edad. En fin, ella tuvo miedo de que él se enojara y perdiera los estribos.

Dominick se encoge de hombros de nuevo.

—Pero no pasó. Solo vino y nos hizo compañía. Bueno, ya que papá es papá... —Pone los ojos en blanco—. ...ella sí recibió un castigo, pero a su manera.

—Y tú estabas... —Hago una pausa, sin saber cómo decir esto con delicadeza—. ¿Estabas de acuerdo con eso?

Él mira hacia abajo.

—Papá y yo siempre hemos tenido una... cómo decirlo, una relación compleja. Yo estaba enfadado con la mujer por haberme engañado con papá. Quiero decir, que él nos pillara así fue como me enteré del asunto. Estaba herido, ella fue mi primera vez, y bueno, no sé.

Me mira y sonrío con modestia.

—Pensé que nuestros sentimientos por el otro eran más profundos de lo que obviamente lo eran. Supongo que pensé que acostarnos así con ella la jodería de alguna forma. —Niega con la cabeza—. Resultó que le gustaba bastante. Seguimos así los tres durante un rato, pero quedó en nada. Papá se consiguió una nueva novia y supongo que yo todavía estaba molesto por la tutora, así que... —dice sin terminar y vuelve a mirarme con sus oscuros ojos—. No estoy orgulloso de esta parte.

Hace una pausa como si no quisiera continuar. Con vacilación, doy un paso adelante.

—Dime. Quiero saberlo. —Trago en seco—. Quiero saberlo todo.

Él baja la vista.

—Bueno, sabía que tenía una nueva novia, así que la seduje para vengarme de él. —Él mira hacia arriba, con ojos cautelosos, y obviamente preparándose para mi reacción—. Te dije que fui muy competitivo con él por un tiempo. Así que eso es lo que hicimos. En cierto modo competíamos con mujeres, acostándonos con ellas, pero cada uno tratando de superar al otro en secreto.

Vuelvo a tambalearme hacia atrás.

—¿Es eso lo que están tratando de hacer conmigo?

Pienso en la forma en que cada uno ha venido a por mí por separado, con sus diferentes estilos seductores, y se me empieza a revolver el estómago.

—¡Cielos, no! —dice Dominick, finalmente alejándose de la puerta y acercándose a mí.

Sin embargo, levanto una mano para detenerlo. Parece muy sincero, pero ¿de verdad puedo confiar en él después de todo lo que acaba de admitir?

—Háblame de Janine.

Traga saliva, pero no aparta la mirada. Ya me puedo dar cuenta de que no me va a gustar lo que estoy a punto de escuchar.

—Yo me estaba haciendo mayor, había comenzado mi residencia en el hospital y papá y yo estábamos tratando de hacer las paces, de cambiar las cosas entre nosotros. Quería empezar a

salir con mujeres por mi cuenta, pero papá me convenció de seguir haciendo lo que estábamos haciendo, aunque de otra manera. Decidimos que entraríamos en una relación y que todas sabrían de antemano en qué se estaban metiendo. Papá obviamente tiene ciertas fantasías con las que le gusta jugar. —Me mira con complicidad y yo asiento, entendiendo lo que quiere decir. Todo el asunto de llamarle papi—. Así que buscamos a una mujer a la que le gustara jugar de la misma manera. Encontramos a Janine en un club BDSM del que papá había oído hablar.

Mis ojos deben haberse abierto de par en par al oír el acrónimo porque Dominick levanta ambas manos.

—Ninguno de los dos está interesado en el resto de esas cosas, pero no es exactamente como si se pudiera publicar un anuncio en Internet y decir «busco a una chica a la que le gusten los azotes y que te llame papá». —Hace una mueca—. Bueno, estoy seguro de que podrías, pero... bueno, sin comentarios.

Se estremeció.

—En todo caso, pensamos que podríamos encontrar a alguien con... gustos similares, ya sabes. Pero no fue más que un desastre. Janine era divertida al principio, pero estaba realmente necesitada. Estaba claro casi desde el principio. Y pronto empezó a rayar en acoso.

—Vaya.

—Sí. —Asiente—. Se aparecía en nuestros trabajos, vestida con unos extraños atuendos de niña pequeña, llorando y montando escenas cuando papá o yo no la atendíamos. Tuvimos que pedir órdenes de alejamiento. Resulta que es bipolar y que además consume coca. Pagamos para que fuera a rehabilitación una vez, pero no teníamos más de un mes de estar saliendo. —Levanta las manos—. Y sentimos que no había mucho que pudiéramos hacer por ella que no fomentara su obsesión. Hablamos con el club donde la conocimos y uno de sus antiguos dominantes dijo que hablaría con su familia y vería si podían ayudar. La última vez que supimos de ella fue cuando tuvimos que llamar a la policía un mes antes de que papá se casara con tu madre.

Lo cual había hecho porque necesitaba la influencia y las conexiones del abuelo. Hoy vi a muchos amigos del abuelo en el salón de baile; patrocinadores para la nueva ala del hospital cuando papá había necesitado la última entrada de dinero para fortalecer el proyecto. Fue posible gracias al abuelo, supuse. Sus amigos ricos eran gente de bastante dinero.

—¿Y entonces me conociste? —le cuestiono, poniendo la última pieza del rompecabezas en su lugar.

Dominick asiente.

—Y no eras como nadie ni nada que hubiera visto antes.

Me quedo de pie, procesando todo lo que ha dicho.

—Por favor, ¿puedo abrazarte ahora? —Avanza antes de detenerse de nuevo, con el entrecejo fruncido, como si algo le doliera—. Me estás torturando.

Cielos, ¿creía que era el único? Yo estoy dudando de él, preguntándome si todo lo que pensaba que sabía era una mentira. Me he sentido torturada por dentro desde que esa mujer me puso las manos encima en el salón de baile.

Pero si todo lo que dijo Dominick es cierto, entonces no es más que eso: el pasado. Es ingenuo imaginar que vendrían a mí con un historial completamente en blanco. Dominick tiene veinticuatro años, y papá es veinte años mayor, obviamente. No me conocían. No es justo juzgarlos por las cosas que hicieron en ese entonces.

—Nunca imaginamos que encontraríamos a alguien tan perfecta como tú —susurra Dominick, dando otro paso adelante—. No tienes idea. Había renunciado incluso a esperar que sucediera, pero entonces te conocí. Y como dije, esa primera noche en la boda, tu belleza, tu

inocencia, cielos; simplemente llamabas la atención como un faro brillante, estabas aparte de todos los demás en esa fiesta.

Trago saliva cuando al fin acorta el último espacio entre nosotros. No me abrumba ni intenta besarme. Simplemente se agacha y toma mis dos manos de forma vacilante.

Me quiebro en el segundo en que siento su piel cálida tocar la mía. Me arrojo a sus brazos.

—Oh, Dios, Dom —exhalé, apretándolo por la cintura—. Estaba tan asustada de que todo fuese una mentira.

Me rodea con los brazos y me envuelve con la misma fiereza.

—Nunca. Diablos, Sarah. Nunca dudes de lo que siento por ti. Te quiero. Juro que nunca le he dicho esas palabras a otra mujer y nunca lo haré. Eres la primera y la última.

Sacudo la cabeza en su pecho.

—Todo parece demasiado bueno para ser verdad.

Él me estruja con más fuerza. Algo en su pecho vibra contra mi mejilla. Debe tener su móvil en el bolsillo del abrigo. Él lo ignora, pero sigue sonando; la persona obviamente ha vuelto a llamar por segunda vez.

—¿Tienes que cogerlo? —le pregunto al fin.

Él suspira.

—Estoy seguro de que es papá preguntándose en dónde estamos.

—Ah. —Me alejo—. Deberías avisarle.

Dominick me mira y no puedo leer la expresión de su rostro.

—¿Es eso lo que quieres?

Asiento sin estar segura de cuál espera que sea mi respuesta.

—Eh, ¿sí? Quiero que sepa que estoy bien después de lo que pasó.

Dominick saca el móvil de su bolsillo, pero su dedo se detiene antes de presionar el botón para devolverle la llamada. El móvil comienza a vibrar nuevamente. Me sujeta la barbilla, asegurándose de que lo mire directamente a los ojos.

—Si atiendo la llamada, papá tendrá ciertas expectativas sobre esta noche y lo que sucederá después. ¿Estás lista para eso?

Levanta el móvil, que sigue zumbando.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer. Puedo apagarlo y llevarte a donde quieras ir si sientes que el día de hoy ha sido demasiado para ti. Podríamos ir a ver una película o comprar un perrito caliente a que un vendedor ambulante y caminar por ahí por horas. —Sus ojos buscan los míos con una expresión muy seria—. Lo que quieras. Siempre será tu decisión. Tú eliges.

Puedo darme cuenta de que habla completamente en serio. Y sus palabras, combinadas con el saber que estará a mi lado en cada paso del camino, me da el valor para quitarle el móvil, presionar el botón de contestar y responder:

—¿Papi? Ven a buscarnos.

## CAPÍTULO 12

Papá toma todo el control apenas entramos en la habitación del hotel en el piso de arriba.

—Dominick, quítale el vestido a tu hermana. Y tú, bebé —me ordena con ojos hambrientos mientras chasquea los dedos, señalando el suelo—, arrodíllate.

Mi estómago da un salto de ansiedad al oír el tono de orden en la voz de papá, pero no puedo negar el correspondiente hilo de humedad en mi sexo.

Dominick obedece, me desabrocha el vestido y me ayuda a quitármelo. De nuevo dependía en el sujetador incorporado del vestido, así que quedo desnuda, con tan solo un fragmento de bragas blancas de encaje. Dominick me ayuda mientras me pongo de rodillas. Mis piernas están tan temblorosas que agradezco que su mano fuerte sostenga la mía. Mis ojos van y vienen entre la sonrisa confiada y cariñosa de Dominick y la expresión oscura y melancólica de papá.

La mandíbula de papá se tensa cuando se quita la pajarita y la tira al suelo. Ha tenido el mismo aspecto de tensión en su rostro desde que llegó y nos encontró fuera del baño de hombres en el vestíbulo.

—Has sido una niña muy traviesa, huyendo así sin dejarnos explicar —dice papá, y sus ojos se oscurecen aún más.

Se quita la chaqueta y se desabrocha los botones de su camisa de vestir, viéndose más frío y furioso cada segundo que pasaba.

Alarmada, me vuelvo para mirar a Dominick. Está mirando a papá, pero se agacha y me da un apretón en el hombro. Mi respiración se normaliza ante su mirada serena. Aunque la última vez que estuvimos los tres juntos él parecía tener un papel subordinado al de papá, esta vez está de pie justo a mi lado. Dominick también comienza a desvestirse, pero a un ritmo pausado.

—Sí ha sido una niña traviesa —coincide Dominick—. Creo que disfrutaremos dándole a nuestra pequeña su castigo, ¿no crees?

Fijo la mirada en Dom, pero él solo me guiña un ojo. Ahora se ha quitado la camisa y, diablos, se ve tan delicioso a mi lado llevando solo pantalones, con el pecho gloriosamente ancho a la vista y el cabello rebelde peinado hacia un lado. Se ve incluso más fornido que papá, y los músculos de sus brazos sobresalen. Se ha quitado los zapatos y los calcetines, y juro que incluso sus pies son masculinos. Verlo de pie a mi lado, tan divino y glorioso, es increíblemente sensual. Como si pudiera leer mis pensamientos, sonrío con picardía.

—Mira el apretado culito de nuestra dulce niña, esperándonos —dice Dominick. Se agacha y agarra mis nalgas, masajeándolas y separándolas.

Es entonces cuando hace una pausa y me mira con sorpresa. Supongo que no esperaba que tuviera el tapón puesto esta noche. Una breve mirada de alarma cruza su rostro, pero luego sonrío de una manera que parece un poco falsa mientras mira a papá.

—Mi hermanita está lista para nosotros. La he estado preparando.

—¿Qué quieres decir? —La voz de papá, ya tensa, se vuelve un poco más oscura.

—Quería que esta noche fuera perfecta para ella —dice Dominick, con toda confianza.

Luego sujeta mi ropa interior por la parte de atrás, justo por encima de mi trasero, y la rasga por la mitad. Un segundo después me saca el tapón anal y lo tira a un lado.

—Dios, no sabes cómo he soñado con esto, hermosa.

Se agacha y oh... Su lengua está...

*Allí.*

Está lamiendo mi entrada trasera una y otra vez. Ya de por sí se siente sensible porque he tenido el tapón puesto todo el día y...

—¿Qué demonios estás haciendo? —La voz enojada de papá me saca de la placentera neblina en la que comencé a sumirme.

En especial cuando me quita a Dominick de un empujón, tirándolo al suelo. El piso está alfombrado, pero, aun así, Dom apenas evita caerse de bruces.

Y papá no está ni cerca de terminar. Me agarra del brazo y me levanta del suelo, poniéndome detrás de él.

—¿Has estado corrompiendo a tu hermana? ¿Convirtiendo a mi dulce niña en una puta?

El rostro de papá está rojo cuando comienza a desabrocharse el negro y brillante cinturón que está alrededor de su cintura. Pensé que era una adición extraña a su esmoquin, pero debería haber sabido que lo usaba solo para este propósito. Me encojo ante la furia en su rostro mientras avanza hacia Dominick.

—Ponte en posición —ordena papá.

Pero Dominick se pone de pie de un salto, con los puños cerrados.

—No.

Papá parece sorprendido por un momento y luego su rostro se pone aún más rojo.

—¿Qué es lo que acabas de decirme?

Dominick aprieta la mandíbula.

—He dicho que no. O hacemos esto juntos como iguales o no lo hacemos. Sarah sigue siendo tan dulce y pura como siempre. —Hace a un lado a papá y se acerca a mí—. Ella es valiosa, hermosa y perfecta tal como es. Nada podría cambiar eso.

Dominick me pone la mano en la cintura y trago saliva, tanto por sus palabras como por la horrible tensión en la habitación. La forma en que se enfrenta a papá, tanto por él como por mí, cielos, hace que me den ganas de llorar y abrazarlo, y...

Entonces Dominick baja más la mano y me da un golpe en el trasero. No con mucha fuerza, ¡pero igual! Lo miro boquiabierto y él me sonrío.

—Sigo estando completamente a favor de castigar a la pequeña malcriada —dice—, pero solo cuando va acompañado de placer. —Su otra mano baja por la parte delantera de mi cuerpo y comienza a jugar con mi clítoris.

Entonces vuelve a mirar a papá con una expresión algo seria.

—Voy a hacer mío el culo apretado de mi hermanita esta noche. Creo que la haría sentir increíble tener otro pene llenando su dulce coñito al mismo tiempo.

Vuelve a darme una nalgada con otro sonoro *zas*. Chillo, aunque apenas duele. Cuando miro a papá, tiene los dientes apretados. Pero también parece confundido, como si no estuviera seguro de qué pensar sobre este giro de los acontecimientos.

Dominick no espera a que aclare sus pensamientos; simplemente me lleva a la cama y me inclina sobre ella, con el culo empujado.

—¿Le vas a dar el resto de su castigo o debería hacerlo yo? —pregunta Dominick.

Vuelvo la cara hacia un lado del colchón y miro a papá.

Papá mira a Dominick por un segundo.

—No creas que voy a olvidar esto.

Me giro para mirar a Dominick por encima del hombro, pero no parece intimidado ni preocupado en lo más mínimo.

—¿Te apuntas o no, viejo?

Al oírlo, papá entra en acción de inmediato. Sin embargo, no vuelve a atacar a Dominick. No, viene directamente a por mí.

A pesar de que lo estaba esperando, chilló cuando su palma aterriza con fuerza en mi trasero.

—Papá te va a follar muy duro esta noche —gruñe, asestándome otro golpe casi de inmediato—. Ustedes dos conspiran a mis espaldas.

Y luego otra nalgada, justo debajo de donde me pegó la primera vez.

—¿Un hombre hace todo lo que puede por sus hijos y así es como se le paga?

Después de azotarme varias veces, me da la vuelta como si no fuera más que una muñeca de trapo. Y probablemente significa que estoy más que echada a perder, pero que me traten con tanta rudeza... cielos, me está excitando.

Dominick nos acompaña en la cama mientras papá se mueve a rastras hacia mí. Sé que nada se saldrá de control si él está aquí. Y la electricidad que hay entre todos hace que el palpitar entre mis piernas sea más intenso de lo que lo había sentido antes.

—Ahora vas a tragarte el pene de papá como una buena niña —dice papá, sujetándome y colocándome en su regazo, donde procede a meter su gigante miembro en mi boca.

No estoy del todo lista, así que toso y me atraganto.

—Oh, maldición, eso es, niña. Ahógate con él, carajo. —Entra y sale de mi boca y choca con el interior de mi mejilla.

Cuando falla en meterme el pene en la boca, me da una bofetada en la mejilla con su gruesa cabeza.

—Chúpala. Chúpala.

Entonces me sujeta del cabello y me vuelve a meter el pene en la boca. Al mismo tiempo, Dominick se agacha y me abre las piernas. Con su lengua y dedos juega con mi vagina.

Gimo con el miembro de papá aún en mi boca, y lucho por lamerlo y chuparlo mientras él entra y sale bruscamente. Dominick se aferra a mi clítoris justo cuando papá me embiste la boca tan profundo que comienza a bajar por mi garganta.

Lucho y siento arcadas, pero él me sujeta la parte de atrás de la cabeza y se fuerza a sí mismo a entrar un poco más profundo. Dominick chupa aún más fuerte y... *no puedo respirar*.

El pánico y el placer luchan entre sí hasta que papá finalmente me suelta. Jadeo el tiempo suficiente para tomar una bocanada de aire justo antes de que vuelva a meterse en las profundidades de mi boca.

Es desorientador tener tan poco control de mi propio cuerpo. Si solo fuéramos papá y yo, estaría aterrorizada, pero Dominick está aquí. Confío en él completamente. Cree que esto me dará placer.

Se supone que no debo tener el control, así que me entrego a ello.

A ellos.

Digo, no puedo evitar sentir náuseas, es instinto natural de mi cuerpo el tratar de respirar cuando papá me está ahogando con su largo miembro. Pero trato de relajar la garganta tanto como sea posible. Intento chuparlo cuando puedo. Quiero ser una buena chica para ellos.

Y cuando la hábil lengua y dedos de Dominick que me estiran cumplen con su cometido y no puedo soportarlo más, lanzo un grito ahogado alrededor del miembro de papá.

Papá me aparta de él un momento después, y sus ojos oscuros tienen una expresión que he llegado a reconocer: es una mezcla de hambre y lujuria.

—Así es —gruñe—, grita por papá, dulce niña mía.

Pone su mano debajo de mi ojo y la arrastra hacia abajo, esparciendo el poco rímel que llevo por mis mejillas. Me doy cuenta de ello porque, cuando aparta la mano, sale con un color negro en ella.

—Ahora tengo que follarme a mi inocente bebé. Mira lo duro que has puesto a tu papi. Míralo. —Me agarra el cabello de la nuca otra vez y me da un tirón hacia abajo para que vea el enorme miembro con el que me estaba ahogando.

Cielos, parece incluso más grande que la última vez. Ni siquiera tenía un tercio de su tamaño dentro, sin importar cuánto intentara meterse en mi garganta.

—Ponte debajo de ella, papá —ordena Dominick—. Cerca del borde de la cama.

Papá fulmina a Dominick con la mirada, pero cuando su mirada hambrienta vuelve a posarse en mí, obedece. Él sonríe. Hay un brillo ligeramente maniaco en sus ojos que he visto antes.

—Es hora de llorar de nuevo por papá.

Pestañeo cuando se mueve hasta el borde de la cama y se tumba de espaldas, luego me arrastra y me levanta por la cintura para que lo monte.

Creo que me acabo de dar cuenta de algo. Me parece que, en el fondo, una parte de papá realmente quiere... lastimarme.

Eso es parte de lo que lo excita.

¿Dominick lo sabe?

Ni siquiera tengo tiempo para considerar la pregunta antes de que papá me agarre las caderas, se alinee con mi entrada y me embista brutalmente como un pistón.

Es impactante, por supuesto. Es tan grande y largo. Pero, a diferencia de las dos últimas veces, no siento como si me estuviera partiendo en dos. Entre los estiramientos que hice antes en el baño y Dominick que hacía lo mismo mientras me lamía hace un momento, cuando se me entrecorta la respiración ante la continua penetración de papá, es solo de placer.

Especialmente cuando siento la calidez de Dominick en mi espalda. Él está aquí. No me ha dejado.

—Joder, bebé —dice papá, embistiéndome con fuerza, como si follarme fuera un deporte olímpico—. Estás tan apretada. Tu coño casi virgen es un maldito paraíso.

Cierra los ojos y su rostro se tensa por el placer.

El dedo de Dominick, resbaladizo por el lubricante, hace presión en mi ano mientras me hace el cabello a un lado y me besa en la nuca.

—¿Todavía quieres esto, hermosura?

Roza el contorno de mi entrada trasera al mismo tiempo que papá entra y sale de mí, sujetando mis caderas como si se le fuera la vida en ello.

Miro a Dominick por encima del hombro. Ya puedo sentir lo sonrojada que estoy. Cielos, es tan ridículo. Papá me está follando hasta los huesos, mi cuerpo se sacude cada segundo cuando él toca fondo, pero todavía me siento un poco tímida por que Dominick haga... eso. Ha creado tanta expectativa, ¿y si no se siente tan bien como esperaba? ¿O si de alguna manera no funciona?

—Solo hazlo —le ruego—. Por favor. —Estiro la mano por detrás de mí y sostengo la suya—. Te necesito dentro de mí.

Y es verdad. No quiero que sea solo papá. Me hace sentir mal que Dominick no esté aquí conmigo en cada paso.

Los ojos de Dom brillan tras mis palabras. Miro hacia abajo y veo que está duro como una roca. En algún punto se quitó los pantalones. Me inclino, poniendo una mano en el pecho de papá y apoyándome en la cama con la otra. Levanto el trasero para que Dominick tenga el mejor acceso posible.

Y luego lo siento allí, dando toques y empujoncitos exploratorios al principio. El último tapón era grande, pero con solo mirarlo, me doy cuenta de que él lo es más.

—Hazlo —chillo—. Te necesito dentro de mí.

Espero que me embista. Una parte de mí quiere eso. A pesar de cómo me ha preparado, no puedo negar que todavía persisten algunos temores.

Pero debería haber sabido que, a diferencia de papá, Dominick nunca se arriesgaría a hacerme daño.

—Relájate y déjame entrar, bebé. Piensa en lo bien que te hace sentir papá, en lo perverso que se sentirá tenernos a los dos dentro de ti al mismo tiempo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando escucho sus palabras. Me contraigo en el miembro de papá y luego me relajo. Dominick aprovecha la oportunidad y empuja la cabeza de su pene por el anillo de músculo de mi ano. Jadeo y me aferro al pecho de papá tras la intrusión.

—Joder, Dominick, así es, folla a tu hermana. Te vamos a usar, pequeña. Te vamos a usar con mucha, mucha fuerza.

Dominick se inclina sobre mi espalda, tocando mi columna vertebral con la frente al mismo tiempo que, centímetro a centímetro, me penetra más hondo. Papá finalmente desacelera su paso y respiro, reteniendo el aire en mis pulmones.

Me siento tan llena.

—Mira a nuestra dulce niña —sisea papá—. Tan llena de penes. —Alza la mano y me mete el pulgar en la boca—. Chúpalo —exige—. Chúpalo como si quisieras que fuera el pene de tu hermano.

Y lo hago. Succiono y lamo el pulgar de papá. Este lo saca y se escucha un ruidito. Esparce la humedad por toda mi cara y yo persigo su pulgar ávidamente, con la lengua fuera, chupándolo aún más cuando vuelve a meterlo en lo más profundo de mi boca.

Aprieto con fuerza tanto mi sexo como mi trasero con sus penes adentro. Simultáneamente, los dos sueltan un gruñido.

—Maldición, eres tan hermosa, Sarah —murmura Dominick, pasándome un brazo por la cintura desde atrás mientras me penetra. Finalmente siento sus caderas chocar contra mi trasero—. Estoy enterrado en ti —logra decir, ahogado—. ¿Tienes alguna idea de lo que siento al hacer esto? Mierda, hermosa, ni siquiera puedo...

—Muévete. Estamos follando a una putita, no recitando un maldito poema —gruñe papá, saliendo y luego entrando de golpe como si quisiera acentuar sus palabras.

Estaba tan llena con Dominick en mi trasero que no pude evitar soltar un «uf».

—Más lento —espeta Dominick—. Se sentirá mejor si lo hacemos juntos.

—Bien —murmura papá.

Luego levanta la mano y me pellizca uno de los pezones con fuerza. Yo jadeo y lucho para no apartar su mano.

Dominick me distrae rápidamente y se mueve al fin; un movimiento lento y lánguido hacia afuera y luego otra vez hacia adentro. Papá comienza a moverse con él. Captan el ritmo del otro y, Dios santo, no es como nada que pudiera haber imaginado.

Salen y luego entran juntos, y oh, oh, oh.

Me quedo sin aliento al sentir las primeras estocadas, atravesada por dos penes a la vez. Es demasiado para que algún pensamiento claro emerja.

Pero luego Dominick susurra:

—Tócate. Quiero sentir cómo te vienes mientras estoy enterrado en lo más profundo de tu culo.

No tendré mucha claridad mental, pero ¿obedecer a Dominick cuando dice que me toque? Eso es una obviedad. Me agacho y empiezo a rodearme el clítoris con los dedos.

—Qué chica tan sucia, carajo —dice papá cuando me ve haciéndolo, pero no ralentiza su ritmo; sigue a la par del de Dominick.

Ambos comienzan a coger velocidad. Puedo escuchar las pelotas de Dominick chocando con mi trasero cada vez que se zambulle en mí.

El largo pene de papá toca un punto tan profundo en mi interior que la pared entre su pene y el de Dominick se comprime por la presión de ambos miembros llenándome.

¡Dios mío, no puedo más que imaginar el cuadro que hacemos! Yo entre estos dos hombres enormes y viriles, sus dos penes desapareciendo dentro de mí, y el placer que les doy a ambos. Dominick me dijo que ha soñado con meterse en mi ano durante semanas. Y ahora está ahí.

Y papá, mi *papi*, sin importar lo jodido que esté con lo de que le gusta darme dolor, también me da placer. Y vaya placer. En combinación con Dominick, oh, Dios, los dos juntos...

Dibujo círculos y presiono mi clítoris con fuerza. Dios mío, me están follando tan bien. No hay otra palabra para lo que están haciendo. Me follan. Me *follan*.

Sacudo la cabeza de un lado al otro y es entonces cuando nos veo en el espejo sobre la cómoda. Ahí estoy, montando a papá. Y Dominick, penetrándome con furia, los músculos de su trasero flexionándose con cada embestida...

Me cae como un rayo.

—¡Oh, Dios mío! —chillo, acariciándome con más fuerza.

No puedo... es demasiado... Yo...

Veo luz, y calor, y colores...

Me derrumbo encima de papá, pero sigo frotándome porque, oh, Dios mío, esto todavía sigue.

—Joder, mira cómo se viene —dice uno de ellos, ni siquiera puedo decir cuál porque estoy en la cumbre del clímax, moviendo las caderas y montándolos con tanta fuerza como ellos.

Su ritmo se descontrola. Siento como si ambos estuvieran en una carrera para penetrarme más rápido, para darme con más fuerza. No me importa porque, cielos, oh mierda, todavía sigue; todavía tengo mi orgasmo.

Me acaricio y más gemidos escapan de mi boca mientras el placer recorre mi estómago y luego vuelve a bajar por mi sexo. Unos brazos me rodean y alguien me aprieta los pechos. La sobrecarga aumenta aún más, como si hubiera una cima dentro del mismo clímax. Grito mientras subo la ola más alta de mi vida.

Ya casi. Dios, ya casi. Uno de los hombres deja escapar un gruñido y se queda quieto dentro de mí.

Pero en mi trasero, alguien sigue penetrándome.

Dominick.

Me muevo hacia adelante y hacia atrás, chocando contra él y contra la mano con la que me acaricio furiosamente, más y más fuerte, y oh, oh, oh...

Ahí viene. ¡Ahí viene, joder!

—¡Dominick! —grito su nombre y él me aferra a sí.

Me embiste hondo y luego se detiene. Inclusive con mi orgasmo de por medio, lo siento estremecerse en mí mientras el semen comienza a fluir dentro de mi trasero.

Y es tan hermoso.

Lo amo. Él es mío.

Por siempre.

Mío.

Es perfecto.

Amor.

Por siempre.

—¿Qué coño le están haciendo a mi hija?

La voz está tan fuera de lugar, es tan inesperada, y sigo recuperando el aliento después del orgasmo más sorprendente de mi vida, que ni siquiera me doy cuenta de lo que está sucediendo durante varios segundos.

No hasta que mi madre va a la cama dando pisotones y tira del brazo de Dominick para sacármelo de encima. Está vestida con un elegante vestido de fiesta rojo, a pesar de que su cabello está enmarañado y grasiento. Obviamente está en mal estado.

Viéndose tan sorprendido como yo me siento, Dominick se baja y se aparta de mí. Rápidamente recoge sus pantalones del piso para cubrir su desnudez.

Pero yo sigo sentada a horcajadas sobre papá.

—¡Sal de aquí! —le grito a mamá, comenzando a alejarme de papá y alcanzando la sábana. Pero papá me agarra de la cintura para mantenerme donde estoy.

Cuando lo miro con horror, él solo se queda mirando a mi madre con una expresión indiferente.

—¿Qué quieres, Diane? Como puedes ver, estamos ocupados. ¿Cómo has entrado aquí?

Me cubro los pechos con los brazos, abandonando mi intento de alejarme de papá. Tiene un agarre férreo en mi cintura y, para mi vergüenza eterna, sigue completamente duro dentro de mí.

Miro de nuevo a mamá. Nunca fue la madre del año ni nada parecido, pero oye, nunca me ha apetecido que me vea teniendo sexo. Sostengo el extremo de la sábana y la levanto para cubrirme, aunque es obvio que sigo montando a papá.

—¡Saca tu pene de mi hija! —grita mamá.

Papá se encoge de hombros.

—No hasta que me digas cómo entraste.

—Soy tu esposa. —Levanta las manos—. Como no estabas en la fiesta pensé que quizás te habías ido a una habitación. ¡Nunca esperé que tú y tu hijo estuvieran haciendo un trío con tu hijastra en el maldito baile de padres e hijas, enfermo de mierda! Mostré mi identificación en la recepción y me dieron una tarjeta de acceso a tu habitación. Ahora suéltala.

Papá me suelta la cintura y me bajo de la cama. Me apresuro a ir al lado de Dominick, envolviéndome con la sábana mientras avanzo. Dominick se vuelve a poner los pantalones y me rodea con el brazo.

Papá, por otro lado, se queda sentado y completamente desnudo. No hace ningún movimiento para cubrirse en absoluto, a pesar de que su pene sigue estando medio duro. Parece estar totalmente impávido ante lo que está sucediendo.

—¿Qué quieres? ¿Por qué estás aquí?

Ella lo fulmina con la mirada, enfoca la vista en donde estoy, junto a Dominick, y luego vuelve a ver a papá.

—Me han rechazado la tarjeta.

Mete la mano en el bolso y coge su cartera. La abre y saca una tarjeta de crédito.

—Inservible. —Se la arroja a papá—. Rechazada. —Otra sale volando en dirección a su rostro—. Menos que nada. —Esta última sí le da en el pecho.

A papá se le tensa la mandíbula y sus fosas nasales se ensanchan.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia. Has estado abusando de la paga que te doy y te dije que le pondría un límite a tu cuenta si continuabas fuera de control.

Mamá suelta un bufido y es ahí cuando realmente me fijo en ella por primera vez desde que atravesó la puerta: era evidente que no estaba bien, pero ahora veo lo delgada que se ha puesto. También se ve más mayor, quizás porque no lleva nada de maquillaje. Vale, nada aparte del chillón pintalabios que se ha puesto a último minuto. Cuando abre la boca para empezar con otra diatriba, puedo ver que también tiene los dientes pintados.

Tiene los ojos rojos y también está temblando por el síndrome de abstinencia. Siempre es impredecible cuando está así.

—Eres el director de un maldito hospital, no se te va a acabar el dinero tan rápido.

Papá se levanta, cerniendo sus casi dos metros sobre mamá, quien aparentemente sigue indiferente al hecho de que está desnudo. Mamá apenas le mira de arriba abajo antes de cruzarse de brazos con insolencia.

—La razón por la que sigo teniendo dinero es porque no lo despilfarro en fiestas de coca en las Maldivas.

Los ojos de mamá se encienden de ira.

—Esas fueron unas relajantes vacaciones en un resort que necesitaba porque últimamente todo ha sido muy estresante en casa.

—¿Estresante desperdiciando tu inútil vida? —dice papá en tono mordaz.

Mamá frunce los labios y da un paso adelante, levantando un dedo para apuntarle en el pecho.

—Quítale el bloqueo a mi cuenta o le cuento todo. —Mamá me señala con un dedo.

Eh, espera. ¿Qué?

Papá abre los ojos y la agarra por la muñeca. Parece un apretón de los que dejan moretones.

—Papá —dice Dominick al mismo tiempo que yo doy un paso al frente—, ¿de qué está hablando?

Mamá solo alza una ceja, desafiante.

—Donde se come no se caga, Diane —dice papá en un susurro mortal.

—Bueno, ahora no tengo nada que comer —contesta mamá—, así que, ¿qué coño me importa?

—¿Puede alguien decirme de qué está hablando? —exijo.

Todos me ignoran mientras mamá y papá continúan su duelo de miradas mortales. No parece que alguno vaya a darse por vencido pronto, así que me vuelvo hacia Dominick.

—¿Dom? —le pregunto con voz temblorosa—. ¿De qué está hablando?

Tan pronto como veo su cara mustia, sé que es algo horrible.

—Juro que al principio no lo sabía —susurra.

—Cállate, Dominick —espetá papá.

Doy un paso atrás, sintiendo enseguida que voy a devolver el almuerzo. Oh, Dios, ¿qué sucede? ¿Qué es lo que no me están contando?

—¿Qué no sabías?

—¿Cuál crees que fue la verdadera razón por la que se casó conmigo? —pregunta mamá,

riendo histéricamente mientras trata de zafarse de papá—. Desde luego que no fue por *mi* lindo culo.

Él la sacude con brusquedad.

—Basta, Diane. Si alguna vez quieres...

—¡Vete a la mierda! —Se echa hacia atrás y le escupe el rostro—. ¡Ningún hombre va a controlarme! No necesito nada de esta basura. Me iba bastante bien antes de que aparecieras tú.

Se vuelve hacia mí.

—Le echó el ojo a tu culito en esa fiesta a la que fuimos el otoño pasado. —Apunta hacia la cama y luego hacia Dominick—. Tenía planeada esta mierda desde el principio, pero antes necesitaba que le pertenecieras, así que te compró.

—¡Cállate, zorra! —grita papá.

Y entonces le dio un revés tan fuerte que quedó tirada en el suelo.

Grito y me cubro el rostro.

—¡Papá! —Dominick se abalanza sobre papá y lo pone contra la pared más lejana—. ¿En qué coño estás pensando?

Aunque papá es grande, Dominick es más fornido. Arrastra a su padre a la puerta, la abre y lo empuja hacia afuera.

—Lárgate de aquí, hijo de puta.

Papá me mira una última vez y se quita a Dominick de encima. Sin decir más, sale a trompicones hacia el pasillo. La puerta se cierra tras sus espaldas.

Mamá empieza a reír como si apenas sintiera dolor y se sienta, llevándose una mano al labio sangrante. Se carcajea como si todo esto fuese lo más gracioso del mundo.

—Te tenía tantas ganas. —Me mira a través de su cabello grasiento—. Estoy acostumbrada a que los hombres te coman con los ojos, pero lo de él era un caso serio. Necesitaba poder tenerte metida en casa para zurrarte y hacer su mierda retorcida de papi e hija en secreto, ¡y luego poder mostrarse decente en su elegantísimo trabajo!

Se inclina y escupe una mezcla de sangre y flema en la alfombra del hotel. Yo me quedo mirándola.

No. Oh, Dios mío, no. Que este sea otro de los trastornados desvaríos de mierda con los que sale cuando está drogada.

Pero en estos momentos no está drogada, sino en abstinencia. Siempre es mala cuando no ha podido consumir en un rato. Sin embargo, yo me vuelvo para mirar a Dominick, rogándole con los ojos que la contradijese.

Pero él se ve más afligido. Malo, incluso.

—Juro que no lo sabía. —Baja la vista al suelo—. No al principio. En la boda, todo lo que sabía es que eras hermosa y que te quería. Y entonces, cuando me di cuenta de que todo era demasiado perfecto y confronté a papá al respecto, ya te había conocido mejor. Y es que no podía... —Levanta sus ojos torturados para encontrarse con los míos—. No podía dejarte ir, Sarah. Sabes que yo te...

—Basta —lo interrumpo negando con la cabeza—. No digas más.

Es obvio que percibe el tono peligroso en mi voz. Si pronuncia la frase que creo que tenía en la punta de la lengua, por cómo me siento en este momento, creo que le cortaría las bolas.

Bajo la vista y miro a mamá, que sigue hecha un ovillo patético en el suelo. Extiende sus brazos en mi dirección.

—Ayúdame a levantarme, cariño.

—Me has vendido.

No es una pregunta. Ella misma lo dijo: para tener acceso ilimitado a dinero y drogas. Solo tuvo un problema con ello cuando le cortaron el suministro.

—Me prometió que no haría nada que tú no quisieras —dice—. Venga ya, ayuda a tu mamita a pararse y entonces podemos irnos a casa y dejar esto en el pasado.

Trata de levantarse por su cuenta, pero vuelve a caerse de culo.

Guau.

—Dios, Sarah, vámonos a otro lado —dice Dominick—. Deja que te lo explique.

Suelto un bufido y le vuelvo a sacudir la cabeza. Tal parece que ahora estoy viendo todo mucho más claro.

—Soy como esa rana de mierda.

—¿Qué? —Dominick frunce el entrecejo, confundido.

—La historia de la rana que se cocina en la olla, ¿sabes? Si pones una rana en agua hirviendo, saltará, pero si la pones en agua fría y la calientas lentamente, se quedará allí y se cocerá poco a poco. Tú y... —Contengo las lágrimas que amenazan con ahogarme—. ...*Paul* me tenían cociéndome a fuego lento desde el principio, comenzando desde la boda, y yo fui demasiado estúpida como para darme cuenta y saltar de la olla, para saber que ustedes dos pretendían convertirme en la cena todo este tiempo.

—Cielos, ¡no! No es eso lo que pasó. Escúchame...

Cuando da un paso al frente, yo retrocedo y alzo la mano.

—No te atrevas a acercarte ni un paso más. —Las lágrimas amenazantes al fin acuden, bajando por ambas mejillas—. No quiero verte ni a ti ni al canalla abusivo de tu padre nunca más. Pediré órdenes de alejamiento contra ustedes. Si alguno de los dos se acerca a menos de 150 metros de mí, llamaré a la policía. Me quedaré en otro sitio esta noche. Más les vale a Paul y a ti que se hayan ido para cuando regrese de la facultad mañana.

Habiendo dicho eso, me doy la vuelta y lo dejo atrás junto a mi madre.

—¡Sarah! —me llama—. ¡Por favor, Sarah!

Lo ignoro y sigo caminando por el pasillo. Me alejo de él. Me alejo de mi madre. Me alejo de lo que quedaba de mi inocencia.

## CAPÍTULO 13

*Un año después*

LA VIDA SIGUIÓ. Durante un par de meses no pensé que pasaría. Terminé el semestre en medio de un estupor. De alguna forma logré sacar notables en la mayoría de mis clases. Solo Dios sabe cómo.

Sin poder soportar estar siquiera en la misma ciudad que Paul y Dominick, me cambié a la Universidad Loyola en Chicago para no tener nunca la posibilidad de encontrármelos por accidente. También cambié de carrera a estudios de la mujer.

Tras no sentir nada por un par de meses, me enfurecí. Me corté mi larga cabellera, declaré que ser feminista en mi página de Facebook, y leí muchos libros de Gloria Steinem. Pero no podía alimentar la ira por siempre, y lo que le siguió fue una depresión y confusión. Y una necesidad muy intensa por *comprender*.

¿Cómo es que dejé que todo eso pasara y no me detuve a pensar en qué estaba pasando? ¿Estaba tan desesperada por tener una familia y la necesidad de que la gente me quisiera que ignoré todas las señales de alarma tan ciegamente? ¿Y por qué Paul me eligió a mí de todas las mujeres en Boston? Bueno, era obvio que era joven e ingenua y Paul vio en mí un buen objetivo, pero cielos, ¿es que era tan patética? ¿Tenía un letrero gigante en la frente que decía «soy estúpida y fácil de manipular»?

¿Y Dominick? ¿También me estuvo mintiendo todo ese tiempo?

«Te amo. Te amo, Sarah. Dios, te amo tanto. Eres la primera y la última».

Si tan solo pudiera sacarme su voz de la cabeza. Y el recuerdo de cómo se sentían sus manos cuando me acariciaba, cuando me cogía del rostro y acurrucaba su cálido cuerpo detrás de mí en la cama, sosteniéndome como si yo fuese su salvavidas.

Cielos, ¿nada de aquello fue real?

Después de todo lo que pasó, de meses y más meses, de la completa aniquilación de mi corazón y la explosión de mi vida entera, esa era la pregunta que me torturaba.

«¡Lo cual es completamente patético, coño!» grita mi nueva feminista interna. ¡Te usaron y abusaron de ti! ¡Hicieron que rogaras de rodillas por sus penes como una perra!

«Pero Dominick no lo hizo», replica otra voz. A veces ni siquiera dejaba que le hiciera sexo oral, y la única vez que lo hice no permitió que me tragara su semen, e hizo todo lo posible para lograr que el sexo fuese placentero, no doloroso...

«¡Pero se quedó ahí sentado y no hizo nada mientras su padre te violaba cuando te quitó la virginidad!» grita la voz nueva y furiosa.

No es que me hubiera dado cuenta o que hubiera sabido cómo vocalizar que eso es lo que estaba ocurriendo en ese entonces. Pensaba que, como más adelante sentí placer, eso significaba que lo quería. Y sí que me vine una buena parte del tiempo; con Dominick siempre pasaba, y a menudo más de una vez.

Dios, todo sigue siendo un confuso caos en mi cabeza.

Y ahora heme aquí, de regreso en la ciudad donde todo ocurrió para ir al funeral del abuelo.

Creo que es lo único que me podía haber traído de vuelta. Está lloviendo cuando salgo del taxi y me apresuro a entrar a la iglesia; la misma en la que mamá se casó con Paul. Comienzo a sudar en la frente al entrar al vestíbulo.

Los recuerdos vienen con potencia uno detrás del otro. Dominick ofreciéndome su brazo antes de la ceremonia, dedicándome esa sonrisa hermosa que tiene; la luz del sol entrando por el vitral que ponía de relieve su cabello dorado.

Siento que la garganta se me pone gruesa por las lágrimas que amenazan con salir de mis ojos al mismo tiempo que me cruzo de brazos y entro a la capilla central.

Donde me encuentro cara a cara con el altar.

Pero no, Dios mío, no puedo. No puedo caminar por el altar de nuevo. No al recordar a Paul parado ahí la última vez y mis estúpidas e ingenuas fantasías de...

En lugar de eso, doy zancadas por detrás del último banco y entonces me apresuro a ir por el pequeño pasillo que está junto a la pared lateral. La iglesia está a reventar, por supuesto, y tengo que esquivar gente, disculparme y hacer que mi cara sea apropiada para una nieta en duelo. Todo eso hace que quiera gritar.

Dios, ¿por qué estoy aquí?

Porque eres una buena niña, Sarah. *La niña buena de papá.*

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza al escuchar su voz, que todavía invade mi cabeza de vez en cuando. ¿Por cuánto tiempo le voy a permitir joderme la vida?

Por lo menos no estará aquí hoy. Me aseguré de informarle al abogado que, si Paul venía al evento, estaría violando la orden de alejamiento que pedí en su contra. No tengo ningún reparo en llamar a la policía en medio del funeral de mi abuelo. El abuelo está muerto, así que, ¿qué me importa mancillar el apellido familiar?

Es un legado que habíamos levantado para nosotros. Yo estaría contenta contándole a toda la sociedad de Boston el monstruo que era mi querido padrastro.

Al fin llego a la parte frontal de la iglesia y ocupo mi lugar junto a mamá. Bueno, más o menos a su lado, pues dejo suficiente espacio para que haya dos personas entre nosotras. Ella apenas mira hacia donde yo estoy. Está vestida de negro, con un enorme y ostentoso sombrero y un velo negro que le cubre el rostro; sin duda para cubrir los estragos de cualquier juerga en la que haya estado últimamente.

Ella y Paul siguen casados.

¿No es el colmo? Pero está bien, son tal para cual.

No le he dirigido ni una palabra desde aquel día. Fue el abogado quien me llamó para contarme lo del abuelo. Y, aun así, la tristeza que he sentido ha sido más como un dolor sordo que lo que imagino que se siente un luto normal cuando se pierde a alguien querido. Siempre me sentí más como una obligación de negocios para él. Quizás habría sido diferente si hubiera sido hombre, pero como fueron las cosas, yo solo era la descendiente de su desastrosa y malviviente hija. Me toleraba, pero nunca me amó de verdad.

Y eso está bien.

Todo está bien.

Estar sola en el mundo no es tan malo. Lo prefiero a que me engañen para vivir en una mentira.

DESPUÉS DEL FUNERAL LA MULTITUD SE DIRIGE AL CEMENTERIO, donde todos nos quedamos mirando, con los paraguas oponiéndose contra la lluvia, mientras el pastor decía algunas palabras; y entonces se llevan al abuelo para enterrarlo.

Yo cumplo con mi deber. Me quedo de pie junto a mamá en la línea de recepción y acepto a los adinerados y privilegiados a medida que se acercan y comunican sus condolencias. Me trago mi disgusto cuando mi madre los adula a todos y a cada uno. Bueno, al menos hasta que le preguntan por lo que parece la millonésima vez: «¿y dónde está tu guapísimo esposo?».

—Ah, Paul está en una conferencia de la que no pudo escaparse este fin de semana. Trabaja tantísimo. Mi papi estaba tan orgulloso de él. —Se llevó una mano al pecho—. Pero Paul deseó tanto poder estar aquí hoy. Lo extrañamos tanto.

Y acción: lágrimas falsas y se lleva el pañuelo a la cara por debajo del velo.

Ese fue mi punto límite. Me aparté de ella y de la mujer que le cogía el brazo, fingiendo consolarla con el mismo tono falso y meloso que ella usaba.

La lluvia había parado de momento, pero abro mi paraguas de nuevo cuando vuelve a empezar y me aparto del grupo. Tengo los pies empapados por el césped húmedo. Llevaba zapatos cerrados, pero no eran rival para el clima.

Estábamos a inicios de junio, así que era una lluvia cálida. Me quito los zapatos y piso el césped húmedo, pasando los dedos por las verdes y blandas briznas. Mientras más alejo de la reunión del abuelo, más tranquilo se vuelve todo. Esto es mucho más agradable; el fresco olor de la lluvia, la sensación de la hierba debajo de mis pies, y el ruido de fondo de las gotas de agua a medida que aterrizan en el paraguas que está por encima de mi cabeza.

Vago por las tumbas, adentrándome más en el cementerio, donde las lápidas comienzan a verse más anticuadas y ornamentadas. Betsy y Norm Milner, 1879-1957 y 1872-1957. Junto a su nombre, todo lo que su lápida dice es: «Mi amada esposa», y en la de él, «Mi amado esposo». Vivieron vidas largas para haber nacido en 1800 y algo. Y ambos murieron el mismo año. Me pregunto si fueron como esas parejas de las que a veces se oye hablar, que están tan en sintonía el uno con el otro que mueren con semanas de diferencia.

Y es estúpido, muy estúpido, pero estando aquí de pie, mirando las lápidas de Betsy y Norm, finalmente rompo en llanto. No lloré cuando el abogado me llamó para decirme que el abuelo murió, ni durante el funeral ni el entierro.

Pero ahora, al ver a esta pareja amorosa que se ha ido hace tanto tiempo...

Me encorvo a medida que las lágrimas salen a borbotones de mis ojos. Lloro con tanta fuerza que pronto estoy sollozando. Tan doblada como estoy, apenas puedo mantener el paraguas sobre mi cabeza.

Lloro por el abuelo, y por lo que mi madre es y nunca fue. Lloro por el año pasado, lloro por lo que Paul me hizo, y lloro por Dominick.

Lloro, lloro y lloro.

Y entonces, cuando se me secan las lágrimas, tomo una gran bocanada de aire y me levanto.

Está lloviendo con más fuerza que antes, pero lo veo.

Jadeo y me llevo al pecho la mano con la que no sostengo el paraguas.

Dominick.

A no más de seis metros de distancia, medio escondido detrás de uno de los robles del cementerio, se encuentra Dominick. Me está mirando fijamente y da un paso al frente cuando ve que me percato de su presencia. No tiene paraguas y está completamente calado.

Me quedo paralizada y él también.

Sigue lloviendo, y la lluvia hace que se le pegue el cabello de la frente. Está más largo que la última vez que lo vi; casi le llega a los ojos. Inclusive con las gordas gotas de lluvia de por medio, todavía puedo ver que luce tan increíblemente guapo como siempre.

Pero ese nunca fue su problema, ¿o sí? Usaron su apariencia para atraerme. Sin pensar en ello realmente, doy un paso atrás.

Incluso desde la distancia en la que me encuentro, veo que Dominick baja los hombros al ver mi reacción. Mira hacia abajo y su cabello empapado por la lluvia le llega a la mitad del rostro. Y entonces se da la vuelta y se va rápidamente.

Por un segundo lo veo irse. Veo su ancha espalda retrocediendo hacia la lluvia. Yéndose más lejos.

Ahora apenas puedo verlo con la lluvia.

Y entonces el pánico hace que me ponga en acción. Comienzo a correr tras él. Después de un par de pasos, es evidente que mi paraguas es demasiado pesado, así que lo tiro a un lado. La lluvia torrencial me empapa, pero no me importa. Lo único que se repite en mi mente es: «No. No te vayas. Haz que se detenga».

—¡Dominick! —lo llamo.

Pero llueve con demasiada fuerza como para que me escuche, pues no se detiene. Sigue con la espalda caída mientras se va por uno de los senderos que conduce a la salida del cementerio. Sin embargo, él está caminando y yo estoy corriendo.

Tengo tal impulso acumulado que, cuando finalmente lo alcanzo, casi lo derribo al rodearlo por detrás.

Él se tambalea hacia adelante y luego se vuelve. Se queda boquiabierto, impresionado, y luego me coge en brazos, apretándome con tanta fuerza que no puedo respirar por un momento.

Yo cierro los ojos y me hundo contra su cuerpo. Ignoro la lluvia e ignoro todas las realidades que se interponen entre nosotros.

Solo está Dominick.

Abrazándome. Poniendo mi cabeza en su pecho y besándome la frente, el cabello, la cara.

Es cuando trata de ir a por mis labios que me aparto de un tirón, pues el viejo dolor aparece.

Porque a pesar de la alegría espontánea que recorre mi cuerpo al verlo y sentir su roce, oh Dios, su roce...

Pero no, sigue siendo el hombre que me mintió, que me engañó, que me sedujo cuando no era más que una inocente e ingenua...

Me alejo de él y luego conecto la palma de mi mano con su rostro, que aterriza con un *plaf* satisfactorio. Y entonces lo abofeteo otra vez con la otra mano. Levanto la mano por tercera vez y Dominick se mantiene firme, como si estuviera preparado para recibir ese golpe y cualquier otra cosa que decida darle.

Es demasiado similar a cómo se veía cuando su padre se quitó el cinturón aquella vez para azotarlo por detrás, como si solamente lo soportara porque sentía que se lo merecía.

Bajo el brazo y me quedo mirándolo. Ni siquiera sé qué hacer ahora. No quiero ser alguien que lastima a las personas que me importan. Maldita sea, Dominick no es su padre. Y todavía siento algo por él, incluso después de un año.

Dominick baja las cejas, con un pasecto tan miserable como me siento.

—Por favor. —Se arrodilla y se inclina, presionando la frente en mi vientre y poniendo las manos en la parte de atrás de mis muslos—. Por favor —suplica, y suena como si le estuviera arrancando el corazón.

La lluvia finalmente vuelve a cesar, y cuando la espalda de Dominick comienza a temblar, no puedo distinguir si está llorando o si todas las emociones que siente son tan intensas que esa es la única forma en la que su cuerpo puede dejarlas salir. Pero es evidente que es un hombre destrozado.

Me sentía tan herida el año pasado y estaba tan segura de que ambos estaban jugando conmigo, que nunca me detuve a pensar...

—Dom —exclamo angustiada, arrodillándome y agarrándolo por los hombros.

Tiene los ojos enrojecidos y todavía tiembla con tanta fuerza que apenas puede hablar.

—No podía soportar... que pensaras que yo era como él. Y lo que hizo... Esa última noche con tu madre y las otras veces que te lastimó y no lo detuve... —Se interrumpe, cierra los ojos con fuerza mientras aparta el rostro. Se pone en pie torpemente y se aleja de mí—. No debería haber venido. Lo siento.

—Dominick. —Me acerco a él y sostengo sus mejillas, obligándolo a mirarme—. Detente.

Él sigue con los ojos obstinadamente cerrados, pero le doy una pequeña sacudida y al fin se encuentra con mi mirada.

Y Dios, ahí está mi Dominick. Sus ojos color avellana, tormentosos y torturados, pero tan familiares para mí.

—¿Dónde está tu auto? —le pregunto.

Todavía temblando, traga y asiente, señalando al camino que está detrás de él. Aparto las manos de su rostro, pero solo para poder cogerle la mano. Tan pronto como lo hago, sus dedos se entrelazan con los míos y algunos de sus estremecimientos se calman.

Después de caminar un poco y en silencio por el sendero, veo su BMW negro aparcado junto a la acera. Cuando llegamos, voy al lado del acompañante y espero. Dominick me mira, algo aturdido, como si no pudiera creer que de verdad estoy aquí con él. Saca las llaves de su bolsillo, abre la puerta, y luego me la abre a mí.

Aún sin decir una palabra, entro en el auto y hago una mueca cuando mi vestido empapado hace un ruido contra el interior de cuero. Dominick se queda ahí parado por un momento, mirándome.

—Entra —digo y cierro la puerta.

Parece que mis palabras hacen que entre en acción, porque corre para rodear el coche y abre el lado del conductor. Miro al frente mientras él se acomoda en su asiento, pero puedo sentir su intensa mirada.

—Bueno, no te quedes ahí sentado, llévame a tu apartamento —le digo tratando de controlar los nervios mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

Me voy inventando todo sobre la marcha, pero luego mi cuerpo se queda paralizado y muevo la cabeza en su dirección.

—A menos que todavía vivas con él.

—No. —Sacude la cabeza de un lado a otro con vehemencia—. Corté todo contacto con el hijo de puta.

Exhalo y miro hacia atrás por el parabrisas delantero. Mi corazón se calma de nuevo.

—Bien. Entonces llévame a tu casa.

Puedo verlo asintiendo con la cabeza fuera de mi visión periférica. Luego pone la llave en el encendido y pronto atravesamos las calles familiares en las que crecí. Enciendo la radio y sonrío

cuando descubro que la tiene sintonizada en una estación de música pop local. Logré que escuchara una lista de las cuarenta canciones más populares. Siempre tenía música clásica antes de conocerme. *Aburrido*, solía decirle para burlarme de él.

Me recuesto en el cómodo asiento —bueno, tan cómodo como me es posible con un vestido mojado y el millón de preguntas sin respuesta que corren por mi cabeza— y cierro los ojos. Sin embargo, no quiero dar el asunto por terminado mientras conduce, y tengo curiosidad por ver dónde vive.

Resulta que no tengo que esperar mucho, el viaje es corto.

—Estoy a solo cinco minutos del hospital de Boston —dice, rompiendo el silencio mientras entramos en un aparcamiento—. Treinta minutos si voy a pie.

Sonrío, mirándolo. Se ve tenso de nuevo y, por primera vez, quizás porque ya no llueve a cántaros, veo cuán oscuros son los círculos debajo de sus ojos.

—Te has hecho con una de las plazas en el programa de residencia avanzado.

Extiendo la mano y la pongo en su antebrazo mientras él detiene en un lugar y aparca el vehículo. Suelta un largo suspiro y mira su regazo, cerrando los ojos al sentir mi roce. Siento sus músculos flexionarse y tensarse debajo de mis dedos. Estira la mano izquierda y vacila, pero luego pone su mano sobre la mía antes de volver a mirarme.

—Pensé que volcarme en el trabajo podría ayudar a distraerme de una vida sin ti.

Trago saliva, perdida en la intensidad de sus ojos color avellana.

—¿Funcionó?

Él niega con la cabeza.

—Ni por un maldito segundo.

Siento un nudo en la garganta y trago de nuevo. Veo que se le pone la piel de gallina en el brazo donde su chaqueta se ha subido un poco. Tiene que estar helándose. Dios sabe cuánto tiempo estuvo de pie bajo esa lluvia sin paraguas.

—Ven. —Me desabrocho el cinturón de seguridad—. Vamos arriba y a ponerte algo seco.

Salgo del coche y él me acompaña. Lo sigo mientras él anda hacia el ascensor, y esta vez me coge de la mano. A pesar del frío que debe tener, su mano está cálida. Yo también tengo frío y, como siempre, es él quien me está calentando.

—Tus zapatos.

Baja la vista y mira, angustiado, mis pies descalzos cuando presiona el botón del ascensor.

—Ya. Me había olvidado de ellos.

—Cielos, debes estar congelándote.

Suelta mi mano en pro de frotar mis brazos de arriba abajo para darme fricción. Que quiera cuidar de mí se siente tan familiar. Sin embargo, también duele, pues todos esos recuerdos están muy mezclados con las mentiras que me dijo.

—Dominick. —Aparto sus manos—. Estoy bien. No tienes que cuidarme.

—Oh. —Se echa hacia atrás y baja la vista, como si pensara que tal vez lo aparté porque no quería que me tocara.

El ascensor da un pitido y entro.

—¿Qué piso?

Me sigue y se pasa una mano por el cabello, que acaba de empezar a secarse.

—Décimo.

Volvemos a estar en silencio durante el viaje en el ascensor. No sé en qué pensará él, pero yo estoy tratando con todas mis fuerzas de no pensar en un cierto viaje en ascensor, y entonces, gracias a Dios, llegamos. Su piso está a solo unas puertas de distancia. Abre la puerta y me guía

hacia el interior.

No estoy segura de lo que esperaba. ¿Me esperaba algo parecido a los muebles que tenía cuando vivíamos juntos? En cambio, el piso es una rara mezcla de estilos. Una pintura brillante como de Jackson Pollock llena de todo tipo de salpicaduras y colores locos ocupa casi una pared entera. En otra pared hay un grabado enmarcado de Rosie, la Remachadora. Los muebles cubren todo el espectro: hay desde un sofá de color café de aspecto cómodo y mullido con cojines azul eléctrico, hasta otro sofá negro cubista de dos puestos, y un puf en la esquina.

Miro a Dominick y arqueo una ceja.

Él se encoge de hombros, con un aspecto un poco avergonzado.

—Estoy tratando de descubrir mi propio estilo. Es la primera vez que vivo solo.

Luego se apresura a entrar en la sala de estar y comienza a enderezar algunas revistas en la mesa de café, apilar platos sucios y recoger ropa y calcetines desechados que están desparramados por toda la sala.

—Lo siento —murmura—, no esperaba compañía.

—Está bien. —Extiendo una mano para detenerlo, pero él sigue dando vueltas.

—Un segundo —dice, dejando todos los platos sucios en el fregadero y desapareciendo en una habitación trasera con la ropa sucia.

Me balanceo con los pies y luego me froto el codo, sintiéndome incómoda ahora que estoy aquí.

Vaya, ¿qué pensé que podríamos lograr con esto? Sí, todavía siento algo por él, pero eso no cambia el pasado. Con lo lastimada que salí y las cicatrices que él y su padre me infligieron... Quiero decir, él es la viva imagen de Paul. Incluso si Dominick no... Me refiero, es que no hay forma..., ¿verdad? Cada vez que lo miro, recuerdo todo lo que pasó y...

—Ten. —Dominick regresa a la sala, su traje empapado ha sido sustituido por unos suaves pantalones pijama y una de sus características camisetas azul oscuro—. Pensé que podrías secarte y ponerte esto. —Me tiende una bata de baño y una toalla.

Estoy demasiado ocupada viendo la tela de su camisa adherirse a su pecho, delineando cada uno de sus músculos definidos. Bueno, ahora al menos sé que no estaba tan desconsolado por mi ausencia como para descuidarse.

¿Y quién más ha disfrutado de esos músculos mientras yo no estuve? Es un pensamiento desagradable que me duele mucho más de lo que me gustaría. No es como si no hubiera intentado superarlo. Por un tiempo traté de salir con cualquier chico que estuviera dispuesto.

Y fallaba miserablemente cada vez. Me acosté con otros tres hombres desde la última vez que vi a Dominick y todos eran terribles.

Eran amantes perfectamente agradables, quiero decir. A todos los había elegido mi nuevo grupo de amigas feministas y eran tipos amables y respetuosos. Todos eran iguales en la cama; tan delicados y respetuosos que quería gritarles que fueran hombres y me follaran de una vez.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado desde lo nuestro? —le pregunto a Dominick.

De repente tengo que saberlo. Al diablo con lo demás, esto es todo lo que importa. Él se queda mirándome boquiabierto.

Qué cabronazo. Me acerco a él, le arranco la estúpida bata y la toalla de la mano y las tiro al suelo.

—¿Cuántas?!

—¿Ninguna! —dice, y un surco aparece en su entrecejo—. Dios mío, Sarah, no podría tocar a ninguna otra mujer. Estoy enamorado de ti.

Por un segundo hay un completo silencio. Y luego me abalanzo sobre él.

No hay otra forma de decirlo. Me subo a su cuerpo, lo envuelvo con mis brazos y piernas y le devoro los labios con los míos. Solo hay un milisegundo de vacilación y sorpresa antes de que ponga sus manos debajo de mi trasero.

Luego me apoya contra la pared.

—Sarah —susurra, y suena como un hombre sediento al que dan de beber por primera vez en días—. Oh, Dios, Sarah.

Y luego me besa con tanta profundidad y pasión que olvido todo excepto su roce y sabor.

Con una mano me acaricia desde el trasero hasta la parte inferior de mi muslo, luego sube a mi cintura. Continúa hasta mis pechos, que acaricia y luego estruja. Suelta un gruñido cuando siente que mi pezón se convierte en un pico duro bajo sus talentosos dedos.

Agarro su cabello con brusquedad y lo separo de mis labios.

—Te necesito dentro de mí. En mi boca, mi coño, mi culo. Te necesito en todas partes, carajo.

Veo que sus ojos se oscurecen justo antes de que aplaste sus labios contra los míos.

Y entonces nos movemos cuando me lleva por el corto pasillo hacia donde supongo que está su cuarto. Cielos, sentir la flexión de sus músculos mientras me levanta sin esfuerzo alguno me pone muy caliente. Mi sexo ya está hinchado y húmedo.

Apenas me humedecía con los otros chicos. Todos tenían que usar lubricante y nunca estuve cerca del orgasmo con ninguno.

Cuando Dominick enciende la lámpara de su cuarto para iluminar su cama extra grande con una imponente cabecera de madera, siento una oleada de tanta vergüenza que me ahoga. No se ha acostado con ninguna otra mujer porque me ama. Es obvio que yo no puedo decir lo mismo. ¿Qué quiere decir aquello, ahora que estoy aquí y que he vuelto con él?

¿He vuelto con él de verdad? ¿Eso es lo que es esto?

Me besa profundamente al inclinarse y depositarme en la cama, posicionándose con delicadeza sobre mí. Y Dios, no quiero pensar en lo que significa todo esto. Solo quiero más. Más de él. Quiero todo de él.

Aun así, el sentimiento de culpa está ahí, gritando en el fondo de mi cabeza. Todo mientras sus hermosas manos están en mi cuerpo, haciéndome sentir tan bien. Como siempre lo hacían. Es como si el tiempo no hubiera pasado. Dominick me hechiza igual que siempre.

Pero yo era una puta.

Me fui y seduje a otros chicos como él dijo que lo haría.

*¿Has estado presumiendo ese culito apretado y poniendo duros a tus compañeros de clase ahora que sabes lo bien que se siente tener penes metidos en tu sucio coño?*

Me quito el vestido y luego me desabrocho el sujetador. Luego vienen mis bragas. Las rojas. Me estremezco a pesar de que sé, en algún lugar de mi cabeza, que compré el color con actitud desafiante, que la voz en mi cabeza está mal y no es un color de puta.

Pero lo que siento ahora es que todo está mal y que soy una puta.

Me arrodillo en la cama y levanto el trasero, cerrando los ojos con fuerza.

—Necesito que me castigues. He sido una chica mala. Seduje a otros chicos. A tres. Metieron sus penes dentro de mi sucio coño. Castígame.

Me preparo para los golpes.

Pero ninguno viene.

Miro por encima del hombro. Dominick está ahí, agachado a un lado de la cama, mirándome con los ojos muy abiertos. Dios mío, ¿está asqueado por mí? ¿Ya no me quiere? Lucho por contener las lágrimas que escocen mis ojos.

—Castígame —le ruego—. Lloraré por ti. Toma mi culo. Puedes quedarte con él.

Me muevo a un lado para estar más cerca de él.

Mira lo que le estoy ofreciendo y luego vuelve a fijarse en mi cara. Y maldición, las lágrimas empiezan a salir. No, se supone que no deben venir hasta que comience a castigarme. De esa manera me las habré ganado y él sabrá que él...

Dominick me mira y veo que en su rostro aparece la expresión que pone cuando solía hablar sobre sus pacientes terminales; una compasión tan absoluta combinada con desolación.

—¿Qué te hemos hecho, hermosa?

Cielos, me está rechazando. Estoy ofreciéndole todo y todavía no es lo suficientemente bueno. Soy repugnante y él...

—Shhh. —Se quita la camisa y se acuesta en la cama, atrayéndome hacia él de inmediato, piel contra piel.

—Shhh —susurra de nuevo. Me acomoda contra él, mi espalda contra su pecho, acurrucándome como solíamos hacerlo—. Eres hermosa y perfecta tal como eres. No necesitas que te castiguen por nada.

Parpadeo, contenta de estar de espaldas a él. Siento como si estuviera saliendo de la niebla, estabilizada de nuevo porque él me sostiene de esta forma. Y, cielos, estoy horrorizada por mí misma. ¿Por qué...? ¿Cómo es que pude actuar así de nuevo?

—¿Puedo contarte una historia? —Dominick continúa antes de que pueda responder de forma alguna—: Hace un tiempo había un niño que creció con un papá bastante retorcido. El padre de ese niño era muy abusivo verbalmente y también lo golpeaba de vez en cuando. Era estricto y le alegraba castigar al hijo cuando no cumplía con sus exigentes estándares. Al padre le encantaba manipular a la gente y era muy bueno en eso, así que el niño creció con una percepción muy sesgada de cómo funcionaba el mundo.

Trago saliva al mismo tiempo que él me aprieta más la cintura.

—Y del sexo. El chico también tuvo una percepción muy distorsionada de eso. Después de que un adulto que debió habérselo pensado mejor me lo hubiera presentado, el padre decidió que podría ser una herramienta más para controlar al hijo.

Oh, Dominick. Todo este tiempo, pensé que yo era la única ingenua. Pero no lo era. De alguna manera, Dominick era casi tan inexperto como yo.

—Así que el hijo nunca pudo tener sexo sin que el padre estuviera allí —continúa—, controlando y dirigiendo cada sesión. Castigándolo cuando lo consideraba oportuno. Era todo lo que el hijo había conocido, a pesar de que ya se había convertido en un hombre en aquel momento, y debería haberse enfrentado a su padre hace mucho tiempo.

Coloco mi brazo alrededor del de Dominick, sobre mi cintura. Me está aclarando tantas cosas ahora.

—Y luego el chico conoció a una chica. La chica más hermosa que había visto en su vida, diferente a cualquiera que hubiera conocido antes. Pero el padre ya le había tendido una trampa, y estaba decidido a llevarla a sus juegos manipuladores y retorcidos. —Dominick presiona su frente en mi nuca—. En la boda, todo lo que me dijo de ella fue:«Es hermosa y tierna, compartámosla». Esas fueron sus palabras exactas.

Me estremezco al pensar que hablaron de mí con términos tan groseros.

—Lo siento, lo siento mucho. —Deposita besos en mi nuca y me abraza con más fuerza—. No me di cuenta entonces de que lo estaría ayudando a hacerte lo que él me había hecho a mí: arruinar por completo tu percepción de lo que debería ser el sexo. Cielos, ni siquiera tuviste una oportunidad. Fuimos unos depredadores de mierda desde el principio. No sabía que eras virgen,

que nunca... Pero Dios, no importa. Lo siento mucho. Nunca podré compensarte... No espero que me perdones nunca...

—Para. —Me revuelvo en sus brazos y lo beso para detener sus reproches—. Para —susurro de nuevo, echándome hacia atrás.

Exhalo y presiono mi frente contra la suya. Al fin siento que sé la verdad. Pienso en cada momento que Dominick y yo pasamos juntos: cuando lo conocí, cuando descubrimos el cuerpo del otro, y cómo lo vi crecer e incluso comenzar a enfrentarse a su padre al final.

—Te creo. —Echo la cabeza hacia atrás y me río—. Oh, Dios, te creo.

El peso que ha estado comprimiendo mis pulmones durante todo el año finalmente se va, y respiro hondo por lo que parece la primera vez en doce meses. Cuando miro de nuevo a Dominick, él me mira como si estuviera demente. Me río un poco más antes de besarle la nariz, luego las mejillas y al final sus labios otra vez.

Él sigue mirándome como si estuviera loca, pero finalmente le comparto el secreto de por qué siento que de repente estoy en el quinto cielo.

—Sí fue real —susurro, rompiendo a llorar de nuevo. Pero esta vez con lágrimas de felicidad. Vaya lágrimas de felicidad—. Y eso significa que... tú...

—Te amo —termina de decir por mí, con ojos fervientes—. Te amo. Por siempre y para siempre. Hasta que seas una viejita arrugada y yo un viejito. No. —Niega con la cabeza—. Mucho más tiempo que eso. Por toda la eternidad. Infinito.

Me río y acerco su rostro al mío.

—Yo también te amo.

Nos besamos, nos besamos, nos besamos y nos besamos.

Pero pronto aquello ya no es suficiente. Su enorme y musculoso pecho me aplasta los pechos y puedo sentir su miembro, duro y largo bajo su suave pijama de algodón. Abro las piernas y hago presión contra él.

Sisea mi nombre mientras yo me acaricio contra él. Dios, me enloquece estar así de cerca. Había olvidado esta sensación, cómo mi estómago se derrite por el deseo cuando estoy en sus brazos. Esta necesidad palpitante de acercarme; de estar siempre más cerca.

—Quítate los pantalones —gimo, restregándome más contra él.

Se ríe, ya que evidentemente no puede quitárselosteniéndome envuelta a su alrededor de esta forma. Al fin cedo y estiro la mano para bajar la pretina elástica de sus pantalones lo suficiente como para liberar ese hermoso pene que tanto he echado en falta. Lo agarro con confianza y le doy un tirón firme hacia arriba y hacia abajo, lo que causa que vuelva a sisear entre dientes.

Sonrío y lo miro a los ojos mientras sigo acariciándolo. Definitivamente no soy la chica tímida e ingenua que conoció. Pero por la forma en que me sonrío, ama cada parte de mi nueva yo. Su pene se dobla en mi mano, provocándome espasmos en mi propio sexo.

—¿Has encontrado un juguete nuevo que te gusta? —pregunta, sin dejar de mostrar su sonrisa traviesa.

—No tienes idea. —Me relamo los labios, luego bajo la cabeza y lamo la cabeza de su pene, haciendo contacto visual con él al mismo tiempo.

Parece que podría morderse la lengua, su rostro se ve completamente deleitado.

—Joder, Sarah. —Se desploma sobre sus codos.

Sujeto su enorme miembro para poder masturbarlo de arriba abajo con la mano mientras lamo su hinchada cabeza. Cuando al fin me rindo y me lo llevo a la boca, él maldice y se derrumba de nuevo en la cama, pero solo por un segundo antes de incorporarse y mirarme de nuevo.

Lo succiono tanto como puedo y luego relajo los músculos de la garganta para tragarlo aún más. Cuando no me lo están imponiendo, descubro que me encanta el poder de esta posición. Hago un ruido teniéndolo dentro de mi boca y sus manos vienen hacia mi cabello. Sin embargo, no me sujeta, sino que solo comienza a acariciarme.

—Eres tan endemoniadamente hermosa. Dios, Sarah. te amo. Te amo, carajo.

Y luego sí aplica presión, pero solo porque me está apartando de sí. Yo le lamo el pene hasta el fondo y lo suelto haciendo un ruidito, y luego me sube a la cama para que estemos cara a cara. Sus labios devoran los míos mientras nos damos la vuelta y me inmoviliza debajo de él.

—Necesito entrar en ti. —Su voz es como un gruñido grave y hambriento, y el enorme miembro que estaba justo en mi garganta se mueve por mis húmedos labios inferiores—. ¿Puedo?

Siempre espera permiso. Nunca toma nada sin preguntar. Este es el hombre que amo. Nuestros ojos se encuentran de nuevo mientras yo bajo una mano y lo guío a mi interior. Ambos dejamos escapar un ruido de placer cuando me penetra.

Aunque esté muy excitada, estoy apretada y él lo siente. No he tenido sexo muy a menudo. Tres veces en doce meses no hace que esté muy transitada allá abajo.

Redescubre mi cuerpo lentamente, y su rostro refleja su asombro en todo momento.

—Sarah.

Incluso mi nombre suena como una canción en sus labios mientras me embiste lento, tan dolorosamente lento, llenándome poco a poco. Me relajo y lo dejo entrar. Quiero recibirlo egoístamente, aunque sé que mi cuerpo necesita un momento para adaptarse. Es tan grande y sé que lo mataría lastimarme, aunque fuera un poquito.

Al fin, *al fin*, está completamente dentro de mí. Nos quedamos así un segundo, yo colmada de él, nuestras pelvis conectadas, sus ojos color avellana buscando los míos. Con lo excitado que sé que está, tiene que estar matándolo no poder moverse para buscar fricción. Pero se queda inmóvil, mirándome con ojos preocupados, como si estuviera tratando de ver si siento alguna molestia.

—Te amo tanto, Dominick. —Me inclino y lo beso, lo que hace que se mueva un poco dentro de mí. No hace más que sentirse bien y mi sexo empieza a latir por la necesidad. Me separo de él y sostengo su rostro—. Hazme el amor.

Y lo hace. Con un movimiento dolorosamente lento para salir y luego otra delicada estocada, comienza a hacerme el amor. Una cálida sensación comienza a surgir en mi interior. Desesperadamente, le envuelvo la cintura con las piernas y lo acerco a mí.

—Dominick —grito, sintiéndome muy vulnerable en este momento.

Pero no tengo miedo. Nunca tengo miedo cuando está cerca de mí.

Creo que él también lo siente, pues comienza a temblar de nuevo como si estuviera en el cementerio. Me besa los labios, baja por mi cuello hasta mis pechos, y luego vuelve a subir a mi boca. Hasta que al fin solo se queda abrazándome, penetrándome más rápido mientras ambos buscamos el clímax. Me encuentro con él al final de cada embestida, lo sujeto por la nuca y siento sus tensos músculos flexionarse y las gotas de sudor corriendo por su frente.

Su rostro adopta una expresión que parece una mezcla entre placer y dolor, e imagino que me veo igual.

Y, oh, Dios, se acerca cada vez más, pero también cobra más fuerza. Esta vez no es una simple ola, sino un tsunami. ¿Qué me está haciendo? Ni siquiera sabía que podía...

Nos miramos a los ojos y nos abrazamos como si la vida se nos fuera en ello.

Y entonces *pum*, el estallido de placer me derriba. Grito y trato de luchar por aferrarme a él.

Sigue embistiéndome con más fuerza y brusquedad que antes, hasta que al fin se detiene y su miembro palpita y me llena..

Solo veo una luz cegadora de color blanco amarillento por un segundo. Dos. Tres.

Es como un vistazo al cielo.

Dominick está conmigo en cada segundo del camino.

Y luego vuelvo a bajar a la Tierra.

Dominick todavía está aquí. Está sudando y su pecho sube y baja como un fuelle mientras jadea para respirar. Al instante me besa de nuevo y se mueve en mi interior varias veces mientras gime mi nombre.

—Dios, Sarah, te amo mucho. Eres tan hermosa, tan perfecta. Te amo, te amo, te amo.

Hasta que más besos interrumpen sus murmullos.

Me río y envuelvo los brazos alrededor de su cintura. Lo abrazo tan fuerte como me es humanamente posible. Nunca lo dejaré ir.

Hacemos el amor toda la noche. A veces con delicadeza, otras con brusquedad, y luego con delicadeza nuevamente. Toco el cielo más de una vez, y en cada una de esas veces, Dominick está conmigo.

Y finalmente, sé de una vez por todas que nunca volveré a estar sola.

¿Quieres leer más romances oscuros de Stasia ya?

[\*\*Echa un vistazo a La Virgen y la Bestia ...\*\*](#)

LA GENTE DICE QUE LAS COSAS BUENAS SIEMPRE ESPERAN.

Toda mi vida ha sido una espera. Ser la buena chica, no salir de lo establecido. Trabajé duro tratando de demostrar mi valía simplemente esperando el día en que todo valiera la pena.

Y justo cuando comenzaba a ver los frutos de la espera: finalmente tuve una casa, un trabajo, incluso estaba pensando en adoptar un gato, ¡boom! Mi vida explota y de repente ahora estoy aquí y ...

"Todo listo", la doctora interrumpe mis pensamientos, quitándose los guantes con un fuerte clic.

Su opinión hace eco en toda la habitación mientras todavía tiene el espejo dentro de mí. "Ella es virgen".

[\*\*¡La virgen y la bestia está a solo un clic de distancia!\*\*](#)

¿Quieres leer una novela EXCLUSIVA y GRATIS que SOLO está disponible para los suscriptores de mi boletín, al igual que noticias sobre los próximos estrenos, ventas, sorteos exclusivos y más?

[\*\*Hazte con "Indecente: una propuesta tabú".\*\*](#)

Cuando el novio de Mia la lleva a comer a su restaurante favorito en su sexto aniversario, ella espera una propuesta especial. Lo que no se esperaba es que el viejo rival de su novio, Vaughn McBride, apareciese y le ofreciese algo totalmente diferente: saldar todas las deudas de su novio.

¿El precio?

***Una noche con ella.***

## OTRAS OBRAS DE STASIA BLACK

### **ROMANCE DE UN HARÉN INVERSO**

[Unidos para protegerla](#)

[Unidos para complacerla](#)

[Unidos para desposarla](#)

[Unidos para desafiarla](#)

[Unidos para rescatarla](#)

### **Tabú**

[La dulce niña de papá](#)

### **AMOR OSCURO**

[Lastimada](#)

[Quebrada](#)

[Amor Oscuro: Una Colección Oscuro Multimillonario](#)

### **SEDUCTORES RÚSTICOS**

[La virgen y la bestia](#)

[Hunter](#)

[La virgen de al lado](#)

### **LA BELLA Y LA ROSA**

[La bestia de la bella](#)

[La bella y las espinas](#)

[La bella y la rosa](#)

[La bella y la rosa: La Colección Completa \(1-3\)](#)

### **OSCURO ROMANCE DE LA MAFIA**

[Inocencia](#)

[El despertar](#)

[Reina del Inframundo](#)

[Inocencia: La Colección Completa \(1-3\)](#)

## ACERCA DEL AUTOR

**STASIA BLACK** creció en Texas y recientemente pasó por un período de cinco años de muy bajas temperaturas en Minnesota, y ahora vive felizmente en la soleada California, de la que nunca, nunca se irá.

Le encanta escribir, leer, escuchar podcasts, y recientemente ha comenzado a andar en bicicleta después de un descanso de veinte años (y tiene los golpes y moretones que lo prueban). Vive con su propio animador personal, es decir, su guapo marido y su hijo adolescente. Vaya. Escribir eso la hace sentir vieja. Y escribir sobre sí misma en tercera persona la hace sentir un poco como una chiflada, ¡pero ejem! ¿Dónde estábamos?

A Stasia le atraen las historias románticas que no toman la salida fácil. Quiere ver bajo la fachada de las personas y hurgar en sus lugares oscuros, sus motivos retorcidos y sus más profundos deseos. Básicamente, quiere crear personajes que por un momento hagan reír a los lectores y que después los tengan derramando lágrimas, que quieran lanzar sus kindles a través de la habitación, y que luego declaren que tienen un nuevo NLS (Novio de Libro por Siempre; o por sus siglas en inglés *FBB Forever Book Boyfriend*).

Website: [stasiablack.com](http://stasiablack.com)

Facebook: [facebook.com/StasiaBlackAuthor](https://facebook.com/StasiaBlackAuthor)

Twitter: [twitter.com/stasiawritesmut](https://twitter.com/stasiawritesmut)

Instagram: [instagram.com/stasiablackauthor](https://instagram.com/stasiablackauthor)

Goodreads: [goodreads.com/stasiablack](https://goodreads.com/stasiablack)

BookBub: [bookbub.com/authors/stasia-black](https://bookbub.com/authors/stasia-black)

